DARÍO NO QUIERE ESTAR MUERTO

BEATRIZ CEPEDA



BEATRIZ CEPEDA

DARÍO NO QUIERE ESTAR MUERTO

PLAZA & JANÉS

A Zamora y a los zamoranos, que estamos en peligro de extinción

A Sanabria, a la fuerza que me atrae siempre hacia ese lugar

A mi familia, por la herencia recibida

A quien me acompañó en la escritura de esta novela

Primera parte

Una familia de Madrid

1

Este es Darío

Darío tenía diecisiete años y ya estaba harto de afeitarse. «¡Pues no le queda nada!», estarás pensando. Pero él no lo pensaba. Porque Darío era ese chico de diecisiete años que estaba seguro de que, cuando fuera mayor, es decir, cuando llegara a los veinticinco, habría resuelto todas las incomodidades mundanas de su vida y tendría tiempo, dinero y una casa con cancha de baloncesto, gimnasio y piscina donde podría hacer exactamente lo que le apeteciera. Sobre todo, una casa donde no estuviera su madre llamándolo para desayunar por segunda vez en menos de un minuto y poniéndolo de los nervios justo cuando intentaba no cortarse mientras apura el rasurado.

Darío odiaba su cara con barba. Aunque tampoco se rayaba mucho porque sabía que, cuando fuese mayor, habrían inventado algo para no tener que afeitarse nunca más, o al menos no todas las mañanas.

Darío confiaba en el futuro. Y en los avances conseguidos por el ser humano. Por eso estudiaba el bachillerato tecnológico. Desde hace muchos años (dos, en realidad, pero él pensaba que le venía «de toda la vida») sabía que sería ingeniero ambiental. Aunque últimamente se le estaba pasando por la cabeza la idea de meterse en el grado en deporte de la INEF, ya que lo que más le gustaba en ese momento era entrenar.

Darío tenía que bajar a desayunar sí o sí. Porque era la tercera vez que su madre lo llamaba y también porque era su comida favorita del día. No había acabado de afeitarse, pero decidió que era más importante dedicar los pocos minutos que le quedaban antes de salir hacia el instituto a comerse su bol de yogur natural con frutos rojos y su tostada de pan cien por cien integral con dos huevos revueltos.

Darío se había dejado bigote por primera vez en su vida. En un último vistazo frente al espejo le hizo gracia cómo le quedaba y pensó: «¿Por qué no?». Así toman sus decisiones la mayor parte de las veces los adolescentes que han crecido en un entorno seguro y protegido. No le dan demasiadas vueltas, se lanzan a probar cosas nuevas porque saben que sus caídas no duelen tanto y que sus cagadas solo serán una futura anécdota.

Darío respondió que no cuando su madre le preguntó si ahora llevaba bigote para imitar al actor ese tan famoso de la serie que estaba viendo ella en Netflix. Y aprovechó la ocasión para recordarle que claro que quería verla, y que si no lo había hecho todavía era porque entre semana no estaban permitidas las pantallas en esa casa y los fines de semana aprovechaba para entrenar al aire libre y salir con sus amigos, así que no se le ocurría cuándo podría haber sacado tiempo. Respondió su madre que ella se puso un par de capítulos por curiosidad y que la serie le pareció una auténtica tontería.

Se escuchó un portazo en el baño. Era la hermana de Darío. Ni él ni su madre se inmutaron y siguieron con la conversación matutina como si nada. Darío remató su tostada y ella, sabiendo que su hijo se levantaría de la mesa y la próxima palabra que le dirigiría sería «adiós», le recordó que lo dejara todo preparado para el viaje. Darío confirmó que lo tenía todo, que solo le faltaba meter la tablet y el cargador, porque, «si estaban de vacaciones, sí se podía llevar la tablet, ¿no?». Su madre no iba a prohibirles a sus hijos llevar pantallas esta vez porque tenía las mismas ganas que ellos de ir a pasar el puente al campo: ningunas. Ella también tendría que pensar, a lo largo de la mañana, qué metería en su maleta para sobrellevar cuatro días lejos de casa con la única compañía de la naturaleza y su familia.

Darío voceó «¡Adiós!» y se fue al instituto. Allí sus amigos le gastaron seis o siete bromas sobre su nuevo bigote, algo que ya se esperaba, puesto que su manera favorita de relacionarse entre ellos era reírse los unos de los otros. Que sus colegas le dijeran que con ese bigote parecía que acabase de besar el suelo de una peluquería canina no le dolía lo más mínimo. Lo que sí le dolió fue el comentario que le hizo su novia tras darle el primer beso del día: «¡Me encanta! Es como

besar a una persona diferente». ¿Cómo? ¿Por qué querría su novia besar a una persona diferente? Darío se mosqueó. Su novia se iba a quedar sola durante el puente. ¿Y si volvía a pensar en besar a otras personas y Darío no estaba junto a ella para disuadirla?

Entonces lo vio claro. El bigote desaparecería en cuanto volviera a casa. Lo de su novia lo había rayado mucho, pero lo que confirmó las sospechas de que se había equivocado dejándose esa franja de pelo sobre el labio superior ocurrió a tercera hora, cuando la profesora de Filosofía utilizó su bigote nuevo como ejemplo para explicar algo que debió decir un tal Epícteto: «No es lo que nos ocurre, sino cómo reaccionamos a ello». Y Darío no reaccionó nada bien cuando se vio convertido en un ejercicio de clase. Fue un rechazo absoluto, ni siquiera un acto de rebeldía. Como una pataleta. Se habría afeitado el bigote allí mismo, en medio del aula, si hubiera tenido las herramientas. Y todo porque a Darío no le caía nada bien esa profesora. Se había reído de ella en privado en numerosas ocasiones y la había llamado de todo. «Hay que estar muy soltera para acabar de profesora de Filosofía», bromeó un día con sus amigos. Ellos le rieron el chiste, aunque uno comentó que se la cruzaba de cuando en cuando en el supermercado y que estaba casada y tenía una hija muy mona.

Durante el recreo, Darío volvió a echar pestes sobre la dichosa asignatura. Iba a estudiársela porque tenía que aprobar todo segundo de bachillerato para acceder a la Universidad, y, además, no se conformaría con un cinco. Pero después de junio no quería volver a saber nada de esa «mierda para idiotas que no saben pensar por sí mismos».

Darío ya estaba más que preparado para «el mejor verano de su vida». Se lo habían dicho sus primos mayores, que nunca volvería a vivir otro verano como el de antes de empezar la universidad: con la tranquilidad de haber cumplido con tu trabajo, la emoción de haber cerrado una etapa y el subidón de haber conseguido entrar en la carrera que querías.

Darío viajaría al extranjero sin su familia, cosa completamente nueva para él. Aunque no sería mayor de edad hasta octubre, sus padres le habían dado permiso para visitar Malta, Italia y Croacia con

sus amigos. Lo tenían todo organizado, y en los recreos solían repasar el plan para ir cerrando los últimos cabos sueltos. Hace unos días que el debate más candente giraba en torno a si visitan o no Venecia. Darío creía que era un error, que Venecia en verano estaba demasiado masificada y todo era más caro. «Podemos ir a Venecia otro año, si está ahí al lado», resolvió.

Terminó la última hora de clase y Darío buscó a su novia entre la estampida de alumnos que quieren salir del instituto cuanto antes. Quería despedirse de ella porque pasarían ni más ni menos que cuatro días sin verse. No le podía venir peor tener que salir con su familia precisamente este puente, cuando su novia tenía por primera vez la casa para ella sola. No quería ni pensar lo que podrían haber hecho si «a su padre no se le hubiera ocurrido la brillante idea de alquilar una casa a tomar por el culo». Su novia le besó una y otra vez y le repitió que no se preocupara, que sus padres también estarán fuera varias semanas en agosto.

Al salir, Darío creyó reconocer el coche de sus padres, pero supuso que se había equivocado, ya que no iban a recogerlo desde hace cuatro años por lo menos. Efectivamente, se equivocó al pensar que no eran sus padres. Allí estaban, tocando la bocina y saludando por la ventanilla. «Respondedme a algún mensaje de vez en cuando, que me voy a aburrir muchísimo con estos», rogó Darío a sus amigos.

Darío se subió al coche y se extrañó al ver que su hermana ya estaba sentada también. Su madre lo recibió con un cariñoso «¿Qué tal el día?». La cara de Darío era un poema, así que ella comprendió que necesitaba explicaciones y se las ofreció:

—Tu padre quiere probar un nuevo restaurante ecológico a las afueras de Madrid, así que salimos ya hacia Sanabria.

Darío se asustó al pensar que su equipaje no estaba listo, pero su madre volvió a tranquilizarlo aclarándole que no se había olvidado de meter su tablet y su cargador, y que también había cogido sus auriculares. Su hermana ya llevaba puestos los suyos y canturreaba la canción que estaba escuchando. Todo en orden. Darío se recostó sobre el asiento y se dejó llevar.

Se dio cuenta de que quería quitarse el bigote nada más llegar a

casa y se molestó un poco; sabía que su padre querría hacer una foto en el restaurante donde iban a comer y que esa foto sería, para siempre, el recuerdo del día en que Darío se dejó bigote.

El viaje familiar de los Parra Alcalá acababa de comenzar. Era un viaje pensado para alejarse del ruido y el estrés de la ciudad; disfrutar de la verdadera naturaleza, sin hoteles rurales de cinco estrellas; reconectar con sus raíces, y, si podía ser, volver a estrechar lazos entre ellos. Era el último viaje que harían todos juntos antes de que Darío comenzara la universidad, y también el primero que hacían todos juntos desde que sus padres tuvieron la gran crisis. En aquel momento se habló del divorcio, así que su padre estaba especialmente emocionado con esta escapada, porque dentro de sí sentía que sería el último viaje la última antes de que todo cambiara.

Y, curiosamente, estaba en lo cierto.

Yo lo sé porque soy quien narra esta historia y soy omnisciente, lo cual, si recuerdas tus clases de Lengua y Literatura, significa que estoy al tanto de todo. De lo que pasó y de lo que está pasando, de lo que hay dentro de la cabeza de los personajes y de lo que pasará. Y lo que pasará será una tragedia, pero es lo que hay.

Esta es la trágica historia de Darío, un joven encantador que lo tenía todo —familia, amigos, novia, bigote, un futuro prometedor—y que falleció el atardecer del viernes 12 de mayo de 2023, con tan solo diecisiete años.

La tragedia no es que falleciera. Siento ser yo quien te lo diga, pero en el mundo mueren chicos de la edad de Darío cada día. Lo triste es que murió sin entender el valor de lo que tenía. Probablemente porque este es el tipo de cosas sobre las que te hacen reflexionar en clase de Filosofía.

La vida es bastante literal. Lo que pasa es lo que es. Si le damos vueltas es porque no somos capaces de explicar por qué ha pasado lo que es. Pero todo es lo que es. La vida no es irónica. Pero la muerte, a veces, sí lo es.

Y esta es una de esas ocasiones.

2

Estos son los padres de Darío

Te voy a poner al día con el historial de los padres de Darío, que seguro que te has quedado con la curiosidad. Tenemos tiempo hasta que la familia salga de Madrid. Es viernes de puente, así que van a pillar atasco.

Roberto Parra Martínez y Aurora Alcalá Ramos se casaron el 15 de septiembre de 2001, en una ceremonia inolvidable con su posterior fiesta irrepetible a cuya organización Aurora había dedicado unos catorce meses de trabajo. Ella siempre había sido una de esas personas que disfrutan montando eventos y encargándose de todos los detalles; una de esas personas a las que el estrés, en vez de agobiarlas, las hacía sentirse vivas. Para Aurora nada podía compararse a la satisfacción de tenerlo todo bajo control. Aunque en su boda hubo algo que sí se salió del plan.

Cuando el 11 de septiembre de 2001, tras dar su beneplácito para la decoración floral de la capilla donde tendría lugar el enlace, contempló cómo la otra torre era igualmente impactada por un avión, Aurora tembló. Por las personas que trabajaban en esas oficinas, por las que viajaban en ese avión, pero también por las consecuencias que traería un suceso como aquel. Fueron muchos los que pensaron que aquello supondría el inicio de la III Guerra Mundial cuando vieron derrumbarse las Torres Gemelas de Nueva York en cuestión de segundos. Junto a ellas se venía abajo también la confianza que, más o menos, todo Occidente tenía depositada en la superpotencia de Estados Unidos.

Tras los temblores, Aurora sintió un escalofrío. El de pensar que su boda tendría lugar tan solo cuatro días después de que asesinaran a

tres mil personas en el atentado. El mundo acababa de cambiar para siempre y ella no podía evitar preguntarse: «¿Cómo será nuestra vida dentro de cuatro días? ¿Tendrá sentido que nos casemos en medio de una guerra? ¿Cuántos aviones más tienen que estrellarse para que yo empiece a cancelarlo todo?».

Le vino a la cabeza su madre. Le había contado mil veces el miedo tan grande que pasó cuando Aurora nació. Estaba embarazada de ocho meses largos y ya no dormía bien. Se encontraba mucho más cómoda en el sillón de la sala de estar que tumbada, así que aquella madrugada se incorporó con mucha dificultad de la cama, con cuidado de no despertar a su marido, y salió de la habitación.

Antes de dejarse caer en el sillón orejero, encendió instintivamente la tele. Entonces pensó: «Estoy tonta, si aún no ha empezado la programación». Pero se equivocaba. Aquellos días, la emisión no paraba a medianoche, como era habitual, para poder informar regularmente del estado de salud de Francisco Franco, que estaba ya más p'allá que p'acá. Durante la madrugada ponían documentales de animales que interrumpían cuando había alguna novedad. Los ruidos de la naturaleza la ayudaron a coger un sueño ligero. Entonces el alboroto de los pingüinos corriendo sobre la nieve cesó de improviso y el silencio la despertó. Franco acababa de fallecer. Y ella tembló.

Tembló porque, al intentar levantarse del sillón para avisar a su marido, notó que sus brazos ya no podían con su peso. Tembló porque llevaba años deseando la muerte del dictador y ahora, que acababan de confirmar su fallecimiento, le había entrado miedo. Miedo al cambio, seguramente. Miedo a las revueltas y al jaleo que se montaría en Madrid. Miedo a que se desencadenase otra guerra.

«¿En qué mundo va a nacer esta criatura? —se preguntaba sin cesar —. ¿Qué va a pasar ahora?».

Comenzaron los dolores, los pinchazos en la parte baja del vientre. No gritó por no poder aguantarlos, sino porque la superó el pánico. Llamó a su marido a voces y él enseguida se despertó. Estaban asustados los dos. Y veinticuatro horas después nació Aurora, pequeñita pero sana. Su madre siempre le decía: «Aurora, tú naciste al día siguiente de la muerte de Franco. Tú fuiste la primera niña libre de

esta familia. Tú nos devolviste la esperanza». Incluso pensó en ponerle ese nombre, Esperanza, pero le pareció demasiado antiguo para una niña nueva.

De tanto oír aquella historia, Aurora estaba convencida de que su destino era hacer grandes cosas. Y, más o menos, así había sido. Nació tan libre que se convirtió en artista y, bueno, cosas grandes hizo: la mayoría de sus esculturas la superaban en tamaño.

A Aurora la educaron en el optimismo, y eso tuvo mucho que ver con la decisión que tomó sobre su boda. A pesar de que dudó durante varias horas y no recibió mucha ayuda de su prometido, que se limitó a decir que «hacemos lo que tú veas», la celebración siguió adelante.

Cuando caía la noche del 15 de septiembre de 2001, y mientras tomaba su segunda copa de champán, Aurora le dijo a una amiga: «Nací un día después de que muriera Franco, y siempre he creído que esa circunstancia ha marcado mi vida. Ahora me he casado cuatro días después del atentado de las Torres Gemelas y, aunque no sabemos qué va a pasar en el mundo, algo dentro de mí me dice que junto a Roberto estaré bien».

Aurora y Roberto se casaron por amor. Pero de verdad, no como la mayoría de las parejas que se casan por amor, que usan el amor como la excusa perfecta que disimula la mierda debajo de la alfombra. Aurora y Roberto se casaron convencidos de que estarían juntos hasta que la muerte los separase. Pero esto tampoco salió como Aurora había planeado, porque no los separó la muerte. Los separó una pandemia.

A Roberto le fascinaba Aurora. Y es que en su casa nunca vieron con buenos ojos que el niño, el único hijo de la familia, soñase despierto. La vida era difícil y había que mantener los pies en la tierra, dejarse de tonterías. Había que ser una persona como Dios manda, y, no me preguntéis por qué, al parecer lo que Dios manda es que el hijo te salga abogado.

Roberto nunca había experimentado la ilusión, la pasión o la diversión hasta que conoció a Aurora, la mujer más intrépida que había visto nunca. Así que se casó con ella enseguida y sus padres ni siquiera pusieron muchas pegas. Algunos consejos sí que le dieron, por

supuesto; tenían que hacerse notar. Querían que Roberto siguiera pensando, a sus treinta y un años, que aún eran aquellos sabios con los que debía consultar todas sus decisiones vitales. Y, aunque habían tenido muchas conversaciones a solas sobre la cabeza loca de su futura nuera, lo cierto era que les parecía muy interesante que su único hijo se casase con alguien que tenía más dinero y mejor posición social que ellos. Y, en especial, estaban muy contentos de que se casase. Roberto nunca había tenido novias y ya se estaban empezando a temer lo peor.

Roberto no se podría haber imaginado jamás que aquello de lo que hablaban las siete u ocho películas que había visto en toda su vida adulta fuera cierto: el amor existía y él lo había conseguido a la primera. Cada día que pasó junto a Aurora se sintió afortunado. La admiró desde el primer momento en que la conoció y, después, se sorprendió con ella cada día. Tenía mil historias que contar sobre lo creativa que era su mujer a la hora de buscar soluciones para los problemas que iban surgiendo.

Sin embargo, ninguna de aquellas ocurrencias lo sorprendió tanto como la del día en que juntos escucharon al presidente del Gobierno declarando el estado de alarma en todo el territorio nacional. Durante su vigencia, explicaba, nadie saldría de casa salvo en contadas excepciones. Él ya no tendría que ir al despacho el lunes siguiente, ni sus hijos al instituto.

Roberto tembló en cuanto se dio cuenta de lo que estaba pasando. Tembló ante una amenaza invisible que ya podía haber entrado en su hogar. Tembló preocupado por sus padres, que tendrían que pasar aquella horrible situación separados —su padre llevaba más de un año viviendo en una residencia, ya que precisaba de atención continuada, y su madre había preferido quedarse en casa mientras pudiera valerse por sí misma—. Tembló mientras se culpaba por haber permitido que su madre se quedase sola al tiempo que se preguntaba: «Pero ¿quién podría haberse imaginado esto?». Nadie estaba preparado para una pandemia y un confinamiento. Sin embargo, el presidente, aunque había tardado en reaccionar, buscó soluciones. Y Aurora reaccionó también y comenzó a organizarlo todo.

Su familia tenía un plan, y Roberto dejó de temblar porque confiaba

en su mujer. La sorpresa que le dio ella esta vez fue mayúscula cuando la vio convertirse en alguien que jamás hubiera imaginado: su padre.

Por primera vez, en aquella casa hubo normas estrictas. Afrontaron el encierro con rutina y trabajo en equipo. ¿Lo primero? Preparar la cena, que se había hecho la hora. Al día siguiente entre todos limpiaron y desinfectaron a fondo la casa, ante el temor de que el virus ya estuviera dentro. Cada día, al levantarse, se ponían el termómetro; habían acordado que si alguno de ellos superaba los treinta y siete grados, se encerraría inmediatamente en el dormitorio principal, que tenía baño propio. La hora de despertarse seguía siendo la de siempre para no perder las costumbres. Convinieron asimismo que era bueno mantener la actividad —tanto física como intelectual— durante el día y así luego no tener problemas para dormir por la noche. Darío fue el elegido para salir a hacer la compra.

Cuando Aurora asignó la tarea de conseguir alimento para la familia a su hijo, Roberto experimentó dos sensaciones inesperadas: la primera fue una pequeña puñalada en su orgullo. Él era el padre, él debería arriesgarse por los demás. La segunda fue de cierto alivio: prefería no salir de casa, tenía miedo del coronavirus.

Tiempo después supo que todos habían tenido miedo. ¡Por supuesto! ¿Cómo no iban a tenerlo? Pero el resto de su familia se adaptó a las novedades con tanta facilidad que él creyó que había sido el único superado por las circunstancias.

Su hija ya se pasaba las tardes encerrada en su cuarto escuchando música y viendo vídeos antes de que la pandemia llegase. Darío empezó a entrenar con su madre en casa mientras él los escuchaba reírse y celebrar sus objetivos desde la pequeña habitación donde había montado su nuevo despacho. Parecían llevarlo bien, pero Roberto… hasta sentía vergüenza de contarle a su familia que estaba pasándolo mal.

Y, visto con perspectiva, seguramente fue aquello lo que provocó que su relación con Aurora se deteriorase. Roberto dejó de hablar con su mujer. Quiero decir, sí que hablaban, pero ya no se contaban las cosas.

Para no tener que hablar, se refugió en su trabajo. Es cierto que su

empresa aumentó la presión y la exigencia considerablemente. También es cierto que Roberto podía haberse plantado en algún momento. Ni siquiera cuando su padre falleció, solo, en la residencia, se tomó un día libre. ¿Para qué lo iba a pedir? ¿Para tener más tiempo para pensar en que su padre se había contagiado del virus en un lugar al que, en teoría, lo habían llevado para que estuviera mejor? ¿Para darle vueltas a la idea de que no iba a poder celebrar el funeral? ¿Para escuchar a su madre desahogarse por teléfono? También de eso se encargó Aurora.

Hace tiempo una enfermera contó algo que se me quedó grabado a fuego. Cuando se sabe que la muerte está próxima, como le ocurre a muchas de las personas que ingresan en su área, se suele reaccionar más o menos de la misma forma: primero hay una fase de rabia y arrepentimiento; después otra de aceptación y tranquilidad. La rabia aparece, principalmente, porque nadie se quiere morir y jode bastante hacerse a la idea de que se acabó lo que se daba. El arrepentimiento llega cuando empiezan a repasar su vida, sabiendo que hasta aquí hemos llegado. Algunos pacientes le confesaron que no les dedicaron suficiente tiempo a sus familias, que nunca les dijeron a sus padres que los querían, que de nada les sirvió estar diez años sin hablarse con su hermana, que se podían haber ahorrado mucho sufrimiento si hubieran aceptado a sus hijos, que tenían que haber viajado más, o menos, para así estar más tiempo en casa. Que tenían que haber trabajado menos y gastar más dinero, ¿para qué querían el dinero ahora?

Es una pena que solo se entienda qué es lo que de verdad importa ante la certeza de la muerte. Y lo que de verdad importa no es vivir. Si lo importante fuera estar vivos los pacientes que saben que van a morir no alcanzarían esa paz que tan extraña resulta a los que ven la muerte como algo muy lejano. Lo realmente valioso es haberlo pasado de puta madre junto a los seres queridos, ya sean tu familia, tus amigos, tus parejas o tus mascotas.

Si ahora mismo te confirmasen que fallecerás en las próximas horas, ¿morirías satisfecho? ¿Te irías al otro barrio sabiendo que has hecho lo que has querido, aunque tu vida haya sido más corta? ¿O te

torturaría reconocer que has malgastado tu tiempo, que pudiste no quedarte de brazos cruzados, que tenías que haber dicho lo que pensabas, haber hecho lo que querías, o que tenías que haber dado un golpe en la mesa y decir «hasta aquí»?

Ni Roberto ni Aurora se habían parado a pensar nunca en esto porque nadie les avisó, cuando estaban recogiendo a sus hijos del instituto, de que morirían esa misma tarde. Pero tengo la certeza de que, si lo hubieran sabido, habrían hablado, sin dar gritos, sin faltas de respeto, sin reproches, sin lágrimas, y habrían arreglado los problemas que comenzaron cuando llegó la pandemia. Porque lo más importante para Roberto era Aurora, y lo más importante para Aurora era su familia, y quería que Roberto siguiera formando parte de ella, incluso cuando ya no fuera su marido.

3

Esta es la hermana de Darío

La familia se sentó a la mesa media hora tarde, alterada por el tráfico y malhumorada por el hambre. No se les pasaría el enfado cuando leyeran la carta de este restaurante que promete productos de proximidad y una mínima huella de carbono, aunque al final quedarían contentos con el sitio y felicitarían a Roberto por la elección.

Bueno, la hermana de Darío no.

Ella decidió no abrir la boca, por no liarla y porque quería comer cuanto antes, pero odiaba los sitios en los que no aparece por ninguna parte la palabra «fritas».

Voy a aprovechar para hablarte un poco de ella mientras la familia come. Cuando Aurora se enteró de que estaba embarazada de una niña, sintió el impulso de llamarla como alguna de sus pintoras favoritas. Pero enseguida se dio cuenta de que se llamaban Maruja, Remedios o Luisa, apelativos complicados para un bebé, y se decantó por Esther, que significaba 'estrella'. Le hacía ilusión que su hija también tuviera un nombre relacionado con el cielo, como ella.

Esther, por supuesto, nunca pensó en su madre y en las vueltas que había dado hasta dar con el nombre perfecto, así que, pocos días antes de cumplir los once, anunció ante su familia que quería cambiárselo.

Siempre había sido una niña introvertida, pero con mucho mundo interior. Vivía por la fantasía. Le encantaba estar sola y, si nadie le hablaba, mejor. Cualquiera se daba cuenta de que era todo lo contrario a Darío. A Esther la apasionaba leer, ver películas y series, dibujar, inventarse historias y hacer *collages* con las revistas de moda y del corazón viejas que se encontraba por casa. Y a Aurora le

encantaba esa faceta tan creativa de su hija. Por eso la apoyó cuando Esther los reunió en el salón para avisarlos de que, desde ese momento, se dirigieran a ella como Emily.

Darío y Roberto, sin embargo, se quedaron de piedra. Darío comenzó a llamarla Emilia por hacer la gracia y, cuando se percató de lo mucho que le molestaba a su hermana, lo hizo con más ganas. A Aurora le pareció genial la decisión de su hija y aprovechó la ocasión para explicarle para qué sirve nuestro nombre a nivel legal y por qué era importante que en el instituto se matriculase como Esther. Acordaron que Emily podría ser su nombre artístico.

Y más o menos así fue. Cuando Esther empezó a participar en foros, redes sociales y otras comunidades de internet se registró como Emily, y, según fue pasando el tiempo, ese nombre de usuario tan común e impersonal se transformó en Emi. Dos años después todo el mundo la llamaba Emi, dentro y fuera del mundo virtual. Excepto Darío, claro, que seguía llamándola Emilia.

Emi pensaba que su hermano era lo peor. Que era imbécil hasta el fondo, que no había por dónde cogerlo. Darío sabía que su hermana de tonta no tenía un pelo; solo pasaba de ella porque le parecía una rarita. Los dos hermanos vivían en universos completamente diferentes. Supongo que había cariño mutuo, aunque no tenían mucha relación entre ellos. Habían aprendido a convivir sin molestarse, algo que no era complicado, ya que Emi apenas salía de su habitación. Costaba mucho molestarla; por eso Darío solo podía jugar la carta de «Emilia».

Hasta que un día las reglas del juego cambiaron. Emi empezó a hablar. ¡Y se acabó la Emi callada! Aunque «callada» tampoco es el mejor adjetivo para describir la personalidad de Emi. No abría la boca porque prefería pasar de líos y porque la agobiaba mucho la confrontación. Lo que mejor le va es «reprimida». Se quedaba con las ganas de soltar todo lo que se le pasaba por la cabeza cuando alguien se dirigía a ella.

Lo que pasó aquel día fue que Emi dejó de bajar la mirada cuando alguien reparaba en su presencia. Así era la Emi de antes: una persona que no abría la boca a no ser que fuera estrictamente necesario, como

en el dentista. Por lo demás, daba igual que le dijeran «Enhorabuena por el sobresaliente en el examen» o «Ballena, que no te toco ni con un arpón». Ella no decía ni mu. Y, aunque a Aurora la preocupaba, al resto de las personas que convivían con la niña le venía muy bien que no respondiera.

Menos mal que internet vino para cambiarlo todo. Fue navegando en internet como Emi entendió que callarse no servía para nada ni solucionaba ningún problema. Y fue a través de una pantalla como empezó a soltarse contestando a los haters en el mismo tono con el que la increpaban. Y, cuando cogió confianza, pasó al cara a cara.

Ni siquiera hizo falta que Emi dijera lo que pensaba realmente de cada persona que se topaba por el camino. Al principio, se limitó a contestar a los que se metían con ella. Aquello bastó para que, de repente, todo el mundo creyera que había entrado de lleno en la adolescencia y se había convertido en una chica rebelde, difícil, molesta. El mundo estaba más tranquilo cuando Emi permanecía en silencio. El mundo y Darío, sobre todo, que fue uno de sus principales objetivos.

Después de dos años llamándola Emilia sin consecuencias, aquel día, durante la comida, Darío cogió el plato que contenía la última porción de brócoli gratinado y se lo acercó a su hermana diciendo:

—¿Te quieres acabar esto o vas a empezar a cuidar tu línea, Emilia?

Y Emi contestó:

—Que dejes de tocarme los huevos, subnormal.

Darío y su madre no daban crédito.

Su padre no pudo evitar soltar una carcajada más nerviosa que celebratoria.

Emi se echó el brócoli en el plato y se lo comió mirando fijamente a los ojos de su hermano. Un antes y después en esta familia.

En el restaurante ecológico no había brócoli gratinado, así que Emi se había tenido que conformar con una ensalada de pasta que tenía mucha más ensalada que pasta, algo inexplicable, pues cualquiera sabía que ensalada de pasta es un eufemismo para ponerse hasta arriba de espirales de colores y aderezo.

Por lo menos los postres estaban riquísimos, y cada uno pidió una

tarta diferente para que todos probasen lo de todos. Su familia estaba de un humor celebratorio, aunque Emi notaba que ninguno estaba cien por cien cómodo en ese momento, algo que le pareció bastante lógico teniendo en cuenta que su padre los había obligado a hacer un viaje que, seguramente, no le apetecía ni a él.

Su padre tenía muchas ideas que en la teoría parecían buenas, pero cuando era él quien se encargaba de llevarlas a cabo, salían regular. La que sabía organizar vacaciones divertidas era su madre. «Esta escapada va a ser un coñazo», pensaba Emi. Sin embargo, su madre le había pedido que hiciera el esfuerzo de fingir ilusión por ir a pasar un fin de semana a un pueblo de treinta habitantes (este dato es cierto, que lo había buscado en Google) a tres horas de Madrid.

Emi preferiría haberse quedado en casa todo el puente, ojeando de tanto en tanto el chat secreto que compartía con sus dos mejores y únicas amigas. ¡Es que encima había tenido que ser justo ese finde, cuando BibHooper (nombre artístico de una de sus amigas) había prometido colgar el nuevo capítulo de *11 + 1*, un fanfic que narraba la vida de los protagonistas de *Stranger Things* cuando ya son adultos y en el que Eleven y Mike acaban de tener su primer hijo!

Que se publicase un nuevo capítulo de la historia no solo significaba avanzar en la trama, que encima estaba más interesante que nunca porque Eleven y Mike habían tenido una bronca monumental. También significaba pasarse todo el fin de semana comentando cada una de las líneas que componían ese texto y cada una de las decisiones que había tomado la autora. ¿Es realmente bueno alimentar a un bebé con waffles precongelados? ¡No, pero es la forma que tiene Eleven de darle lo mejor a su hijo! ¡Es lo que le dieron a ella!

Emi no dijo nada cuando, al acabar su porción de tarta, miró a través de la ventana del restaurante y vio un parque infantil donde una madre con el pelo muy corto jugaba con su hijo en un columpio. Ese chiquillo de apenas dos años riéndose a carcajadas mientras su madre lo balanceaba la hacía querer morirse del asco. «Me voy a perder un montón de cosas. No me puedo permitir ahora estar cuatro días sin internet… No quiero desconectar, no quiero aire puro, no quiero vida social. Quiero estar encerrada en mi cuarto enterándome

de todo y con los feels a tope veinticuatro siete. Yo lloré cuando Eleven dio a luz, joder. Necesito saber cómo está ese niño».

No es fácil hacer frente a la frustración cuando tienes catorce años y tu personaje de ficción favorito está aprendiendo a ser madre. Antes de juzgar a esta chica, piensa que hay adultos que se rompen una mano dándole un puñetazo a la pared cuando su equipo pierde un partido. Emi no ha llegado a ese punto.

El punto en el que estaba Emi era crucial. Tenía que decidir si se subía al coche, donde ya la estaban esperando sus padres y su hermano, o si huía en dirección contraria y corría cuarenta kilómetros hasta llegar a su casa y encender el ordenador.

Emi eligió el coche, aunque estaba convencida de que tanto ella como su familia iban a pasar el peor fin de semana de su vida. Y, bueno, se podría decir que tenía razón. Aunque es difícil valorar si lo que te está pasando en este momento es lo mejor o lo peor que te ha pasado en tu vida. Necesitas perspectiva. Y necesitas contexto.

Se tiende a pensar que, por ejemplo, el día de tu boda tiene que ser el más dichoso de tu existencia, pero puede que, llegado el momento, estés tan agobiada por estar pendiente de todo que realmente no lo disfrutes y luego te pases meses repitiendo, siempre con una gran sonrisa, que sí, que sí, que fue el día más perfecto del universo, a ver si diciéndolo muchas veces se convierte en una realidad. También solemos pensar que la muerte repentina de un familiar, qué se yo, tu padre, es una experiencia muy dolorosa, algo que podría hundir a una persona. Pero si tu padre era un hijo de puta, puede que esa circunstancia fatídica se convierta, pasado el susto, en un alivio.

Sin embargo, hay algunas situaciones que son tan terribles que pueden ser calificadas como «lo peor que te puede ocurrir» sin necesidad de perspectiva ni contexto. Las catástrofes. Aquello que nadie negaría que es una verdadera desgracia. Como que un incendio reduzca a cenizas un espacio natural protegido. O que una inundación arrase con un pueblo entero y deje a su paso decenas de muertos. O que un coche conducido por una persona que dará positivo en las pruebas de alcohol y cocaína impacte frontalmente contra el tuyo y todos fallezcáis en el acto.



Porque así es como termina el viaje familiar de los Parra Alcalá.

Segunda parte

Un pueblo de Zamora

4

El bar del pueblo

Treinta habitantes eran suficientes para tener un bar en el pueblo. Aunque lo cierto es que Valverde del Lago era mucho más que otra localidad despoblada del interior de España y no se conformaba con un único local en el que tomar el café a diario, echar la partida, ver el fútbol, comprar el pan y jugar a la lotería. Contaba además con un restaurante, un hotel y un hostal, no porque allí hubiera un especial interés por la hostelería, sino, más bien, porque era uno de esos lugares demasiado tranquilos en invierno y muy animados en verano. Y todo gracias al lago junto al que nació, que, además de atraer turistas, le completaba el nombre.

Aún no era verano. Ni siquiera hacía calor para ser mayo. De hecho, a juzgar por los ánimos de los vecinos, parecía el más crudo día de invierno. Era la mañana del 13 de mayo y en el bar del pueblo solo se oía el rugido de la máquina de café y el tintineo de unas tazas que no encajaban del todo bien en los platos que las acompañan.

Era temprano, pero ya había en el bar seis hombres, algunos sentados en la barra y otros en las mesas. Cada uno había acudido a solas, pero habían formado un corro espontáneo. Nadie se daba la espalda. Caras tristes, cabezas gachas, silencios largos, ambiente cargado.

—No eran de aquí, ¿no? —preguntó uno sin levantar la vista del café.

—No, no. Eran forasteros —contestó la dueña.

—¡Cágonlaleche! ¡Quei mala fortuna! —se lamentó otro—. ¿Tenían fillos?

—Ha sido una familia entera. Padre, madre y dos hijos. —La dueña

siempre había tenido fama de engrandecer y adornar la información que recibía o interceptaba tras la barra de su negocio. Pero en esta ocasión no necesitaba exagerar.

—La tormenta fue horrorosa —añadió un tercero.

—No fue la tormenta. Eso vino después. Esto debió de ser sobre las ocho de la tarde —lo corrigió la camarera.

—¿Dónde fue? ¿En el cruce de Los Enanos?

Poco a poco todos se fueron animando a preguntar, no sin temor a las respuestas.

—Un pocu más alante, donde las Peñas de las brujas. Entovía está el coche allí estrellado —dijo una voz tenue.

—Pero ¿y cómo pasó pa quedar todos en el acto?

—Vienen los de fuera, no conocen las curvas… Qué sé yo. Chocaron los dos coches de frente.

—¡Cágoenlaleche! ¡En un momento! ¡La que prepararon!

Y vuelta al silencio. La gente de esta zona ya había tenido bastante y no disfrutaba hablando de catástrofes.

A los pocos minutos se abrió la puerta con un sonido agudo y metálico muy molesto. Chirrió porque estaba vieja y oxidada. Siempre había un paisano que se quejaba de lo desagradable que era ese ruido, pero aquella mañana la puerta sonaba acorde con el sentimiento de los de dentro. Parecía un llanto espontáneo, un lamento incontrolable. Así que los vecinos mantuvieron el silencio, como respetando el dolor de una puerta que, si realmente se quejaba de algo, era de falta de cuidado.

Lo bueno de tener un bar en una localidad de treinta habitantes era que no tenías que ganarte a la clientela con una decoración moderna o un ambiente sofisticado para justificar los tres euros que vas a cobrar por el café. En este bar el café valía un euro y te ponían una magdalenita al lado para acompañarlo. Así que a nadie le importaba cómo estuviera la puerta. En este pueblo se aceptaba que la puerta estuviera vieja, como la mayoría de sus habitantes, y ya está. No había ningún problema mientras siguiera cumpliendo su función, que, en un sitio así, más que evitar robos cuando cierra el negocio, era aislar del frío.

El gemido de las bisagras anunció el paso del diputado de la comarca. El hombre no dio los buenos días y nadie se los reclamó. Como un autómata, caminó hacia la barra y pidió un café solo, y la dueña se apresuró a servírselo cuanto antes porque sabía que lo necesitaba.

El diputado no había dormido en toda la noche. En cuanto se enteró del accidente, más o menos una hora después de que este se produjera, se desplazó hasta la zona, a pesar de la fuerte tormenta, y se ofreció para colaborar en lo que hiciera falta. Después regresó a Puebla, capital de la comarca, para hacer unas gestiones y transmitir la información que había obtenido. Al amanecer volvió al lugar de la desgracia. No tenía ya mucho que aportar, pero el mal cuerpo no le permitía echarse en la cama como si nada. Cuando empezó a asimilar lo ocurrido le invadió una fuerte congoja y pensó que le sentaría bien un café.

Nunca se comía la magdalenita que ponían en el bar. No obstante, esa mañana sí se la iba a comer, más que nada porque necesitaba algo agradable. Se la metió entera en la boca, y le gustó tanto su esponjosidad y su sabor artificial que hasta cerró los ojos para concentrarse mejor en la sensación. Por un momento se le olvidó lo que había visto esa noche y hasta le entraron ganas de pedir otra. Pero cuando volvió a abrir los ojos y se fijó en las caras de todos los allí reunidos, que le miraban como esperando a que dijera algo, se le quitaron las ganas de dulce.

—Otra tragedia —comentó finalmente.

—¿Pero ha sido tragedia o imprudencia? Que han dicho que el que sobrevivió iba bebido —comentó la dueña.

—Hay que llamar a las cosas por su nombre —apuntó un paisano—. Si el malnacido ese iba borracho no es tragedia: eso es un asesinato. ¡Tú fíjate la que ha preparao! ¡Una familia entera se ha llevado por delante!

—¿Se sabe quién es? ¿Es de por aquí? —se escuchó preguntar.

El diputado lo sabía, pero no quería contarlo. No consideraba que aquel fuera momento para la venganza, sino para el dolor, y él estaba realmente afectado. Sentía la pérdida de esas cuatro vidas como si las

conociera, aunque más daño le hacía lo injusto que había sido su final.

Mientras saboreaba la magdalena no le importaban una mierda las condenas que le fuesen a caer al presunto culpable. Solo podía pensar en esa familia que ya no regresaría a su casa y en sus allegados, que estarían recibiendo la fatal noticia en aquel momento.

Removió el café, que estaba muy caliente, y se dio cuenta de que los vecinos lo miraban como exigiéndole explicaciones. No sabía qué decir. Se quedó pensando que en la comarca para la que trabajaba desde hacía más de veinte años vivía poca gente, pero morir habían muerto demasiados. Y se distraía dando vueltas al café y mirando a las ondas que iban surgiendo en ese oscuro líquido que le recordaba al lago.

No le apetecía nada hablar. Ya había hablado con autoridades, hospitales, medios de comunicación, cuerpos de seguridad. Ya no tenía nada más que decir.

El resto de los allí reunidos sentían algo parecido. Todos estaban conmocionados, aunque cada uno lo expresaba como podía: con silencio, con rabia, negando con la cabeza, chasqueando la lengua o haciendo preguntas sin parar. No por el morbo de conocer los detalles del accidente, sino por la necesidad humana de encontrarle la lógica a un suceso fortuito que no la tiene.

Que en este caso sí la tenía: el conductor borracho que no solo iba borracho.

La mayoría de los accidentes no son fruto del azar. Algunos son errores humanos, y eso es una putada, pero tan humano es llorar la muerte trágica de unos desconocidos como cagarla, incluso cagarla a lo grande. Y otros son negligencias. Reconozcámoslo: tan humano es cometer errores como detectarlos y hacer la vista gorda por no tener que asumir la responsabilidad de subsanarlo o, peor aún, de hacerte cargo del desastre que el fallo vaya a causar.

A la familia Parra Alcalá la mató un hombre de cuarenta y tres años que conducía a más velocidad de la cuenta y de forma errática por una carretera que conocía de sobra. Un hombre que decidió coger el coche para acercarse a la orilla del lago porque necesitaba despejarse un poco antes de regresar a casa; sabía que, si su mujer lo volvía a ver

en ese estado, iba a tener problemas.

Ese hombre, cuyo nombre yo tampoco voy a revelar porque estoy de acuerdo con el diputado en que a estas alturas de nada sirve regodearse en el odio, disfrutaba mucho paseando por la orilla que da a Valverde del Lago. Allí hallaba una calma como en ningún otro sitio. Hasta allí solía acercarse cuando buscaba algo de paz, independientemente de la hora que fuese.

Lo que sí os puedo decir es que ya no volvió a pisar esa orilla jamás. No porque cayera sobre él todo el peso de la justicia, pues solo sería condenado a cuatro años de prisión, sino porque, cumplida su pena, no querría regresar a un sitio donde quedaría señalado para siempre.

5

La casa del pueblo

Solo hay una carretera autonómica para llegar a Valverde del Lago. Las señales recomiendan ir a sesenta kilómetros por hora, así que no es una senda aburrida, como te puedes imaginar. Atraviesa varias localidades, hay peligro de que se te crucen animales salvajes y tiene algunas curvas muy pronunciadas. El asfalto muere en el pueblo. Así que, cuando llegas a él, ya no puedes ir más allá. Al menos en coche.

En realidad es un recorrido que merece mucho la pena. Tras pasar la capital de la comarca, la carretera se adentra en el parque natural del lago de Sanabria, permitiendo al viajero circular a escasos metros de esa hermosa masa de agua. ¡Un lujo para los amantes de la naturaleza! Si algún día te apeteciera visitarlo, yo te recomendaría llegar allí de día, no solo para ver mejor el trazado del camino, algo importante si no eres de la zona, sino para admirar el lago en todo su esplendor.

Y, si tuvieras la suerte de pasar justo durante el atardecer, como la tuvo la familia Parra Alcalá, experimentarías la magia del entorno al completo. Sentirías, al mismo tiempo, la frialdad de sus imponentes montañas y la calidez de los últimos rayos de sol anaranjados penetrando a través de los árboles espigados que cercan las orillas de ese lago legendario.

Los que vienen por primera vez siempre se sorprenden de lo grande que es. También suele llamar la atención el color oscuro de sus aguas. No te lo voy a negar: impone un poco. Es inevitable mirarlo y no preguntarse «¿Qué habrá ahí abajo?». Pero no tengas prisa; eso lo descubrirás más adelante. Por ahora, con que sepas que este es el lago más grande de España es suficiente. Ah, y también el más profundo, lo

cual explica su tono azul oscuro en días de sol y casi negro cuando está nublado.

El lago termina y a continuación está el pueblo, que también desconcierta al visitante porque todas sus casas son blancas. Las del resto de los pueblos por los que pasas hasta llegar allí son muy diferentes. En esta zona, la mayoría de las viviendas son de piedra, con tejados de pizarra. Las típicas construcciones de montaña del noroeste de España. Sin embargo, las del último pueblo son blancas en la estructura y negras en la cúspide. Ya sabrás por qué.

Algunas está más cuidadas. Otras tienen las paredes desconchadas y el blanco ya se ha vuelto gris. En unas cuantas salta a la vista que nadie vive allí y que los dueños no están muy interesados en mantener en condiciones una vivienda en un sitio como este.

Las casas blancas llegan hasta el río y un puente da acceso a lo que se conoce como el pueblo viejo. Un puente que funciona tanto de cruce eficaz de un accidente geográfico como de máquina del tiempo. Tras él continúa la carretera, llena de baches, que lleva al lugar más interior de la zona, donde se acaban las infraestructuras, los pavimentos y cualquier elemento relacionado con el siglo XXI.

A primera vista puede parecer que el pueblo viejo está completamente en ruinas, pero, si miras bien cualquiera de sus edificaciones —esta vez sí, de piedra, como en el resto de Sanabria—, te das cuenta de que, aunque parezcan abandonadas, no lo están. Solo están viejas, pero siguen cumpliendo su función.

Y cuando finalizan las casas de piedra emergen un par de casas mucho más modernas. Dos chalets que han aprovechado los últimos metros de carretera, antes de que esta se transformara en el camino que sube a la montaña, para albergar a otro tipo de turistas: los que prefieren alquilar una vivienda y tener más privacidad antes que hospedarse en un hotel en la plaza del pueblo.

Vistas desde fuera, las dos tienen bastantes similitudes. Aunque no pertenecen a las mismas personas, sí fueron construidas por los mismos albañiles, que no se preocuparon lo más mínimo por variar los materiales o el diseño. Son de ladrillo visto porque en los años ochenta, cuando las levantaron, era una forma de decir «Yo tengo

dinero» o, al menos, «Yo no soy como los que viven en las casas de piedra del pueblo viejo».

La primera es la más grande; puede hospedar a ocho personas, o nueve si una de ellas es un bebé. Sin embargo, para mi gusto, la última es la mejor, aunque solo puede alquilarse para un máximo de cuatro huéspedes. Su parcela es mucho más amplia y permite al visitante disfrutar de varios espacios dedicados a tomar el sol, hacer una barbacoa, echar la siesta a la sombra de alguno de sus robustos árboles o probar la selección de juegos de mesa que los dueños han considerado más atractivos, entre los que se encuentran un *Trivial* de 1995; un *Scattergories* de 1997; un *Scrabble* que ha perdido varias letras; una baraja de cartas, esta sí, completa, y un *Cocodrilo Sacamuelas* para los más pequeños. Además, al ser la casa más alta del pueblo, también tiene vistas al lago desde las ventanas del dormitorio principal.

Al interior, no obstante, no se le ha sacado tanto partido, lo que la convierte en una casa perfecta para el verano, cuando uno puede estar todo el día fuera. La planta baja cuenta con un amplio salón comedor, un baño pequeño y una cocina a la que no le falta de nada, aunque una familia de ciudad nada más verla pensaría que necesita una reforma integral. Pero todo en ella funciona. El horno no será pirolítico, pero te asa la carne como cualquier otro, y el lavavajillas se sustituye por una pila para poner en remojo y fregar lo que haga falta. La planta de arriba está dividida en dos dormitorios prácticamente iguales, ambos con un armario empotrado, una mesa raquítica, una silla y una cama de matrimonio en el centro. El principal tiene, además, baño privado.

Roberto, que fue quien la alquiló, sabía de sobra que a sus hijos les iba a sentar fatal compartir habitación y, encima, cama. Pero le parecía un mal menor. Se enamoró al instante de la casa y del entorno, proyectó todas sus fantasías campestres en ella y dejó a un lado la razón. Reservó con el corazón.

Le recordaba vagamente a la casa del pueblo de sus padres y le transmitía esa sensación de hogar que tanto necesitaba. Aquel era, sin lugar a dudas, un sitio acogedor, algo que no es tan fácil de encontrar

cuando buscas alojamientos de fin de semana. Era exactamente lo que quería: sin lujos, sin pijadas, sin nada más ni nada menos que lo justo para estar a gusto todos juntos. Sí, Roberto había idealizado demasiado esa escapada a la naturaleza, y su peor error fue decantarse por su propia versión del paraíso sin tener en cuenta que tanto a su mujer como a sus hijos aquello podría parecerles el infierno. Pero él creía que nadie se quejaría porque todos tendrían claro que lo importante iba a ser pasar tiempo de calidad en familia.

Me temo que a Roberto le seguía pesando el no haber sido capaz de disfrutar de los ratos buenos durante el confinamiento de 2020. Siempre se arrepintió de no haber estado a la altura y que eso le hubiera alejado de Aurora y los chicos. Deseaba, y lo deseaba de corazón, que ya sabéis que yo lo sé todo, que ese miniconfinamiento en Sanabria funcionase.

Si funcionó o no, ya lo descubrirás. Lo que estaba claro es que la aventurita empezó mal. ¿Cómo iba a imaginarse Roberto que, cuando por fin llegase a esa casa con la que tanto había soñado, lo haría tras haber sufrido un accidente mortal?

6

La gente del pueblo

—Me habéis jodido la vida.

Nadie se inmutó lo más mínimo ante este comentario. Cada uno siguió con lo suyo como si nadie hubiera dicho nada. «Ya está Emi con sus exageraciones», pensaron todos sin inmutarse.

—Es que me pego un tiro, me lo pego aquí mismo —continuó ella —. ¿Cómo voy a compartir habitación con el idiota este? ¡Yo necesito intimidad! ¡Soy una chica con muchos problemas! ¡Y muchos secretos! ¡Necesito estar sola o me volveré loca!

Darío se movía menos que una estatua. Plantado en medio del pasillo del piso superior, observaba la situación con los brazos cruzados y el ceño muy fruncido, esperando que los gritos de su hermana solucionasen aquel pequeño inconveniente. Así solía ganar Emi sus batallas: por no seguir escuchándola, todos cedían a sus exigencias.

—¡Esto es lo peor que me ha pasado en mi puta vida! ¡Vaya viaje de mierda! No solo me habéis obligado a venir hasta aquí, es que encima no voy a poder estar tranquila ni un solo minuto. ¡Pero ¿qué pretendías?!, ¡¿matarnos?! Voy a llamar a los servicios sociales, porque esto es tortura infantil. ¡Soy menor de edad! ¡Tengo derechos!

Roberto guardaba silencio. A ver, sus hijos nunca habían compartido habitación, ¿por qué tendría que haberlos entusiasmado hacerlo entonces? «De todas formas, tampoco es para ponerse así», pensó. Y tenía razón, pero Emi también…, ¿no?

—No pienso pegar ojo en todo el fin de semana. Yo no me meto en la misma cama que ese ni muerta, ¿me oís?, ¡ni muerta! No voy a dormir ni un solo minuto y voy a estar cada vez más cabreada,

¡porque cuando no duermo salto a la primera, que lo sabéis de sobra!

«Se le pasará —se dijo Roberto—. No tiene alternativa». Darío seguía clavado en mitad del pasillo, presenciando la escena cada vez más tenso. Aurora se había refugiado en el cuarto de baño de su habitación para intentar asimilar lo que estaba sucediendo.

Sí. Aurora lo veía muy claro. Su marido los había engañado. A toda la familia. Les había prometido un lugar encantador y se habían encontrado con una casa fría, pequeña y desfasada. No le hacía falta correr las mamparas de la ducha para saber que no cerraban correctamente, ni acercarse al váter para comprobar que la cisterna gotearía durante la noche.

Enseguida ideó un plan. Había sido un viaje largo y muy cansado. Le pesaba el cuerpo. Lo más lógico sería pasar allí la noche, aunque fuera un suplicio, y al día siguiente, más tranquilos, marcharse a otro sitio. Pagaría ella misma un hotel si hacía falta. Aunque también tenía sus dudas de que en aquel lugar hubiera hoteles decentes.

Cuando Aurora iba a salir del baño con su estrategia de rescate a punto, escuchó a su hija gritar:

—¡Me voy de aquí! ¡Me voy a dar una vuelta! ¡Prefiero estar fuera que en esta casa de mierda! ¡Eso es lo que habéis conseguido! ¡Que salga a pasear! ¡Y me voy sola! ¡No se os ocurra seguirme, que os… os tiro una piedra! ¡Dejadme sola! ¡A ver si me pierdo o algún pueblerino me rapta!

Darío siguió a su hermana con la mirada y la vio bajar las escaleras, dirigirse hacia la puerta y desaparecer. Después, poniendo mucho empeño en que se le notase el enfado, traspasó a su padre con los ojos y se limitó a decir:

—Yo dormiré en el sofá.

Hacía demasiado frío para que Emi paseara tapada solamente con la sobrecamisa con la que había venido en el coche, pero estaba tan alterada que ni sentía la temperatura. Salió de la casa con paso firme y decidido, aunque al cruzar el portón que daba a la calle se detuvo un momento. ¿A dónde iba? Miró a su derecha y vio la montaña. Miró

hacia la izquierda y vio el pueblo. La primera llevaba a un sendero muy muy oscuro; sin embargo, el pueblo, visto desde esa distancia, parecía resplandecer. Como si tuvieran puestas las luces de Navidad. Pero era mayo, ¿no?

Alzó los ojos entonces al cielo y se quedó boquiabierta al darse cuenta de que sobre su cabeza se erguía una enorme luna, brillante como ninguna que hubiera contemplado. Hasta se le escapó un leve «¡Oooh!» y se le ocurrió que igual tenían razón todos esos pesados que no paraban de decir que la naturaleza es impresionante. ¡Es que era cierto! La luna, aquella noche, estaba impresionante. Hasta su color era distinto. En Madrid era de un amarillo muy pálido; sin embargo, ahora refulgía con un naranja intenso, como si le hubieran subido la saturación a tope.

Tras la bucólica epifanía, Emi se dirigió hacia el pueblo mucho más relajada. Por el camino resolvió el misterio: la luz que iluminaba aquella vieja aldea era la de la luna. También bañaba el lago, convirtiendo sus calmadas aguas en un líquido morado, un tono que nunca había visto antes. Por un momento sintió que la habían metido en una escena de *Crepúsculo*. Todo era familiar pero al mismo tiempo, distinto. La luna era naranja, el agua morada y el pueblo verde. ¿Por qué no?

Después reflexionó un poco más y concluyó que, a su alrededor, era como si le hubieran aplicado a todo el filtro de color que usan en las películas malas cuando un personaje está drogado. Emi no se había drogado nunca, pero tenía muchas ganas de hacerlo. Pensaba que aún era demasiado joven para consumir esas sustancias, sobre todo porque había leído sobre el daño que causan en el cerebro de los adolescentes. Por eso se había comprometido a esperar hasta cumplir los dieciocho. Y el día de su cumpleaños… ¡se iba a poner hasta el culo!

Se adentró entre las casas de piedra y atravesó las callejuelas laberínticas guiada por una inercia que la empujaba a seguir hacia delante. Hasta le daba la sensación de que ya conocía aquel sitio y sabía por dónde ir. En el cruce debía girar a la izquierda, después a la derecha, y después tenía que continuar de frente hasta llegar a una especie de plaza. Paró en seco justo al pisar el centro.

—¡Joder! ¡Joder!

No quería gritar, pero se le escapó. Lo que vio en aquella plaza ya no le parecía una experiencia sensorial fruto del mejor colocón. La escena se parecía más a lo que la gente llama un mal viaje.

Emi permanecía inmóvil. La plaza, de trazo irregular, estaba delimitada por casas de diferentes tamaños pero muy similares. Todas de piedra, con un balcón de madera y unas escaleras que iban de la planta baja a la superior y que habían sido construidas por fuera de la fachada. Algunas ventanas estaban iluminadas, mientras que otras permanecían completamente a oscuras. En las de más allá se intuía el fuego de una chimenea crepitando tras el cristal.

Y, delante de las viviendas, mucha gente.

«¿De dónde han salido estos?», se preguntó Emi. De dónde… ¡y de cuándo! Todos iban vestidos prácticamente igual. Pero su atuendo parecía muy antiguo. Todos, de hecho, parecían de otra época, de ese tipo de gente ya no se ve por las calles, ni en la tele, ni en ningún sitio. Sus ropas eran oscuras, anchas, con varias capas superpuestas. Los hombres se cubrían la cabeza con sombreros y boinas, y las mujeres con pañuelos. Oscuros también, por supuesto.

En realidad, no todas aquellas personas iban vestidas de negro, pero en aquel momento toda la luz de la luna caía de lleno sobre Emi como el foco de luz de un teatro, y el resto de los allí presentes, sus espectadores, permanecían en la penumbra, así que no era tan fácil distinguirlos al detalle. Lo que estaba claro era que estaban allí. Rodeándola. Y mirándola.

A ver, yo también me habría cagado de miedo. Cientos de ojos puestos en ti en un sitio que no conoces…, ¡qué mal rollo! Y lo más inquietante: estaban completamente callados. Emi sentía las presencias de lo que le parecían cientos de desconocidos a su alrededor pero no oía nada. Ni sus respiraciones. Nadie hablaba, ni siquiera murmurando. Ella, al menos, había dicho «Joder». Y dos veces.

Giró sobre sí misma solo para comprobar que, efectivamente, estaba atrapada. No tenía escapatoria. Entonces, uno de los que parecían más ancianos se acercó a ella y, antes de que la niña pudiera tirarle una

piedra, le preguntó:

—¿Cómo te chamas?

—Esther.

Ni lo pensó. Su madre le había explicado que para las cosas importantes tenía que decir su verdadero nombre, y esto era lo más importante que le había pasado en su vida. Su deseo se había cumplido. La iban a raptar los lugareños y no volvería a ver a su familia. Aquella idea le hizo sentir una pena enorme porque, en el fondo, les había cogido cariño a sus padres. A su hermano menos, pero la entristecía la perspectiva de no volver a insultarlo nunca más.

Emi estaba convencida de que le iban a hacer algo malo. Era lo lógico, ¿no? Era una adolescente de catorce años en un sitio completamente desconocido, sola y sin móvil. No tenía otra alternativa que entregarse sin oponer ningún tipo de resistencia para que, al menos, no le hicieran daño.

Pero ¡Pobrecilla! Emi no tenía ni idea de quién era esa gente, ni sabía que no tenían ninguna intención de lastimarla. Porque, aunque hubieran querido, que no era el caso, no habrían sido capaces.

En el chalet de idilio y pesadilla, Darío intentaba coger el sueño, sin éxito, en el sofá del salón. No paraba de darle vueltas a un montón de cosas; era como si le hubieran llegado de golpe cientos de recuerdos de su vida, buenos y malos. Y, aunque se sentía muy cansado, no podía dormirse. Hasta se le había ocurrido levantarse y coger algún juego de la estantería, por distraerse, pero también le dolía bastante el cuerpo. No sabía si del viaje, del enfado o de que el sofá no era tan cómodo como parecía.

Y, de pronto, la puerta de la entrada se abrió de golpe. Darío se incorporó con rapidez y distinguió lo que creyó que era la silueta de su hermana. No sabía con seguridad si era ella porque entraba demasiada luz de fuera y el contraste había convertido a Emi en una sombra.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó ella con todas sus fuerzas.

Al menos parecía que se le había pasado el disgusto, porque su voz

no sonaba como antes. «¿Qué querrá ahora?».

—¡MAMÁ! ¡PAPÁ! ¡BAJAD AHORA MISMO!

Se oyeron pasos en el piso de arriba y enseguida aparecieron sus padres por la escalera.

—¡Hija! ¿Dónde has estado? Hemos estado muy preocupados, mi niña. —A Roberto se le notaba que estaba muy nervioso—. No puedes irte de repente y tardar tanto tiempo en volver. ¡Y de noche! Pensábamos que te habías perdido.

—Qué va —contestó Emi tan contenta.

—¿Qué pasa? —necesitó saber Aurora.

A la niña le costaba contener la risa:

—Que fui al pueblo, ¡jajajajajaja!, y me encontré a un montón de gente. Pero un montón de gente, ¡jajajajaja! ¡Mogollón! Esto está llenito. Es que iba caminando y no veía a nadie y yo pensaba, ¿quién va a haber aquí?, ¡en el culo del mundo! ¡Jajajajajajajaja! Es que estamos en el culo del mundo literal. Y, de repente, ¡el pueblo lleno! Creía que estaba zumbada pero ¡nooo! Luego creía que me iban a matar o algo, ¡jajajajajajajajaja!, creía que me iban a coger entre todos y pumba, pumba, pumba, pero es que no me pueden matar, ¡jajajajajaja!

Darío pensó que estaba asistiendo a la primera borrachera de su hermana y eso le resultó gracioso, así que soltó una carcajada él también. Entonces Emi se volvió hacia él y le soltó:

—¡Que no me pueden matar… porque estoy muerta! ¡JAJAJAJA! ¡Que estamos todos muertos…!

A Darío se le cortó la risa.

—¡Jódete, hermanito, que tú también estás muerto!

Tercera parte

Una chica de Gijón

7

Aquí no hay quien descanse en paz

—¡No sobrevivimos al accidente! —exclamó Roberto entre lágrimas.

El pobre hombre tenía el disgusto de su vida. O, mejor dicho —habrá que ir adaptándose a las nuevas circunstancias—, tenía el disgusto de su muerte. Y así se lamentaba:

—¡Dios mío! ¡Os he matado a todos! ¡He matado a mi familia! A lo que más quiero…

—¡Ya está bien! —interrumpió tajante Aurora.

Evidentemente, ella no se alegraba de la muerte de nadie. Pero era una mujer práctica. Sabía que fallecer era algo irreversible, así que ¿de qué servía llorar? Un ratito vale. Es sano. Hay que digerir estas cosas. Pero ¿tres días a moco tendido? Aurora ya no aguantaba más.

—¡Cómo puedes ser tan fría! —balbuceó Roberto—. ¿Cómo me puedes pedir que esté bien? ¿Cómo se supera la muerte de tus hijos?

—Que estamos aquííí, papááá. Que tú también estás mueeertooo —añadió Emi, alargando intencionadamente las palabras para que quedase claro que ella también estaba harta.

—¡Qué disco rayado, Roberto! ¡Qué difícil nos lo estás poniendo a todos! —le reprochó Aurora. Se estaba cabreando y, cuando eso pasaba, se ponía muy sarcástica—. Al final te han concedido lo que tanto deseabas. ¡Hala! ¡Ya estamos toda la familia unida! ¡Y para toda la eternidad!

—¡MAMÁ! —gritó Emi—. ¡No digas eso ni en broma!

—¿Alguien sabe dónde está Darío? —preguntó el padre.

—Lleva dos días encerrado en MI habitación —protestó su hija—. Que se supone que él se iba a quedar en el sofá, pero con este idiota es que sieeempre pasa lo mismo. ¡Que ha echado el puto pestillo y no me

deja entrar ni para cambiarme las bragas! ¡Vete a echarle una bronca, papá!

—A ver si le ha pasado algo —dudó él preocupado.

—¿Algo de qué? —Emi estaba a punto de perder los nervios—. ¡Si está muerto! Que no te enteras, papá. No sé cuántas veces os tengo que explicar lo que me contaron los del pueblo. ¿Qué le va a pasar? ¿Que haya resucitado?

—Voy a hablar con él.

Roberto subió las escaleras despacio mientras repasaba mentalmente la disculpa que iba a ofrecerle a Darío. ¿Cómo se le pide perdón a un hijo por haberle quitado la vida? Y además una tan prometedora… Que Roberto también quería mucho a Emi, ¿eh?, pero aunque no lo reconocería nunca en voz alta, siempre había tenido sus esperanzas puestas en el mayor.

Darío le recordaba mucho a él. Bueno, no exactamente. Darío era una versión mejorada de él. Ambos eran inteligentes, trabajadores y responsables, y tenían las ideas claras, pero Darío, encima, sabía disfrutar de la vida. No solo sacaba buenas notas: también se las apañaba para entrenar con sus amigos, viajar y hasta echarse alguna novia —los padres se enteran de esas cosas, aunque los hijos crean que lo pueden disimular—.

A Roberto se le partía el corazón al pensar que le había arrebatado a su hombrecito, lo que más quería, la vida maravillosa que tenía por delante. No había palabras con las que disculparse ante una desgracia así.

Frente al dormitorio de Darío, Roberto cayó en la cuenta de que, después de hablar con su hijo, también estaría bien hacerlo con Emi. En realidad no sabía mucho sobre los gustos de su hija pequeña, pero estaba seguro de que ella también tendría planes interesantes para su futuro. Así de paso se enteraría de cuáles eran. ¡Qué gran idea, Roberto!

Más animado, llamó a la puerta. No oyó nada. Ni un solo movimiento al otro lado. ¿Y si Darío se había escapado? Pero ¿cómo?, ¿saltando por la ventana? ¡Se podría haber matado! Ah, no, claro, que ya estaba muerto. Eso lo alivió momentáneamente. Pero tres segundos

después le sobrevino un ataque de pánico al asumir, primero, que había matado a su hijo —es que uno no se acostumbra tan rápido a eso—, y, segundo, que este se podía haber escapado y que no lo volvería a ver jamás.

Llamó de nuevo a la puerta, insistente, ya sin ningún tipo de reparo por ocultar sus nervios. ¡Oyó algo! Menos mal. Un ligero crujido que le recordó a los muelles de una cama vieja. Respiró profundamente, más relajado, y, sin ser consciente, comenzó a sonreír.

En ese momento Darío abrió la puerta y lo que vio fue a su padre, apoyado en el marco, con cara de ido y una magnífica sonrisa en la cara. Quiso gritarle «¿Qué coño quieres?», pero al verlo así se decantó por:

—¿Qué coño te pasa?

—¡Hijo! —La alegría se le esfumó del rostro y volvieron los gimoteos. Intentó abrazarlo, pero lo hizo con tanto ímpetu que, sin querer, lo empujó hacia dentro de la habitación. Darío no daba crédito.

—¡¿Qué haces?! ¡¿Qué quieres?!

—¡Hijo mío! —entró en la habitación y se abalanzó sobre él. Al segundo intento le salió mejor el abrazo.

—¡Papá! —Darío se escurrió como pudo.

—Quería saber si estabas bien. No has salido de tu habitación desde hace… Creo que han pasado ya dos días, Darío. Y no has comido nada.

—¿Y para qué voy a comer? ¿Comen los muertos?

—De eso precisamente te quería hablar.

—¿De lo que comen los muertos?

—¡No! Por favor, déjame hablar.

Roberto se sentó sobre la cama. No crujió; qué raro. Darío analizó rápidamente la situación y decidió que lo mejor sería escucharlo porque, si lo echaba de malas maneras, algo que le apetecía bastante, su padre alteraría al resto de su familia y entonces volverían las discusiones inagotables que subían desde el salón, como las que había escuchado sin cesar durante esos dos días de encierro.

Darío necesitaba entender lo que estaba ocurriendo. Sí, lo que contó

su hermana: habían tenido un accidente de coche, pero no se refería a eso. Sabía que estaba muerto. Lo sabía porque en todo el fin de semana no había comido nada, ni bebido nada, ni ido al baño ni una sola vez. Eso eran pruebas suficientes para aceptar su nueva condición. Algo que, por otro lado, no le hacía ninguna gracia. Pero antes de dejarse llevar por toda la rabia que le ardía dentro del pecho, quería entender por qué, si estaba muerto, seguía allí. Como si siguiera vivo. En esa casa, con su familia, con su mismo cuerpo. Por qué todo, más o menos, era como antes.

Miró a su padre, abatido, tembloroso, sobre esa cama tan fea, como todo lo que había en aquella casa, y se sentó en una silla frente a él para escucharle. La silla crujió al recibirlo. Entonces Roberto alzó la mirada.

—A ver, qué te pasa, papá.

—No lo sé, hijo mío. —Su voz sonaba como si acabase de romper a llorar, pero no le salían lágrimas de los ojos. Parecía un robot que no sabe replicar las expresiones humanas del todo bien—. ¿Y a ti? ¿Estás bien?

—Yo no estoy mal. El que parece no estar bien eres tú.

—Claro que no estoy bien. ¿Cómo iba a estarlo? He matado a toda mi familia. Es algo que… que me ha superado.

Darío suspiró sin aliento poniendo los ojos en blanco. Entonces preguntó:

—¿Te acuerdas de cuando te contábamos nuestros problemas y nos decías que todo tiene remedio menos la muerte? Pues ya está, papá. Esto no tiene remedio, así que igual es mejor no darle más vueltas.

—Ya, hijo, pero es que decir «no le des más vueltas» es lo fácil. Lo difícil es no dárselas. ¿Tú qué piensas de todo esto?

—¡Pues qué voy a pensar! Papá, ¿tú qué crees? ¡No puedo parar de pensar! Pienso que esto es una puta mierda y que te odio por habernos traído hasta aquí. Pienso que me encantaría haberme quedado con mi novia…

Ahí Roberto se vino un poco arriba y se dijo para sí mismo: «Lo sabía».

—Pienso —continuó Darío— en mamá, en Esther… Yo qué sé. Estoy

rayadísimo, papá, ¿qué esperas? He pensado en mis amigos, en el equipo, en el examen que tenía la semana que viene, en todas las cosas que podría haber hecho este fin de semana si no hubiéramos venido al culo del mundo, en los planes del verano. Por pensar hasta he pensado en…

Darío echó el freno. No quería reconocer delante de su padre que también había estado pensando en masturbarse. Por experimentar; solo por saber si se sentiría diferente. Sin embargo, al intentarlo se tuvo que enfrentar a otra mala noticia: su pene, al parecer, también había muerto.

—¿En la universidad? —quiso saber su padre.

—Sí, también he pensado en la universidad. Mira, al menos me alegro de haberme librado de la EvAU, que era un agobio.

—Yo tengo la cabeza como un bombo. Pienso todo el rato en vosotros; no puedo parar de pensar en tu carrera, en las exposiciones de tu madre, en las cosas de Emi…

—Pues tú nos trajiste aquí. Tú verás cómo nos sacas.

—¿Que cómo os saco?

—¡Hombre! No creerás que nos vamos a quedar aquí para siempre…

—Pues…

—¡Sí, hombre! Vale que estemos muertos, pero por lo menos, vámonos a nuestra casa.

—No sé si…

—¡Pues lo averiguas! ¡Papá, joder! ¡Esta casa es lo peor que he visto en mi vida! ¿Qué me estás contando? ¡¿De verdad te da igual que nos quedemos aquí?! ¡¿Para siempre?!

—No, para siempre no. La tenía pagada hasta mañana.

—¡Qué dices! ¡Madre mía! No doy crédito, te lo juro. ¡Pues hala, hala, disfruta de tu último día de puente! Pero mañana nos sacas de aquí.

La conversación fue subiendo de tono y al final Darío terminó echando a su padre de la habitación, tal y como había deseado nada más verlo. ¡No se podía creer lo inútil que era aquel hombre! Ahora sí que estaba enfadado. Lo del accidente, vale, tampoco fue su culpa,

pero ¿que se hubiera quedado ahí como si nada creyendo que no iban a volver a Madrid? ¡Por encima de su cadáver!

Por cierto, ¿y su cadáver? Si veía su cuerpo…, ¿significaba eso que no había restos humanos en el lugar del accidente? Entonces, ¿nadie se había enterado de que habían muerto? No, eso era imposible. Lo más lógico era que su cuerpo siguiera en la carretera y que lo que él veía fuera una proyección de su imaginación. Aunque, si habían encontrado su cadáver…, eso significaba que… ¿lo iban a enterrar? Uf, pues qué mal rollo.

Darío se acordó del verano anterior, cuando fue a Estados Unidos para mejorar su inglés. Había creído que se movería con soltura gracias a las series y películas que había visto, pero, cuando se bajó del avión y pasó la aduana, enseguida entendió que el cine no lo cuenta todo. Nunca había visto una escena dedicada al control de pasaportes. Nunca se había sentido tan solo ni tan impotente. ¿Por qué en todas las pelis de Hollywood la madre siempre preparaba el almuerzo de sus hijos en una bolsa de papel marrón, pero si tú le decías al guardia de los controles que la maleta no la habías hecho tú, sino tu madre, te pasaban a otra habitación para revisar pormenorizadamente todo tu equipaje? Y ese solo fue el primero de los numerosos golpes de realidad que experimentó Darío en tan solo un mes. Pero aquella aventura se terminó y él volvió a casa. A un lugar donde se sentía seguro. ¿Podría volver a casa ahora?

Miró hacia la ventana de la habitación. La poca luz que entraba por las rendijas de la persiana era tan intensa que iluminaba todo el cuarto. No se había percatado de eso hasta que no prestó atención a la ventana. Durante la discusión con su padre le había dado la sensación de que estaban prácticamente a oscuras.

Qué raro, ¿no? Aunque, ¡bah!, no iba a comerse la cabeza con eso. Su preocupación, en ese momento, era salir de allí. Si sus padres eran tan inútiles que ni se habían planteado la posibilidad de volver a casa… ¡Qué fuerte! Es que no quería ni pensarlo.

Sus padres tampoco eran como los de las películas, que siempre saben lo que tienen que hacer para proteger a sus hijos, incluso en un apocalipsis zombi. Los suyos se habían pasado dos días enteros sin

parar de discutir. ¿Y para qué? Para nada. Para no entender nada. Que están muertos pero siguen vivos, de alguna manera. Y que, si seguían vivos, si su muerte no había afectado demasiado a la continuidad de su existencia, tendrían que seguir adelante.

En aquellos dos días de reclusión voluntaria, Darío también le había estado dando vueltas al tema de la religión. Más que nada porque ya podía afirmar que había vida después de la muerte. Si en su familia hubieran sido cristianos, al menos habrían sabido cómo funcionaba todo eso. O habrían ido al cielo. Pero aquel lugar en el que se habían quedado atrapados, ¿qué era? O, mejor dicho, ese estado en el que se encontraban, ¿cuánto duraría? ¿Era algo transitorio o sería así para toda la eternidad?

Ya te puedes imaginar la que tenía encima Darío. Si un chico de su edad ya experimenta las sensaciones con mayor intensidad a causa de todo ese rollo de la adolescencia y las hormonas y demás…, intenta ponerte en su piel por un momento. ¡Qué angustia!

Y el pobre chaval seguía mirando por la ventana, tratando de centrar toda su atención en el único problema que sí podía resolver: ¿saltaba o no saltaba? Los techos de esa casa eran más altos de lo normal, así que la caída, aunque solo fuera desde un primero, sería peligrosa. Pero estaba muerto, ¿no? Ya tenía claro que los muertos no se pueden matar, pero ¿y romperse una pierna?

El dolor sí lo sentía. Una de las razones por las que se había pasado esos dos días tumbado en la cama era un malestar general que lo tenía baldado, parecido a cuando tuvo coronavirus por primera vez, que no tenía mucha fiebre, pero, si intentaba hacer cualquier esfuerzo, el cuerpo le molestaba como si le hubieran pegado una paliza. Si sentía dolor, podría sentir la caída. Y, la verdad, en ese momento no le apetecían más sufrimientos. Reculó y volvió a sentarse en la silla que chirriaba.

¡Pero algo tenía que hacer! Paseó la vista por la mesa que tenía detrás y se dio cuenta de que, sobre ella, había un libro. No se había fijado en él hasta entonces. Tenía la cubierta negra y estaba muy usado. Las tapas no se cerraban del todo bien, de hecho, y estaban surcadas por algunas grietas blancas que daban fe de que habían sido

dobladas en numerosas ocasiones.

Lo cogió —a lo mejor era divertido—y al hojearlo comprobó que… ¡vaya, hombre!, ¡iba a tener mala suerte hasta con el único libro que había en aquel cuarto! Iba sobre un santo. Pero al menos era corto. Se lo leería. Seguramente lo ayudaría a distraerse.

8

Un plan

> Y yo oía las campanadas de la villa que se dice aquí que está sumergida en el lecho del lago —campanadas que se dice también se oyen la Noche de San Juan —y eran las de la villa sumergida en el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos.

Tres veces seguidas leyó Darío ese párrafo. El libro que había encontrado iba sobre el cura de un pueblo que debía estar muy cerca de donde se encontraban él y su familia. Un pueblo que estaba en la cima de las montañas que rodeaban el lago que vieron antes del accidente.

El texto venía a ser como el diario de una chica joven que quería dejar su historia por escrito para enviársela después a un obispo. Ella hablaba todo el rato sobre un nuevo cura que parecía ser un tipo muy especial, tanto como para pedir que lo hicieran santo. Darío creía que lo que pasaba en realidad era que la chica estaba enamorada del cura.

Puede que no se hubiera enterado muy bien de la trama, pero lo que se le grabó a fuego fue que la chica se refería de vez en cuando al lago y decía varias veces que era mágico. Que en la Noche de San Juan ocurrían cosas en él. Y era el mismo que había visto Darío antes de morir.

«¿Cuándo es San Juan?», se preguntó. Nunca pensó que se fuera a arrepentir tanto de no haber tenido ningún interés por la religión. Pero lo de San Juan le sonaba; era una fiesta famosa. Le vinieron imágenes de gente en la playa, de noche, así que tenía que ser en verano.

Toda esta nueva información activó su pensamiento y enseguida

comenzó a trazar un plan. El libro lo decía muy claro: dentro del lago había un pueblo sumergido, voces de muertos, y en la Noche de San Juan esos muertos vuelven a la vida.

Abrió la puerta de su cuarto y bajó corriendo las escaleras. Su hermana estaba pintando sobre las paredes del salón con pintura roja. Había escrito palabras gigantes como «HELL» y garabateaba lo que parecían llamas y demonios.

—¿Y mamá y papá? —preguntó Darío.

—Muertos.

—Ya, pero ¿dónde están?

—Bajo tierra.

—Emi, ¡hostias! ¿Tú sabes qué día se celebra San Juan?

—¿Tengo yo cara de ser el papa Francisco? —respondió sin parar de pintar.

—¡Eres gilipollas, de verdad! Esto es importante.

—Que me dejes en paz.

—¿Qué te pasa a ti ahora?

Emi dejó caer el bote la pintura que tenía agarrado y se giró lentamente, poniendo cara de mala leche.

—¡Me pasa que llevo no sé cuántos días sin comer!

—Pero ¿y qué más da? ¿Tú tienes hambre?

—¡Y yo qué coño sé! ¡Yo lo que quiero son unas patatas fritas y una tableta de chocolate con galletas, y no sé dónde hostias hay un supermercado porque los móviles de los cojones tampoco funcionan!

—¿No hay cobertura?

—Pues no tengo ni idea de si hay cobertura, pero no podemos usar los móviles. Como estamos muertos, no nos reconocen la cara para desbloquearlos y no se puede hacer nada con ellos.

—¿Has probado a hablarle?

—¡Claro que lo he probado! Mira: ¡oye, Siri, ¿me puedes decir dónde coño me puedo comprar siete bolsas de Lays Camperas?! Por favor y gracias.

Esperaron unos segundos. Siri no contestaba.

—Oye, Siri, ¿qué hora es?

Nada.

—Somos fantasmas —espetó Emi.

—¿Qué?

—Que me parece una fantasía ser un fantasma, pero es que… ¡Nunca había pensado en que los fantasmas no pueden comprarse dónuts cuando están hasta las narices de todo!

—Sí…, ¡sí! ¡Somos fantasmas! ¡Eso es!

—Y estamos en el infierno.

—Bueno, eso no lo sabemos. Pero podemos resucitar.

—Sí, claro, y convertir el agua en vino también.

—¡Que sí, Emi! Escúchame: me he leído un libro…

—¡Hombre, enhorabuena! ¡Ya era hora!

—¡Cállate! Que he encontrado este libro en mi habitación y es la historia del lago al que nos ha traído papá. Está encantado o algo así, y además hay un pueblo debajo, hundido. Y se escuchan las campanas de la iglesia tocar. Y está lleno de muertos y los vivos a veces escuchan sus voces.

—Espera, espera, espera.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Coño! Que igual tienes razón.

—¡Que sí, joder, que te lo estoy diciendo!

—Lo del pueblo podría ser verdad.

—Tiene que serlo…

—Los que me encontré la noche que llegamos aquí, los que me explicaron que fallecimos en el accidente…, me contaron algo de que su pueblo se inundó.

—¿Este pueblo?

—Puede ser. Igual estamos en ese pueblo. Debajo del lago. Esto encaja… ¿Y si en el accidente el coche cayó al lago y ahora estamos atrapados bajo el agua?

—¿Tú te acuerdas del accidente?

—No, solo me contaron que tuvimos un accidente, no me dieron detalles. Que cayésemos al lago es lo único que tiene sentido.

—Bueno, da igual dónde estemos ahora. Lo importante es que podemos salir. Según dice aquí, el lago está encantado y en la Noche de San Juan los muertos resucitan. ¿Te contaron algo de resucitar los

del pueblo?

—No. Pero si se pudiera resucitar, ¿no lo habrían hecho ya?

—Igual no lo saben. O no quieren.

—No me extraña. Para la mierda tan grande que es la vida, mejor estar muerta, ahí les doy la razón. Pero para estar aquí muerta, prefiero convertirme en un zombi y comer algo, aunque sea la cabeza de otra persona.

—A ver, coño, Emi, que te estoy hablando en serio.

—¡Y yo también! ¡Que a mí no me dijeron nada de resucitar! ¡Vete tú al pueblo y hablas con ellos!

—¿Por dónde se va?

—Sales y sigues la carretera toda para abajo y llegas a una plaza. Están ahí.

—Vale, voy a ver.

9

Una esperanza

Darío volvió a sonreír. Aunque la sonrisa le duró menos que un kebab comprado a las tres de la mañana. Al menos volvió a sentir algo parecido a la felicidad durante los minutos que tardó en llegar medio corriendo a la plaza del pueblo, dar un par de vueltas y comprobar que allí no había ni rastro de esos espectros a los que se refería su hermana. ¿No sería esta otra de las bromas de Emi? Por lo que más quisiera, esperaba que no fuera así. O se la iba a liar muy gorda.

Pensándolo bien, no tenía ningún sentido que lo hubiera engañado. Su hermana habría hecho lo que fuera por unas Lays Camperas, así que debía tener las mismas ganas de salir de allí que él.

Por primera vez desde el accidente, Darío sintió una punzada en el estómago parecida al hambre. A decir verdad a él también le encantaría zamparse una bolsa de patatas fritas.

La segunda punzada fue más dolorosa, pues le recordó que la última vez que se comió una fue en casa de su novia, viendo una serie. Dando vueltas sin rumbo, se imaginó el momento en el que le comunicarían a su novia la fatal noticia. Darío creía que estaría desconsolada, convertida en un mar de lágrimas, gritando y dando patadas al aire, negando la realidad. Él fantaseaba con esa escena porque necesitaba saberse querido, necesitaba importarle a alguien; desde que falleció solo se había sentido enfadado y decepcionado.

Se planteó si seguía teniendo pareja o no. Si se muere tu marido, o tu esposa, enviudas. Y se puede llegar a entender que no te apetezca estar con nadie más. Pero cuando se muere un novio o una novia, se espera que sigas adelante, que busques a otras personas, que no tires la toalla. Como si el matrimonio fuera un destino al que todos

debemos llegar y los noviazgos contasen menos. Como si la muerte de una pareja fuera menos dolorosa si no ha habido boda. Y, aunque le jodiera reconocerlo, estaba bastante claro: Darío sabía que su novia lo pasaría mal, pero tarde o temprano encontraría a otro chico con el que comer patatas fritas mientras veía su serie favorita. Y se casaría con él.

Tercera punzada en el estómago. Y una un poco hipócrita, porque Darío nunca había pensado en el matrimonio; eso se le antojaba algo muy muy lejano. Sin embargo, ahora que había perdido la oportunidad de pasar por el altar, le molestaba un poco.

Tan entretenido iba con sus imaginaciones que, cuando quiso darse cuenta, Darío había recorrido el pueblo de arriba abajo cinco veces. Y nada. Allí no había nadie.

¿Sabes de esa impotencia que te invade cuando te obsesionas con un problema que necesitas resolver cuanto antes y, al no ser capaz de pensar con claridad, de repente conectas dos ideas sin ningún tipo de lógica y luego te disgustas muchísimo porque la solución que te parecía perfecta no ha funcionado? ¿Y encima, además de seguir teniendo el problema intacto, también te das cuenta de que eres idiota? Pues Darío estaba en ese mismo punto.

Emocionalmente se sentía solo, enfadado y gilipollas. Físicamente estaba en la esquina entre dos calles, una que volvía a la plaza por la que ya se había aburrido de pasar y otra que continuaba hasta el lago. Pensaba que era muy raro que un pueblo hundido bajo un lago también estuviera a la orilla de sus aguas, ¿no? Así que decidió acercarse a investigar.

El lago brillaba como si le hubieran metido un filtro de Instagram con efecto purpurina. Estaba calmado, como un espejo, y era de un azul tan brillante que parecía hecho con inteligencia artificial. Por un momento, Darío se dejó embelesar por la belleza del paisaje.

Salió de su ensimismamiento cuando se detuvo a la orilla, esperando recibir una agradable brisa, y no la notó. ¡Vaya! Tampoco sentía el aire. Era lógico; como ya no respiraba… Pero ¿Y el agua? Tendría que averiguarlo. Sin pensárselo dos veces, se desató los cordones de las zapatillas, se descalzó y se bajó los pantalones. Si alguna vez había necesitado el subidón de darse un baño desnudo en

plena naturaleza, ese era el día.

Entonces oyó pisadas tras él. Se quedó petrificado. Le dio un poco de vergüenza que algún desconocido lo viera en ese instante tan vulnerable. No por la falta de ropa, sino por la desesperación que lo había llevado a pensar en bañarse desnudo.

Se dio la vuelta, con la tensión de quien piensa que lo han pillado a punto de cometer el mayor de los crímenes, y la vergüenza terminó por devorarlo cuando comprobó que quien lo había cazado así era una chica de su edad. No podía asegurar si se había puesto rojo o no porque tampoco sentía el calor de las mejillas, pero habría jurado que sí. La parte positiva era que ya nada podía ir a peor.

—Hola —dijo ella—. Perdón, no te había visto.

Darío no se movió ni un milímetro.

—Yo a ti tampoco. —Titubeó antes de añadir—: ¿Qué haces aquí?

Vaya preguntita. «¿Y a ti qué te importa?», podrían haberle contestado.

—Perd-d-d-dóname —tartamudeó ella—, es que de lejos parecía que no había nadie… M-m-me voy y te dejo con lo tuyo.

—¡No! ¡Espera! ¿De dónde vienes?

Oye, Darío… Cómo se nota que no estabas siendo consciente de lo que salía por tu boca, y menos mal que a la chica le habías llamado la atención. Para bien. Vamos, que le habías hecho tilín.

—Del pueblo.

—¿Y dónde estabas?

Voy a intentar no mofarme de esta situación. Sé que el chiquillo lo estaba pasando realmente mal, pero vaya escenita: un tío prácticamente en gayumbos no para de hacerle preguntas personales a una chica que solo quería relajarse un poco a solas, y ha bajado al lago y se ha encontrado ese percal.

—En mi casa —respondió ella bastante amable—. Bueno, en la casa de mi abuela.

—Ah, claro.

Los ojos de Darío se fijaron en un arbusto que había a su derecha. Su mente, sin embargo, iba a mil por hora procesando la información que acababa de obtener. ¡Claro! Del mismo modo que él y su familia

tenían una casa en la que discutían, se tumbaban en la cama o pintaban las paredes con llamas del infierno, el resto de los fantasmas del pueblo también tendrían las suyas. Por eso no estaban en la plaza. Se le pasó el apuro al instante y acribilló a la chiquilla a preguntas:

—¿Y dónde está tu casa? ¿En todas estas casas hay gente? ¿Solo salen por la noche? ¿Cuántos sois, más o menos? ¿Cuánto tiempo lleváis aquí? ¿Tú has oído las campanas de la iglesia? ¿Es verdad que este lago es mágico?

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —la que se sonrojaba ahora era ella—. Ah, y me llamo Lucía.

—Yo Darío —contestó él, en modo automático y sin ningún tipo de cordialidad. No hizo ni el amago de darle dos besos o extenderle la mano. Ni siquiera le ofreció el codo, como se hacía en la pandemia. Le daba un poquito igual cómo se llamara, la verdad: lo que quería saber era qué estaba pasando. Lucía imaginó que su impaciencia se debería a que aquel chico tan misterioso podía, además, estar perdido.

—Bueno, y-y-yo… Mi casa está por allí. —Y señaló en la dirección opuesta al chalet de Darío—. Y… algunas casas están abandonadas. Y las campanas, sí, claro, las oigo cuando tocan a misa.

—¿Qué día es San Juan?

—Pues… a finales de junio, ¿no?, creo que el veintiuno o el veintidós.

¡Por fin una buena noticia! ¡San Juan estaba cerca!

Darío sonreía de nuevo. Y la sonrisa lo hacía más atractivo a los ojos de Lucía. Bueno, y a los de cualquiera. El chaval era guapo.

—Vale, perdón. —Soltó una carcajada. Claramente ya estaba más relajado—. Es que me has pillado por sorpresa. Me he quedado un poco cortado.

—Sí, yo también. Perdona, de verdad, es que no me di cuenta de que estabas aquí. Además, yo quería estar sola. Si hubiera visto a alguien, no habría venido. ¿Y tú qué hacías?

—No sé. Es que estaba un poco agobiado y me pareció buena idea meterme en el lago.

—¡Estás loco!

—¿Por qué?

—El agua está muy fría.

—¿Tú crees? ¿Tú la notas muy fría?

—¡Claro! Yo nunca me meto.

Darío anotó en su libreta mental: «Nos podemos bañar en el lago». También se le pasó por la cabeza preguntarle a Lucía si le podía explicar lo del lago dentro del lago, pero ya la había notado un poco intimidada con su interrogatorio y prefirió ir poco a poco. Intentaría conocerla mejor para que se tranquilizase.

—¿Y cómo llegaste tú aquí?

—¿Al pueblo? Por mi familia. Vamos, que mi abuela ha vivido siempre aquí.

—Yo estoy con mi familia también, pero nosotros vivíamos en Madrid.

—¿Y ya no?

—Bueno, ya sabes…

¡Qué palo da pronunciar «estamos muertos»! Darío volvió a estremecerse de la vergüenza. Qué raro, ¿verdad? Avergonzarse de algo que no era culpa tuya y que no puedes cambiar. Por el momento, claro, que para eso estaba aprovechando él la ocasión.

Lo que ocurría era que Darío aún se sentía inseguro con su nuevo estado y le costaba decir ciertas palabras en voz alta. Porque una cosa es imaginar tu propio entierro y otra muy distinta reconocer que uno ha palmado. Eso ya es otro tema. Una vez que lo verbalizas, se convierte en realidad, y la realidad de Darío era que podían estar enterrándolo en ese mismo instante. Y eso era algo muy fuerte que el chaval aún no había asimilado del todo.

Lucía, sin embargo, no tenía ni pajolera idea de qué querían decirle con aquel «ya sabes». No obstante, como tampoco las tenía todas consigo, decidió que sería mejor sonreírle antes que contestarle un sincero «Darío, no sé de qué me estás hablando» y que él pensase que era tonta por no saberlo.

Darío, evidentemente, entendió el gesto como un «Sí, ya sé que somos fantasmas, pero yo tampoco lo llevo bien y prefiero no hablar de ello», así que volvió a cambiar de tema para no incomodar a la única persona que podía suministrarle toda la información que

necesitaba.

—Es bonito este sitio, ¿eh?

—Sí, sí que es bonito —contestó Lucía mientras echaba un vistazo alrededor. También miró de refilón el bigote de Darío. Le encantaban los chicos con ese *look* tan moderno. Se notaba tanto que no era de allí… Y eso era lo que necesitaba Lucía: alguien, ¡quien fuera!, que no tuviera nada que ver con aquel pueblo.

—Lo dices un poco triste.

—Es que este sitio, por decirlo de alguna manera, no me da muchas alegrías.

—Ya…

Darío pensó que la había cagado volviendo a sacar el tema de la muerte. Pero no, Lucía estaba pensando en otras cosas. Otras cosas que también le daba vergüenza reconocer delante de Darío.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó ahora Lucía.

—El viernes. Mi familia y yo vinimos a pasar el puente, pero… —se le escapó una risita nerviosa—parece que nos quedamos aquí.

—¿Sí?

La extrañeza con la que Lucía preguntó aquello fue tan descarada que Darío ya no pudo disimular más.

—Sí, ¿no? Eso es lo que se supone que nos va a pasar, ¿verdad?, que nos quedamos aquí para siempre.

—¿Que tus padres se han mudado a este pueblo?

—Si quieres decirlo así…

—Pues ya lo siento.

—Gracias.

Qué raro que te den tu propio pésame, ¿no?

—A ver, que a mí me viene genial que haya gente como tú por aquí, pero… —Lucía vaciló—. Igual no hago bien en decírtelo si acabáis de llegar, pero es que este pueblo…

—Qué.

—Que este pueblo está muerto.

Por supuesto que Darío solo iba a entender este comentario sobre lo aburrido que era para Lucía ese sitio con el único sentido que reforzaba su teoría de que estaban todos muertos y debajo del lago.

—Sí, ya, ya nos hemos dado cuenta.

—¿Entonces? ¿Por qué habéis venido?

—Fue cosa de mi padre. Está muy raro desde la pandemia. La verdad es que lo pasó mal, yo creo que tuvo depresión o algo así. Y desde entonces está muy pesado con eso de que la gran ciudad nos mata y la vida está en la naturaleza y no sé qué. Fue él quien tomó la decisión de venir aquí casi sin consultárnoslo. Organizó todo el viaje y, vamos, que prácticamente nos secuestró con la cantinela de que pasáramos el puente en familia. ¡Y ahora mira!

—¡Joder! Pues menuda gracia. Si a mí mi madre me obliga a vivir aquí, aunque solo sea un año, ¡es que me da algo!

—¿Cómo? ¿No estás siempre aquí?

¡Eureka! A Darío se le abrieron los ojos hasta el límite. ¡Sabía que tenía que haber una salida! ¡Lo sabía! ¡Y acababa de dar con la persona adecuada! ¡Viva Lucía!

—No, mi madre y yo vivimos en Gijón. Ella viene muy a menudo, pero yo procuro pasarme lo justo para ver a mi abuela y ya.

—¿Vais y venís a Gijón? Pero ¡eso es maravilloso!

La euforia de Darío crecía a cada segundo mientras la alegría de Lucía por haber encontrado a un chico interesante en el pueblo hacía el camino contrario. «Siempre pasa lo mismo con los guapos —pensó Lucía—. O son gilipollas o están tarados».

—¿Y cómo se hace eso de ir y venir? —insistió Darío.

Y hasta aquí llegó la paciencia de Lucía.

Ya estaba acostumbrada a que allí se rieran de ella y la molestaran todo el día con comentarios y preguntas tontas. Pero aquel tío, claramente, le estaba vacilando sin conocerla de nada. ¡Menudo maleducado!

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿A qué viene tanta preguntita?

Claro que se lo había tomado como algo personal. ¿Cómo se iba a imaginar que estaba hablando con un fantasma?

El fantasma, por cierto, también se picó un poco:

—Oye, que tampoco hace falta que te pongas así. Te estoy preguntando porque no tengo ni idea de dónde estoy ni de cómo se lleva esto. Yo qué sé, tía. Todo me ha pillado de repente y hago lo que

puedo, ¿vale? Nosotros veníamos para acá el viernes y tuvimos un accidente en el lago y, pues mira, aquí estamos. Nadie nos ha dicho nada, nadie nos ha explicado nada, no he visto ningún túnel de luz ni a mi abuelo dándome la bienvenida. Y mi padre pretende que nos quedemos aquí toda la eternidad y yo, la verdad, paso. Quiero volver a mi casa como sea. Mi padre que haga lo que quiera, pero yo no me quedo aquí.

—¿Tuvisteis un accidente el viernes?

—Sí.

—¿Dónde?

—Por aquí cerca, no sé.

—¡Qué dices!

—¡Que sí! A ver, no te puedo dar detalles porque, si te soy sincero, no recuerdo muy bien qué pasó.

—Una familia de Madrid. Un p-p-padre, una m-m-madre y d-d-dos hijos. —Lucía titubeaba. Se había puesto muy nerviosa—. Tío, con esto no se bromea, ¿eh?

—Ojalá fuera broma, pero no. El accidente fue real.

—Pero si murió una familia entera.

—Eso te estoy diciendo, que nos hemos muerto todos.

—La familia Parra Alcalá. —Lucía estaba alucinando.

—¡Sí! ¡Eso es! ¿Ya nos conocías? ¿Esto cómo va? ¿Anuncian las nuevas incorporaciones?

—Pero ¡¿tú eres tonto o qué?! —Lucía terminó estallando.

—¿Tonto por qué?

—¿Cómo puedes jugármela con eso, gilipollas? ¡Una familia entera ha muerto en ese accidente!

—¡Ya lo sé! ¡Si es la mía!

—¡Cállate! ¡No sigas con esto!

—Lucía, a ver, tranquilízate —rogó Darío mientras intentaba agarrarla del brazo.

—Déjame en paz, tarado.

—Lucía, escúchame, por favor.

—¡No, tío! No sé ni quién eres ni de dónde sales, pero te has pasado. ¿Por qué me estás contando esto?

—Porque eres la primera persona que veo. Y estoy desesperado. —La voz de Darío se quebró. Aunque, ya sabes, no derramó ni una sola lágrima. Aun así, conmovió a Lucía—. ¿Tú no te acuerdas de lo mal que se pasa? ¿De lo raro que te sientes? ¿De lo difícil que es aparecer en un sitio como este, lejos de aquello que conoces, y tener que averiguarlo todo por tu cuenta porque estás solo? Esto es un trance horrible, ¡y nadie nos ayuda!

Lucía había echado el freno y ya respiraba más calmada. Escuchó a Darío con atención. Y entonces cayó en la cuenta: seguro que se había encontrado con otro turista colocado. No era la primera vez que oía historias de que habían avistado en las playas, y a deshoras, a jóvenes hasta las cejas entrando en comunión con la naturaleza. No eran peligrosos; solo estaban desorientados.

—Si cuando nacemos siempre hay un montón de médicos a nuestro alrededor pendientes de que todo vaya bien, nos miran de arriba abajo, nos arropan y nos dan la palmadita para que empecemos a respirar, ¿por qué cuando morimos nadie se preocupa por nosotros?

Lucía casi se echó a reír cuando entendió lo que estaba pasando y lo surrealista que era la situación, pero se contuvo para no ofender al chico de Madrid. Le daba un poco de pena. Aunque estuviera en su nube, se le notaba que estaba pasando un mal rato. Así que, en lugar de carcajearse, le mostró una sonrisa comprensiva. Sonrisa que Darío volvió a malinterpretar creyendo que se había ganado su confianza. Así que, ni corto ni perezoso, le preguntó:

—¿Cómo fue tu muerte?

—Yo estoy viva, Darío.

—¿Entonces? ¿Qué te pasó a ti?

—La que está muy malita es mi abuela. Por eso venimos siempre que podemos, para estar con ella.

—¿Estáis ayudando a vuestra abuela a morir?

—Mmmm… Bueno, sí, más o menos. Queremos estar con ella todo lo que podamos, sí.

—¡Qué bien! Tu abuela tiene mucha suerte de teneros.

—No queremos que esté sola.

—¿Y no me podrías ayudar a mí también?

—Pero vamos a ver, ¿tú qué necesitas exactamente?

—Saber si es cierto que en la Noche de San Juan los muertos podemos volver a la vida. Y también cómo llegar a Madrid.

—Que no estás muerto, tío —le dijo Lucía, cambiando el tono a uno más tajante para darle a entender que ya había tenido suficiente.

—Que sí lo estoy. Mira.

Cuando Darío intentó agarrar a Lucía unos minutos antes para evitar que se fuera, se dio cuenta de que el brazo de ella se le había escurrido entre los dedos. Volvió a repetir el gesto, despacio, para asegurarse de que Lucía veía lo que pasaba. Alargó los dedos hacia el brazo de ella. Luego intentó posar la mano sobre la de Lucía y la traspasó. Ambos se sorprendieron. Darío porque sintió el calor que emanaba Lucía, algo que no le había ocurrido cuando tocó a su padre. Lucía porque acababa de contemplar con sus propios ojos cómo la mano de Darío atravesaba la suya. Ninguno de los dos había mentido: Lucía estaba viva y Darío muerto. Aquel chico no se había reído de ella. Es que no era de carne y hueso.

Ella acabó de confirmarlo cuando un agradable calambre le recorrió el brazo y le trepó hasta la coronilla. Al sentirlo en la cabeza, los ojos se le humedecieron. Una mezcla de sensaciones la había invadido entera: pena, alegría, miedo, curiosidad y, por encima de todas, paz. Darío le había transmitido paz con aquella caricia imposible .

—No llores —le dijo Darío con cariño, y le acercó la mano en un intento de acariciarle la mejilla—. No pasa nada.

—Esto es muy raro.

—Sí. Ya lo sé.

—Tengo que irme a casa —anunció mientras se secaba las lágrimas —. Pero quiero volver a verte. ¿Nos encontramos aquí mismo dentro de dos horas?

Darío asintió. Ella dio media vuelta y echó a andar con paso decidido. Él la miró alejarse. Le produjo cierta inquietud pensar que aquello pudiera haber sido una estrategia para salir de allí por patas. En el fondo lo comprendía: si él hubiera visto un fantasma, también habría salido corriendo. Pero el ligero contacto con Lucía, ese calor tan reconfortante, le había transmitido sentimientos muy positivos. La

acababa de conocer, pero confiaba en ella.

A continuación se dio cuenta de que no sabía calcular cuánto duraban dos horas, así que pensó que lo mejor sería esperarla. Llevaba el libro del santo en el bolsillo. Lo leería de nuevo. Así, cuando Lucía volviera, sabría exactamente qué preguntas hacerle.

10

Una cita

—¿Qué lees?

Dos horas después, Lucía volvió a aparecer de repente, como si el fantasma fuera ella.

—¡Hey! Mira lo que pone aquí: «En la Noche de San Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas y no pocos hombrecillos que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos».

—Entonces es el veintiuno de junio. La noche más corta del año es la del veintiuno.

—¡Genial!

—Traigo el periódico de ayer. —Lo sacó y se lo mostró a Darío—. Aquí viene la noticia del accidente.

—¿Mi accidente? ¿Y qué han puesto?

—Eso me lo vas a decir tú.

—Estoy muerto, pero no soy adivino.

—Creo que no te estás quedando conmigo, pero necesito comprobarlo. Te voy a hacer unas preguntas para comprobar que tú eres el chico del accidente.

—Mmmm… Bueno, vale.

—Aquí no dice vuestros nombres, pero sí las iniciales. ¿Me puedes decir los nombres de tus padres y el de tu hermana?

—Mi hermana se llama Esther, mi madre Aurora y mi padre Roberto.

—Bien. ¿Y cuál es el modelo y el color del coche en el que viajabais?

—Un Nissan azul metalizado.

—Nissan Ariya dice aquí, pero vale. ¿Sobre qué hora ocurrió el accidente?

—No lo sé. Estaba anocheciendo. ¿Sobre las ocho y media?

—Aquí dice un detalle muy curioso sobre tu madre. ¿Cuál era su profesión?

Ese «era» le cayó encima a Darío como un saco de cemento. Su madre ya no es, su madre era. Su familia ya no es. Su familia era.

—¿No lo sabes?

—No es eso… Es que es la primera vez que alguien habla de mi madre en pasado.

—¡Ay! Lo siento mucho. No me he dado cuenta.

—No pasa nada. Mi madre era artista. Escultora.

—Perdóname, me estaba tomando esto muy a la ligera. Estaba tan mosqueada pensando que estabas riéndote de mí que se me olvidó que tú estás pasando por algo mucho peor.

—No te preocupes. Me tendré que ir acostumbrando.

Lucía deseó abrazar muy fuerte a Darío. Pero no lo hizo por dos razones: la primera, porque no sabía si estaba preparada para abrazar a un fantasma, y la segunda, porque tendía a reprimir sus gestos de cariño con cualquier persona que le interesase románticamente.

—Soy idiota… Oye, ¿y por qué no puedes tocar a las personas, pero ese libro sí que lo puedes sostener?

—No lo había pensado. También puedo coger piedras del suelo. He tirado varias al lago mientras te esperaba… Espera un momento. Si tú estás viva y yo muerto, ¿por qué estamos en el mismo sitio? ¿No estoy yo dentro del lago?

—¿Cómo dices?

—Es que pensaba que igual el coche había caído al lago y… En este libro dice que hay un pueblo hundido debajo del lago… Pero si tú no eres como yo, no deberías estar aquí, ¿no? ¡Joder! Qué lío.

—El periódico dice que el accidente se produjo en la carretera, junto a lo que llaman las Peñas de las Brujas. El coche no cayó al agua. Estamos en el mismo sitio, eso está claro. Yo no estoy dentro del lago. No me he metido nunca. Y lo de que puedas coger el libro y las piedras… A lo mejor solo puedes tocar lo que no tiene vida, como tú.

—¡Oye, ya está bien! —protestó Darío, pero esta vez más socarrón.

—¡Mierda! Lo siento… ¡No paro de meter la pata!

Darío se rio.

—Ahora sí que te estaba vacilando. Pero lo que dices puede ser cierto. Realmente no sé nada de nada, lo estoy entendiendo sobre la marcha. Cuando nos encontramos, antes, llegué hasta aquí agobiado después de recorrerme el pueblo entero varias veces. Mi hermana me ha dicho que esto está lleno de fantasmas, que hay muchísimos.

—¿En serio?

—Es que mi hermana y yo también nos picamos mucho. No sé si me lo decía en serio o para deshacerse de mí.

—¿Tu hermana ha visto a otros como tú por aquí?

—Eso me dijo. Por eso cuando te vi pensé que eras como yo.

—Ya, yo igual. Creía que estabas vivo, claro. Ni se me pasaba por la cabeza que pudieras…

—¿Y tú por qué me ves?

—¿Y por qué me ves tú a mí?

—Creo que lo normal es que los fantasmas puedan ver a los vivos, pero no al revés. Algo raro tendrás que tener tú.

Lucía se quedó cortada. Que Darío la llamase rara la había molestado, pero enseguida se dio cuenta de que ella también había dicho cosas de las que se arrepentía. Al final, ambos estaban en una situación demasiado complicada. Debían asumir cuanto antes que habría varias meteduras de pata y algún que otro comentario fuera de lugar.

—¿Qué se siente estando muerto?

—Siento las emociones. Puedo enfadarme, alegrarme… Creo que el cerebro me funciona con normalidad. O sea, que puedo pensar como antes. Lo que no siento es hambre, o el frío y el calor. Bueno, cuando intenté tocarte antes sí que sentí algo cálido y agradable, pero no igual que cuando estaba vivo.

—Hay mucha gente afectada por lo que os ha pasado. La noticia del accidente ha salido varios días en los periódicos y en la tele. Tus amigos han subido fotos contigo a las redes sociales… Hay algunos textos de despedida que se han hecho virales.

—Vaya… —Darío fue a tragar saliva y se dio cuenta de que no tenía. Aun así, se tomó unos segundos para calmarse antes de continuar—. Tampoco puedo llorar. Me pongo triste, pero no me salen lágrimas.

—Tiene que ser duro saber que no volverás a ver a tus amigos…

—Yo sí que voy a volver a verlos. Si te veo a ti, podré verlos a ellos, ¿no? Además, según este libro, creo que hay una posibilidad de resucitar.

—A ver, déjamelo.

Darío se lo acercó y Lucía lo cogió como si se lo hubiera pasado una persona viva.

—*San Manuel Bueno, mártir*. Es muy famoso por aquí.

—¿Lo conocías?

—Claro. ¿Tú no? ¿No conoces a Unamuno?

—Sí, me suena.

—Pero sabes que este libro es una novela, ¿verdad?

—Ya… ¿Y?

—Que lo que está escrito aquí es ficción.

—Bueno, pero hay muchísimas novelas que cuentan cosas que son verdad.

—Vale, tienes razón. Pero creo que, lo que se habla aquí de la resurrección, justo eso es ficción. Unamuno no creía en Dios.

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿cómo vas a resucitar?

—El prota tampoco cree en Dios, ¿no? Yo creo que Unamuno lo usa para expresar sus ideas a través de él. Pero bueno, ¡que ese no es el tema! Esto no es un comentario de texto. Me da igual lo que le pasase a Unamuno y al cura intenso este, que menudo brasas. Pero tengo la sensación de que tanto el cura santo como el escritor saben que en este lago pasan cosas. Esa es la verdad de esta novela. ¿No crees?

—Bueno, es que no me la he leído.

—¡Vaya! Pues yo no sabré quién es Unamuno, pero al menos me he leído sus libros antes de hablar. A ver, ¿no hay un pueblo aquí hundido? —preguntó Darío, un poco chulito, señalando el lago, cuyas aguas ya cambiaban del azul intenso al azul oscuro.

—Eso es una leyenda.

—O no. Necesito saber qué pasa exactamente la Noche de San Juan y qué pasa con los fantasmas de este lago. Si están dentro, si están fuera, ¡todo! Porque yo tengo que salir de aquí, y para eso tengo que hablar con los otros que vio mi hermana. Pero tú también me puedes ayudar… ¿Podrías investigar un poco? Busca toda la información que puedas; así podremos saber qué es leyenda y qué es realidad.

—Vale, está bien. Haré lo que pueda.

—¿Y preguntarle a tu abuela? Si ella ha vivido toda la vida aquí, seguro que sabe algo.

—Hoy no está muy bien. Va a días. Y antes, cuando fui a darle de merendar, no estaba muy allá. Mi madre y yo nos vamos ahora, después de cenar. Volveré el próximo fin de semana. Podemos vernos el viernes aquí mismo.

—¡Venga! Para entonces espero haber podido hablar con los del pueblo. Nos vemos el viernes y ponemos en común todo lo que hayamos averiguado. ¡Ay!, pero yo no sé cuándo va a ser viernes.

Por supuesto, las cosas no podían ser tan sencillas. Darío intentó explicarse ante el ceño fruncido de Lucía:

—Otra de las cosas que no siento es el paso del tiempo. Antes me quedé aquí a esperarte porque no sabía calcular cuánto eran dos horas, así que no voy a saber cuándo es viernes.

—¿No tienes un reloj o un calendario?

—Tenemos los móviles, pero no nos reconocen y no podemos desbloquearlos, así que no nos sirven para nada.

—Necesitas un reloj analógico entonces. Quédate el mío. Es un Casio clásico; va con pilas. Aquí podrás ver la hora y el día. Te voy a poner una alarma. Cuando te suene, vienes a este mismo sitio. ¿Puedes coger el reloj?

Lucía se lo entregó y Darío lo sostuvo como si siguiera con vida.

—¡No lo pierdas!

—No, tranquila. ¡Está chulo! Qué vintage. Muchas gracias.

—Hasta el viernes, Darío.

11

Esta es Lucía

Lo primero que hizo Lucía cuando se montó en el coche fue pedirle permiso a su madre para comprar un libro con su cuenta de Amazon.

—¡Es de Unamuno, mamá! Es para un trabajo. Sabes que yo no leería eso por gusto.

—Estoy segura de que lo tenemos en casa.

—Pero tú no me dejas subrayar ni escribir en los libros.

—Es que eso no es cuidarlos.

—Pues para mí, si no los subrayas ni escribes en ellos, eso no es leerlos.

—¿Cuánto cuesta el libro?

—Nueve con noventa. Tampoco es tan caro.

—Vale, cógelo. Voy a poner la radio para espabilarme un poco, que hoy estoy muy cansada.

A Lucía le ocurría justo lo contrario. Escuchar los debates radiofónicos la ayudaba a quedarse dormida, así que antes de que se incorporasen a la autovía ya se había amodorrado en su asiento.

Lucía creía que ella no se parecía en nada a su madre. Pero no era así. Era cierto que, en el aspecto físico, nadie deduciría sin ayuda que eran madre e hija. Lucía tenía la piel clara y los ojos verdes, y su madre, la piel y el pelo morenos y los ojos oscuros. Lucía se parecía a su padre. Lo cual era una mierda teniendo en cuenta que, si en algo estaban de acuerdo su madre y ella, era en no volver a hablar nunca de aquel hombre.

El padre de Lucía tuvo claro que no quería estar con ellas el mismo día en que su hija nació. Por cobardía o por vergüenza, qué más da, las aguantó hasta que la niña cumplió los tres años. Pocos días

después de que Lucía empezase a ir al colegio, recogió todas sus pertenencias del apartamento de verano transformado en casa familiar y se fue sin despedirse de la pequeña. Esta fue la razón por la que, cuando madre e hija tuvieron la conversación sobre lo que había pasado en realidad, llegaron al acuerdo de que actuarían como si ese señor no hubiera existido nunca.

En todo lo demás, sus puntos de vista eran usualmente muy diferentes, a veces opuestos. En muchas ocasiones solo porque Lucía se empeñaba en llevarle la contraria a su madre. No estaba enfadada con ella, al contrario: se sentía en deuda porque no tiró la toalla y la crio sola. Sin embargo, y aunque no lo reconocía, aún estaba muy enfadada con su padre y, al no poder descargarlo contra él, lo pagaba con su madre haciéndose la rebelde de vez en cuando.

Cuando era pequeña, a Lucía le contaron una mentira. Que su padre se había hecho misionero. Que siempre había sido una persona muy religiosa, pero a su manera, y que por eso creía que su sitio no estaba en la Iglesia. Después de probar la vida en familia, se había dado cuenta de que su camino era otro. Y como cuando uno entrega su vida a Dios de esa forma no puede pinchar ni cortar, solo servir, lo habían enviado a una zona rural bastante necesitada de Bolivia. Justo en la otra punta del mundo y en un pueblo donde apenas había comunicaciones. De vez en cuando a Lucía le decían que habían llegado noticias: estaba bien y era feliz, aunque todo eso formaba parte de la leyenda.

Esa era la razón, le explicaba su madre, de que ellas nunca fueran a misa y de que su madre no quisiera que Lucía hiciera la primera comunión. No le gustaba cómo se aprovechaba la Iglesia de la buena gente como su padre, le contaba. La realidad era que su madre se había hartado de todo lo religioso después de pasar por un colegio de monjas.

Pero la niña se montó en secreto su propia versión del cuento y llegó a sentir por su padre algo cercano a la fascinación. Como nadie le hablaba mal de él, en su mente lo veía como a un héroe, alguien que lo dejó todo para ayudar a los demás.

Terminó haciendo la primera comunión por pesada; su madre cedió

ante tanto empeño. Al verano siguiente, volviendo de dar un paseo con su abuela, le soltó a su madre que quería ser monja. La abuela se rio con la ocurrencia y le explicó a Lucía que ser monja era muy duro y nada recomendable. Además, le decía para disuadirla, las monjas no podían merendar Nocilla nunca, ni siquiera el día de su cumpleaños. Y lo consiguió: aquel fue un motivo más que suficiente para que Lucía descartase la idea del convento y retomara la de ser veterinaria.

Con todo ese lío de meterse a monja, su madre terminó entendiendo que la vocación de su hija nacía del deseo que tenía por ganarse la validación de una persona que no existía: el padre que se había inventado para no tener que explicarle que el de verdad las había abandonado. Y no quería que Lucía cometiera los mismos errores que había cometido ella: tomar una de las decisiones más importantes de su vida pensando en agradar a un hombre que nunca la tuvo en cuenta y que imponía sus valores y criterios escudándose en esa Iglesia a la que jamás sirvió en nada, a pesar de lo mucho que se le llenaba la boca hablando de valores cristianos.

¡Había tanto que confesar! A Lucía nunca le había contado su madre que intentó en varias ocasiones interrumpir su embarazo porque creía que tener un bebé a los veinte años supondría renunciar a sus estudios, a sus sueños y a su juventud. Que fue su padre quien prácticamente la obligó a tener ese bebé. Lo único bueno que aquel hombre hizo por ellas.

Lo que sí le fue contando, poco a poco, es que su padre no supo disfrutar ni un solo día de serlo. Que no era tanto que no las quisiera, sino que su sueño de familia perfecta no incluía tener responsabilidades. Que al principio desaparecía fines de semana enteros y que poco después esa vía de escape dejó de funcionarle. Que cada día se sentía más culpable y, como venía de una familia con dinero, para calmar su conciencia les compraba a las dos todo lo que les hiciera falta y más, y así fueron tirando hasta el día en que tuvieron que elegir si Lucía iría a un colegio público o privado. Que, cuando ella se dejó convencer para bautizar a Lucía, decidió que no iba a volver a hacer el paripé de familia bien, así que tenía clara la elección del centro educativo, lo que dio pie a una gran discusión en

la que se pronunciaron las palabras «no necesitamos que nos mantengas». Que la forma que tuvo su padre de vengarse fue cortar de raíz el desembolso económico y, como ni con esas consiguió lo que buscaba, se marchó enfadado. Lo último que le contó fue que su padre no vivía en Bolivia, sino en Oviedo, donde también residían sus abuelos paternos.

Poco a poco Lucía fue aceptando que, si su padre se había pillado tal berrinche que ni viviendo a escasos kilómetros se había preocupado nunca por saber si estaba bien, ella no había tenido padre.

Sin embargo, Lucía tenía una madre que era profesora de Geografía e Historia en un instituto público de Gijón. Una abuela que había vivido toda su vida en el mismo pueblo y que no quería ver Gijón ni en pintura. Una tía que miraba a su madre por encima del hombro, que no visitaba a la abuela tanto como ellas porque decía que no podía hacer tantos viajes y que defendía como mejor solución para todas era ingresarla en una residencia de Asturias. Unas amigas de la infancia con las que ya no estaba tan cómoda como antes, sobre todo porque la vida de ellas había comenzado a girar en torno a los chicos y todos los planes de amigas se habían reducido a ir de compras, hacerse las uñas o pasarse por los mismos sitios por los que salían ellos para esperar en una esquina a que alguno les dirigiera la palabra. Un algoritmo bien entrenado en TikTok para que le enseñase vídeos de chicas que se vestían con ropa de colores llamativos y complementos de todas las formas y tamaños que veía para inspirarse, a pesar de que ella aún no se atrevía a tanto. Una vecina con la que intercambiaba libros desde pequeña y que últimamente no paraba de insistirle para que fuera alguna tarde a las partidas de juegos de mesa que organizaba con sus amigos. Y un examen de Biología esa misma semana que había olvidado por completo. Cuando lo recordó, medio dormida en el asiento del copiloto del coche de su madre, se espabiló de repente y se incorporó.

—¿Qué estabas soñando?

—Nada…

—¿Era una pesadilla?

—No, si ni siquiera estaba dormida. Es que me he acordado de que

tengo un examen chungo y no he podido estudiar nada.

—A lo mejor ya va siendo hora de que confíe en ti y te quedes los fines de semana sola en casa. Ahora vienen tus exámenes finales y va a ser lo mejor.

—¡No! —respondió tajante Lucía.

—¿No? —preguntó confusa su madre.

—Yo también quiero ver a la abuela.

—Siempre igual, ¿eh? Cuando te obligo a venir, me protestas porque tienes mucho que hacer en Gijón, y, ahora que te digo que te puedes quedar, quieres ver a tu abuela.

—Me organizaré mejor para poder estudiar en el pueblo.

Conocer a Darío había sido como darse un fuerte golpe en la cabeza. Aún notaba cierta conmoción por lo que le había ocurrido aquella tarde, una sensación de irrealidad que la llevaba a plantearse si lo había soñado o visto en una película. No acababa de asimilar que había hablado con un chico que acababa de fallecer. Por un momento tuvo el impulso de contárselo a su madre, pero algo dentro de ella le dijo que no era una buena idea.

Es difícil saber cómo va a reaccionar alguien cuando le cuentas que te has encontrado a un fantasma, ¡y no solo eso!, que lo has tocado y has interactuado con él. No quería complicarse; ahora mismo lo único que le importaba era volver al pueblo de su abuela el próximo viernes. Y como en esa familia se llevaban tanto las mentiras piadosas, solo le contó a su madre lo de pasar más tiempo con su abuela. Aunque eso era cierto, ¿eh? A Lucía siempre le había gustado estar con ella. Aunque, ahora que la veía tan mala, también le daba mucha pena. Sobre Darío, por ahora no contaría nada.

En teoría, claro. Porque a Lucía no se le daba muy bien guardarse los secretos, sobre todo cuando eran tan emocionantes como el que ella escondía. Por eso, al día siguiente, cuando sus amigas le preguntaron durante el recreo el motivo de su repentina felicidad, ella, sin pensarlo mucho, les contestó:

—Es que he conocido a un chico…

Y, antes de poder terminar su frase con las palabras «que me tiene muy intrigada», sus amigas ya estaban dando grititos y saltitos y

celebrando que Lucía, por fin, se interesaba por alguien románticamente. La batería de preguntas no paró ni cuando volvieron a clase, y para el final del día ya había una versión aprobada y festejada por todas: Lucía se iba a liar con un chico de Madrid el próximo fin de semana. Algo bastante improbable sabiendo que una persona viva y una muerta ni siquiera pueden darse un apretón de manos.

Cuarta parte

Cinco semanas

12

El cielo en la tierra

—¡Maru!

Era imposible que la madre de Lucía escuchase la voz de su compañera, ya que los pasillos del instituto, cualquier viernes a la hora de la salida, parecen una verbena.

—¡Maaaruuu!

Fue un estudiante quien la paró para avisarla de que alguien la llamaba.

—¡Carmen!

Caminó hacia ella con el sobresfuerzo de ir a contracorriente de una marea de alumnos que tenían la urgencia de comenzar el fin de semana cuanto antes.

—¿Te puedo entretener dos minutos?

—Claro, dime.

Ambas entraron a un aula ya vacía y Carmen cerró la puerta.

—Lucía ha suspendido el examen de Biología.

La profesora le había comunicado la noticia como si se tratara de algo terrible. Conociendo como conocía a Maru, daba por hecho que se iba a disgustar. Sin embargo, ella encajó el golpe bastante bien.

—¡Meca…! Ya me lo imaginaba… Ella misma me lo dijo.

—No te preocupes, que lo puede recuperar, pero me chocó viniendo de Lucía.

—No se lo tengas en cuenta, de verdad, la traigo loca con lo de mi madre… Ya le he dicho que es mejor que se quede aquí, estudiando. Pero claro, ella también quiere estar con su abuela. Supongo que se está dando cuenta de que se está yendo.

—¿Tan mal está tu madre?

—Está cada vez peor. Ya nos hicimos a la idea de que esto es así. Lo que pasa es que a veces tiene un día lúcido y nos ilusionamos. Pero el párkinson al final es lo que es y, bueno, está siendo difícil.

—¡Ay, Maru, qué lástima! No quería preocuparte con el examen de Lucía, es una tontería. Que repase bien los grupos taxonómicos de los animales este fin de semana.

—Gracias, Carmen.

Ya en la calle, Maru distinguió de lejos a su hija apoyada sobre el coche. Parecía inquieta. Quizá tuviera miedo de decirle que había suspendido un examen, así que Maru no le comentó nada sobre la charla con su profesora de Biología. Le dio un beso antes de meterse en el asiento del conductor y le propuso parar a comer en el McDonald’s, algo que, salvo en contadas excepciones, solía estar prohibido. Lucía se animó enseguida, pero propuso que pidieran la comida para llevar para no perder más tiempo en llegar a Valverde.

Con todo, Lucía llegó tarde a su cita con Darío. Allí estaba él, donde lo dejó, sentado sobre la misma roca y vistiendo la misma ropa.

—¡Hola!

Darío se dio la vuelta cuando escuchó la voz de Lucía. Su cara no era la misma: parecía otra persona. Estaba más pálido y su expresión había cambiado. O quizá era Lucía la que se había pasado toda la semana idealizándolo hasta deformar el recuerdo que tenía de alguien a quien, realmente, solo había visto una vez.

—Perdón por llegar tarde. Había obras en la autovía…

—Bah, no pasa nada.

—¿Cómo estás?

—Pf. Yo qué sé.

—¿Ha pasado algo?

—¡Pues sí! O no. No sé. Lo que ha pasado es que no ha pasado nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi hermana es una gilipollas. Está claro que me mintió con lo de los otros del pueblo. Aquí no hay ni Dios. Los he buscado por todas partes y nada. Estoy completamente solo.

—¿Y tus padres?

—Pues mis padres están tan tranquilos, como si nada. Se hartaron de discutir y ahora parecen la pareja perfecta. ¡Mi madre hasta se ha puesto a recoger piedras para hacer esculturas en el jardín! Es como que se la suda todo esto, y mi hermana…, ¡puf!, es que no la aguanto. ¡No para de repetir que se está mucho mejor muerta!

—¿Les has contado algo de tu teoría de la resurrección?

—¡Es que es imposible hablar con ellos!

—¿Y qué has hecho estos días?

—¿La verdad? Nada. El primer día me recorrí la zona entera, hasta la montaña, y no vi ni un alma. ¡Pero es que ni un mísero bicho! Y luego, cuando intenté contarle a mi familia lo que había averiguado, como que se rieron de mí, no sé. No me hicieron ni caso. Así que me encerré en mi cuarto y allí he estado hasta ahora. Además, he vuelto a leer el libro y me parece que tienes razón, que es mentira todo lo que cuenta. ¿A ti qué te ha parecido?

—No he podido leerlo todavía.

—¿Tú también me vas a fallar?

—Claro que no. Estoy aquí, ¿no? No te voy a dejar solo. Es que he tenido mucho lío esta semana en el instituto. En dos semanas tengo los exámenes finales y casi no he tenido ni un segundo libre.

Tuvo varios segundos libres, en realidad, que empleó en hacerse la manicura con sus amigas. Darío, por supuesto, ni se había fijado en sus uñas de colores.

—Pero tengo aquí el libro. —Lo sacó del bolso y lo sacudió un poco en el aire para enseñárselo—. Si quieres lo leemos juntos y vamos diciendo lo que pensamos. Cuatro ojos ven más que dos. ¿Te parece?

—Pfff. Vale. Está bien.

A Lucía le encantaba leer. Y más le encantaba la idea de leer con alguien en un sitio como aquel, acompañada del canto de los pájaros y del rumor de las aguas del lago. Cuando se ponía romanticona le daba por pensar que el amor, algo que ella aún no había experimentado, tenía que parecerse bastante a eso: a disfrutar de lo que más te agrada junto a la persona que más quieres. Leerle tus párrafos favoritos a tu crush y comentarlos juntos.

Sin embargo, lo más cerca que había estado de sus fantasías peliculeras habían sido todas aquellas tardes que se había quedado en casa de su vecina para que su madre pudiera hacer los recados. Juntas, compartían lecturas durante horas e imaginaban que eran alumnas de colegios de magia o encontraban un cuaderno de la muerte.

Se lo pasó muy bien con ella en aquella época, aunque ya no le apetecía tanto pasar tiempo con su vecina. La encontraba cada día más irritante. Muy obsesiva con las cosas que le gustaban, muy pesada con los grupos de música que debían escuchar y los que no, y, para colmo, hacía ruiditos con la boca cuando leía. ¡A Lucía eso la sacaba de quicio! Y lo peor de todo: ¡también hablaba en alto con los personajes de los libros! «¡Hermione no te está oyendo!», se había quedado con ganas de gritarle en múltiples ocasiones.

Lucía comenzó a leer de viva voz *San Manuel Bueno, mártir* y solo se detuvo cuando llegó a la página final. Darío a ratos la miraba, a ratos observaba el lago y a ratos se dispersaba y olvidaba la voz de Lucía durante unos minutos. Ella tampoco se daba cuenta, ya que realmente estaba inmersa en la narración.

—Yo no creo que se esté negando la leyenda de este lago —concluyó Lucía—. Lo que dice el libro es que don Manuel no creía en ella, como no creía en la vida eterna que prometió Jesucristo.

—Sí, bueno. Pero eso tampoco nos resuelve nada.

—No, pero nos da pistas. Tú ya lo has leído varias veces, ¿no? ¿Con qué te quedas?

—Con que al principio pensaba que lo que contaba del lago era verdad y ahora me parece un cuento.

—A mí me parece que algo hay. Mira esto que dice aquí.

Volvió a abrir el libro, rebuscó entre las páginas y leyó de nuevo:

> —¿Es que hay infierno, don Manuel?
> Y él, sin inmutarse:
> —¿Para ti, hija? No.
> —¿Para otros, le hay?
> —¿Y a ti qué te importa, si no has de ir a él?
> —Me importa por los otros. ¿Le hay?

—Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo.

Y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, reflejado en el lago.

—¿Por qué dice «le hay»? ¿No sabe hablar?

Con eso se había quedado Darío.

—Porque hay gente en estos pueblos que nunca fue a la escuela, y no hablan tan bien como tú. Pero ¿no te has dado cuenta? Le muestra el cielo reflejado en el lago. Iguala el lago y el cielo.

Darío la escuchaba con atención.

—El cielo es el lugar a donde va la gente que ha sido buena después de morir, ¿no? Buena como cristiana, al menos. El cielo es donde hay vida después de la muerte. Y señala el lago como parte del cielo. Y del lago se dice que van los muertos a resucitar, que suenan unas campanas… Para mí es indicio suficiente.

—¿Entonces?

—Olvídate del libro. Está guay, pero de aquí no podemos sacar mucho más. Quédate con que en esta zona creen que el lago es algo más que un lago. Tenemos que preguntarles a ellos.

Para Lucía estaba claro: los que habían vivido siempre allí eran los únicos que podían saber la verdad. Miguel de Unamuno no era de Sanabria; venía de fuera y miraba a los habitantes de aquellas tierras olvidadas con cierta superioridad moral, como lo hacía don Manuel. Con paternalismo. Ni los creía ni quería desmontarles sus credos porque pensaba que era lo único que tenían.

Dile a un pobre que lo tiene todo porque tiene a Dios y dejará de luchar por aquello que de verdad le corresponde. ¿O no es así? En fin, ese no es el tema.

Estábamos en que Darío y Lucía acababan de llegar a un acuerdo: hablarían con los que habían pasado allí toda su vida, así que pusieron rumbo al pueblo. Lucía estaba segura de que cualquiera al que preguntasen estaría encantado de charlar con ellos. Lo que no se esperaban era que Darío no viese a ninguna de las personas con las que se cruzaron.

Cuando Lucía saludó a aquel lugareño que apuraba con calma las últimas caladas de su cigarro y le pidió a continuación diez minutos de su tiempo, que emplearía, dijo, en hacerle unas preguntas para un

trabajo del instituto, lo único que Darío presenció fue una excelente muestra de interpretación en la que la chica hacía alarde de lo bien que se le daba conversar con un ser imaginario. Darío no pudo ni ver a aquel hombre ni escuchar una sola palabra del relato que, muy amablemente, aportó al supuesto proyecto de Lucía.

—¿Has visto? Parece que sí, que saben que el lago es un punto de encuentro entre la vida y la muerte.

Darío estaba a otras cosas:

—Pues no, no he visto nada. ¿Por qué solo te veo a ti?

—¿Qué?

—¿Por qué tú me ves a mí y yo solo te veo a ti? Ese señor con el que al parecer has estado hablando ni se ha coscado de que estoy aquí. Ni yo de él.

—Qué raro, la verdad. Pero no te preocupes, lo averiguaremos. Vamos de uno en uno con los misterios para no liarnos. Intentemos buscar a más vecinos, que ellos lo saben todo.

—Pero si no puedo hablar con nadie, ¡no los veo!

—¡Claro! Tienes razón.

Lucía echó un vistazo a su nuevo reloj, otro Casio, este de color morado, que le regaló su vecina en su pasado cumpleaños.

—¡Ay! Debería irme a casa, que tengo que cenar con mi abuela. Hagamos una cosa.

—El qué.

—Tienes que hablar con tu hermana. Entérate de una vez de si te estaba tomando el pelo o ve a esas personas de verdad. Puede ser que ella las vea y que tú no, como acaba de pasar. A lo mejor no te mintió. Y, si lo que te dijo es cierto, tienes que hablar, aunque sea a través de tu hermana, con la gente a la que ella vio aquella noche. Yo le sacaré información a todo el que pueda de por aquí. Ojalá pudiera preguntarle a mi abuela… Siempre me contaba historias sobre el lago. Seguro que se sabe mejor que nadie la leyenda.

—Y si vas a cenar con ella, ¿por qué no le preguntas?

—Es que hablar con mi abuela ya no es como antes. A veces no entiende de qué le hablas o te dice cosas que no tienen mucho sentido… Depende del día. Quizá hoy esté mejor.

—Bueno, pues yo intentaré hablar con mi hermana.

—No. No lo intentes. No vayas de malas y hazlo. Trae, dame el reloj. Te voy a poner la alarma mañana a las tres y media de la tarde. Nos veremos donde siempre. ¡Habla con todo el que puedas!

13

La leyenda del lago

—¡Tenías razón! —Darío estaba, al fin, de buen humor—. Mi hermana no mentía.

—¿Ves? ¡Genial! Yo también traigo buenas noticias. Pero di tú primero.

Darío había conseguido hablar con Emi. A Lucía le contó que hizo un enorme trabajo de contención para soportar a su hermana y sus tonterías, y que nunca jamás se había visto sobre la faz de la Tierra a una persona con tanta paciencia intentando que la niñata esa se centrara un poco y lo ayudara. Pero la verdad es que lo único que tuvo que hacer fue tragarse el ego, dejar de echarles la culpa a los demás de todo lo que no salía como él quería y reconocer que su hermana tenía razón. Por un momento casi, ¡casi!, se disculpa con ella, pero no pudo ser. Habrá que esperar a una riña futura para que asistamos a la primera petición de perdón que jamás haya salido por la boca de Darío en dirección a la oreja de Emi.

Riñas aparte, si Emi ayudó a Darío fue por pena. Nunca lo había visto tan intranquilo. Además, pensó, así se entretenía un poco. Lo acompañó al lugar donde había visto al resto de los habitantes del pueblo la primera noche e intentó enterarse de qué iba todo eso que preocupaba tanto a su hermano.

Se llevó un buen chasco al descubrir que Darío solo quería conocer la historia del lago. Él siempre tan muermazo. Pero claro, ¿qué se podía esperar de alguien tan básico? Así que pensó que lo mejor sería endosárselo a la primera persona con la que se cruzaran y volverse al chalet.

Enseguida se encontraron con una pareja. Emi hizo aspavientos para

llamar su atención y se detuvieron. Darío ni se inmutó.

—Darío, ¿estás ciego o qué? ¡Vamos allí!

No, Darío no estaba ciego. Técnicamente tampoco tenía ojos, ya que se habían quedado con el resto de su cuerpo físico. Solo estaba teniendo problemas para percibir otras presencias. Del mismo modo que no todo el mundo oye con la misma claridad o ve con la misma nitidez, igual que hay vivos que pueden ver a los muertos, hay muertos a los que les cuesta un esfuerzo extra percatarse de la presencia de otros como ellos. Se podría decir que Darío necesitaba gafas de muerto, si es que existe tal cosa.

Ya bastante arrepentida de haber querido ayudar a su hermano, que encima ahora tampoco veía a los demás, lo guio hacia la pareja e hizo las presentaciones:

—¡Buenas! ¿Qué hacéis? Este es mi hermano. Se llama Darío y dice que no os ve. ¿Sabéis qué le puede estar pasando?

—Dile que estamos eiquí.

—¡Darío! Que están aquí mismo. ¡Aquí!

Entonces empezó a distinguir algo, como unas siluetas translúcidas. Darío los veía de la misma forma que en las películas los vivos ven a los fantasmas. ¡Sí! Como cuando Casper se hace invisible, así los percibía él. No distinguía su corpulencia, sus vestimentas o los rasgos de su cara, pero al menos sabía que estaban ahí.

En cuanto vio que todo estaba en orden y su hermano se defendía solo, Emi se piró de allí. Salir de casa le había recordado lo muchísimo que odiaba la naturaleza, el sol radiante, las hierbas frondosas que no te dejan ver el camino y, sobre todo, los sonidos de los insectos. Le ponía nerviosísima oírlos y no verlos. Le daban mucho miedo las picaduras de las avispas y otros bichos, por mucho que supiera que ya no la picarían más.

También le daba muchísima rabia que todo cambiase de color. Había llegado a la conclusión de que su estado de ánimo tenía mucho que ver con los colores con los que percibía el paisaje a su alrededor. Y es que unos días veía el sol de un rojo intenso, y otros, de color salmón apagado. Aquel día lucía tirando a marrón, lo que significaba que estaba un poquito hasta el moño de todo.

Emi estaba empezando a acostumbrarse a estar muerta… ¡hasta que apareció su hermano para alterarla! Quería volver al chalet cuanto antes y dedicarse a mirar cómo su madre se afanaba en sus esculturas, pero a medio camino se encontró con unas chicas cuyas caras no le sonaban y que parecían de su edad. Se le ocurrió que quizá ellas tuvieran videoconsolas, ordenadores, televisiones o cualquier cosa que le permitiera volver a ver el sol de un amarillo intenso.

Mientras tanto, Darío estaba demostrando a la pareja con la que se quedó hablando que no se le daba nada bien hacer de investigador y que su ansia por enterarse de todo cuanto antes no ayudaba a entablar una conversación agradable con dos personas que acababan de conocerle y a las que apenas distinguía. Aun así, logró sacarles algunos datos interesantes.

Por lo que el muchacho había entendido, sí se hundió un pueblo bajo el lago, un pueblo habitado por varios cientos de personas. Esa pareja no le supo decir cuánto tiempo llevaban por allí y Darío tampoco insistió, puesto que él ya entendía lo confuso que se vuelve el paso del tiempo cuando dejas de estar vivo. No obstante, aunque a veces no entendía muy bien lo que le decían, se quedó con que llevaban mucho tiempo en el pueblo, por lo menos veinte años.

Cuando les preguntó por la posibilidad de volver a la vida comenzaron los malentendidos. O bien Darío no se supo explicar con claridad, o bien aquellas dos personas no entendieron a qué se refería el chico. Frustrado al no ser capaz de conseguir la información que más necesitaba, se despidió de malas maneras de la pareja, que se quedó donde estaba comentando lo raro que era el *recén chegado*, como lo llamaban.

Lucía, por su parte, no pudo hablar con su abuela. Pero Maru, en cuanto supo del inesperado interés de su hija por el pueblo, del que tantas pestes había echado siempre, le propuso ir al bar a media mañana para que le preguntara a la dueña, que conocía al dedillo la historia del lago. Lucía la escuchó con mucha atención para no perder ningún detalle a la hora de transmitírsela a Darío.

Y así se la contó al chico aquella tarde:

—Pues de esto me he enterado yo. Esta es la leyenda del lago: hace

mucho tiempo había un pueblo que se llamaba igual que este, Valverde. Pero este es Valverde del Lago y aquel era Valverde de Lucerna. Una noche, que hacía un tiempo malísimo, mucho frío, viento y lluvia, llegó a la aldea un peregrino, que al ver que no podría dormir a la intemperie, como estaba acostumbrado a hacer, quiso buscar refugio en cualquiera de las casas del lugar. Fue llamando puerta por puerta y todos le negaban el paso, debido a su mal aspecto. No solo estaba calado hasta los huesos, sino que estaba muy delgado y su rostro, a la luz de la luna, parecía una calavera. Encima, llevaba una barba muy larga y vestía ropas muy raídas. A todas las casas llamó y en ninguna quisieron atenderle. De hecho, en algunas hasta lo echaron de malas maneras.

»A la salida del pueblo encontró un horno de leña en el que varias mujeres trabajaban haciendo pan. Probó suerte una vez más, y entonces sí, las mujeres le dejaron pasar, secarse junto a la lumbre y le dieron algo de comer. Después de saciar su hambre, el misterioso peregrino se despidió de las mujeres: "Gracias por vuestra ayuda, sois las únicas almas buenas de este pueblo y las únicas que serán salvadas. Os aviso: continuad vuestro trabajo en el horno y no salgáis de aquí hasta que amanezca. Un castigo caerá sobre este pueblo, que nada tiene para el que pasa hambre y frío". Regresó al pueblo, clavó en el suelo su bastón de peregrino pronunciando estas palabras: "Aquí clavo mi bastón, aquí brote un gargallón". Y el agua comenzó a brotar y no paró de manar hasta que inundó todo el pueblo.

»Cuando el sol salió se pudo contemplar por primera vez el lago que había hecho desaparecer Valverde de Lucerna. Solo un pequeño trozo de tierra se salvó, aquel que rodeaba el horno de leña. Es esa pequeña isla que se ve allí, en el medio del lago. Qué rara, ¿verdad?, es como si flotara. Se dice que ese peregrino era Jesucristo, que condenó a todas las almas egoístas de ese pueblo, y que por eso siguen ahí dentro. Prueba de ello es que la Noche de San Juan se escucha el sonido de las campanas de la iglesia del pueblo hundido. Al parecer, solo la gente pura de corazón puede escucharlas, y quien no escucha el sonido de la salvación es porque ya está, también, condenado.

A Darío no le sentó nada bien conocer esta historia. Sí, perfecto,

ahora encajaban mejor algunas piezas, pero surgían nuevas preguntas: ¿tanto él como su familia habían sido malas personas y por eso ahora formaban parte de la comunidad de condenados de aquel lugar? Pues menuda gracia.

14

La segunda fase

Pasarse los días enteros encerrado en su habitación era la única forma que tenía Darío, por el momento, de sobrellevar sus cabreos. No se lo tengas en cuenta. Morirse no es tan sencillo como parece. ¿Cómo te lo explicaría yo? Porque supongo que, si estás leyendo este libro, es porque no te has muerto nunca.

Verás, morirse es como empezar de cero. Pero no como cuando empiezas de cero después de coger el último trozo del roscón de reyes y piensas: «Ahora sí, se acabó, no pruebo ni un dulce hasta la torrija del Domingo de Ramos». No, no es así.

Por cierto, te vas a morir igual. Cómete las torrijas que te apetezcan. Nadie en su lecho de muerte dijo jamás: «¡No debí haberme comido una torrija el diez de febrerooo!».

Morirse se parece mucho a nacer, lo que pasa es que nacer es tan traumático que nadie es capaz de acordarse de ello. La muerte de Darío fue un borrón y cuenta nueva total. El chico tuvo que aprenderlo y comprenderlo todo como si fuera la primera vez. Asumir que habría cosas que ya no volverían a ocurrir jamás, como respirar. Que otras ya no serían como antes y habría de encontrar nuevas formas de resolverlas, como interactuar con su entorno. Y la peor de todas: tener la constante incertidumbre de que en cualquier momento descubriría algo que lo pusiera todo patas arriba o que invalidase lo aprendido anteriormente. Bueno, a decir verdad, esto último también ocurre cuando estás vivo.

Para que tú puedas entenderlo, morirse podría asemejarse a lo que se siente cuando crees que tienes un trabajo para toda la vida, llevas diecisiete años haciendo lo mismo, y, de repente, ¡zas!, te echan a la

calle. Sí, ese susto en el cuerpo, esa inseguridad constante, ese vértigo y el no sacarte de la cabeza preguntas como «¿Y ahora qué hago?, ¿cómo sigo adelante?». Todo esto podría compararse a lo que experimentaría Darío los primeros meses tras su fallecimiento.

Y aquella semana le estaba tocando aprender a gestionar sus enfados, algo que ya le costaba en vida, aunque entonces se refugiaba en el deporte. Además, Darío siempre había sido muy sociable, transitaba por sus alegrías y sus penas rodeado de sus amigos. Por desgracia, él pensaba que las personas con las que le había tocado transitar por la muerte no eran su favoritas, así que prefería estar solo.

O eso se obligaba a creer. Porque esos encierros tenían tanto de huida de los problemas como de autocastigo. Darío nunca había pensado en ello, pero siempre había sido muy perfeccionista y autoexigente, y cuando no conseguía lo que quería a la primera provocaba situaciones que sabía que le resultaban desagradables, como, en este caso, encerrarse en una habitación pequeña y oscura teniendo, al otro lado de la ventana, un mundo entero por descubrir. ¡Y un plan muy importante que llevar a cabo! Esto es un buen ejemplo de eso que los psicólogos llaman autoboicot.

Durante la etapa en la que estuvo vivo los enfados se le pasaban en un par de horas. Sin embargo, en aquella casa los cabreos le duraban más. Sobre todo si escuchaba al resto de su familia pasárselo bien: su madre canalizaba su traumática experiencia a través de la expresión artística y se había adueñado del amplio jardín del chalet; su hermana había redecorado los interiores y últimamente pasaba demasiado tiempo fuera de casa; y su padre estaba tan feliz, parecía haber encontrado su sitio, por extraño que le sonasen a Darío estas palabras. Solo habían transcurrido tres semanas desde el accidente y Roberto ya se tiraba horas y horas observando la naturaleza, tomando notas en un viejo cuaderno y repasando minuciosamente un mapa antiguo de la comarca de Sanabria que encontró en el mismo cajón que el cuaderno.

Lo de su madre lo podía llegar a entender, lo de Emi le parecía muy raro, pero lo de su padre le volaba la cabeza. ¿En qué momento pasas de estar llorando por las esquinas a poner cara de placer cuando finges que inhalas aire puro?

Concretamente fue esta la pregunta que Darío le gritó a la cara a su padre el día que decidió, por fin, salir de su cuarto, llevado por la rabia que sintió cuando lo vio desde su ventana mirando sin pestañear el comportamiento de un pájaro que revoloteaba por el jardín.

—Ah, estabas en casa.

El tono de indiferencia con el que le respondió Roberto acabó con el enfado de Darío al instante, y la ira dio paso al dolor que le producía pensar que su padre ya no se preocupaba por él.

—Sí. Claro que estoy en casa, ¿dónde iba a estar si no? —preguntó Darío dolorido y le salió una voz más aguda de lo normal.

—Por ahí.

—¿Qué haces, papá?

—¿Sabes que los pájaros no notan nuestra presencia? ¡Es fantástico! Podemos acercarnos todo lo que queramos a ellos, que no van a salir volando. ¡Mira este! ¡Qué plumaje tan hermoso!

—¡Papá! —volvió a gritar Darío, esta vez añadiendo aspavientos.

El pájaro salió volando, pero por casualidad. Porque los pájaros, a veces, salen volando de repente sin necesidad de que haya un fantasma merodeando.

—Dime. —Sin pájaro, ya podía atender a su hijo.

—¿Te acuerdas de que prometiste que nos sacarías de aquí?

—¿Ah sí? ¿Cuándo?

—¡Hace un montón! ¡Llevamos casi un mes en la casa que reservaste para tres días, y tú ya te comportas como si vivieras aquí de toda la vida!

—¿Casi un mes? Qué curioso…

—¿El qué es curioso?

—No lo sé, para mí han sido como tres meses.

—¡A eso me refiero! ¡Para mí también! Se me hace eterno estar aquí. ¿Cuándo nos vamos a ir?

—No lo sé, pregúntale a tu madre —propuso Roberto al percatarse de que había llegado otro pájaro.

Darío conocía la norma: cuando Aurora estaba inmersa en un proceso creativo no había que interrumpirla, a no ser que se tratara de una emergencia. Aquello era una emergencia, por supuesto.

—¡Mamá!

Aurora buscó con la mirada la voz que acababa de escuchar. Se alegró al ver a su hijo.

—¡Cariño! ¿Cómo estás?

—¿Cómo voy a estar?

—¿Bien?

—¡Fatal, mamá!

—¡Vaya, lo siento mucho! Cuéntame qué te pasa.

—No, cuéntame tú qué os pasa a vosotros.

—¿A qué te refieres?

—¡Mamá! ¿Se te ha olvidado que estamos muertos?

Su madre se lo pensó un par de segundos antes de responder:

—No.

—¿Entonces? ¿Cómo voy a estar bien?

—Ya entiendo. Aún estás en la segunda fase.

—¿Qué dices? ¿Qué fase?

Aurora soltó todas sus piedras y se dirigió a su hijo:

—Cariño —le dijo mientras le agarraba del brazo. Darío notó la mano de su madre, y lo cierto es que le relajó, aunque echó de menos el calor que sintió con la de Lucía—, qué inesperado ha sido todo lo que nos ha pasado. Qué injusto, también. Y qué pena que no tuviéramos ni idea de lo que era la muerte, ¿verdad? Pero ¿qué íbamos a saber? ¡Si ni siquiera te cuentan la verdad sobre estar embarazada! La gente solo repite esas tonterías del milagro de la vida y la mejor sensación del mundo… Chorradas. No te enteras de lo que es un embarazo hasta que lo experimentas en tus propias carnes.

Darío la escuchaba ensimismado. No porque estuviera encantado con el discursito de su madre, sino más bien por todo lo contrario. En su cabeza tomaba forma la posibilidad de que sus padres hubieran probado una seta equivocada. Estaban demasiado raros los dos. Aurora continuó:

—Nos pasa a todos, que creemos que lo tenemos todo bajo control, que estamos más que preparados, y, cuando te toca a ti, te das cuenta de que lo que te habían contado era mentira. Y es que tú te has muerto demasiado pronto, cariño, sin saber cómo funcionan las cosas

realmente.

Aurora le acarició el pelo. Ella también se relajó al volver a sentir su textura. ¡Una sensación tan agradable, y casi la había olvidado! «Pobrecito, mi niño», pensaba. Y creyó que, siendo su madre, debía consolarlo y darle una explicación:

—La vida tiene más mentiras que verdades. No sé por qué nos engañan con todo. Y tampoco sé por qué nosotros mismos entramos al juego. Cuando tú naciste, tu padre y yo discutimos sobre lo de los Reyes Magos, y al final elegimos haceros creer en ellos. Porque, claro, si no lo haces, son tus hijos los que parecen los bichos raros. ¡Pero es una absurdez! Se supone que son mentiras piadosas, ¿no? Que no hacen daño a nadie, que solo fomentan la ilusión, la magia, la felicidad… Tiene gracia que nuestra felicidad se sostenga sobre mentiras. Y al menos las de la Navidad se descubren pronto, pero hay otras que, para cuando te enteras de qué va la vaina, ya es demasiado tarde.

»Todo en la vida son mitos, Darío. Y alguna que otra chorrada, también. Mitos, cuentos, leyendas… Y resulta que la muerte también lo es. Se supone que cada uno puede creer en lo que quiera, y aquí se respetan todas las creencias en torno a la muerte. Es algo casi sagrado. Pero ¿para qué? Si supiéramos la verdad sobre la muerte desde que somos pequeños nuestra vida sería más sencilla. No nos complicaríamos tanto ni le tendríamos miedo. Y tomaríamos mejores decisiones.

»Me da rabia, sobre todo porque hay mucha gente que vive pensando solo en cómo quiere morir. Que creen que tienen que hacerlo todo bien y no desviarse del camino ni un poquito siquiera, no sea que el de arriba tome nota. Esa gente vive amargada toda su vida, ¡y estamos todos en el ajo! Aunque algunos lo hacen tan contentos, claro, porque como se están ganando el cielo…

»¡Ay, el cielo! Mi abuelo, tu bisabuelo, murió en Italia, ¿te acuerdas? Tú eras muy pequeño y Esther no había cumplido los dos años. No le gustaba venir a España, pero cuando nació tu hermana nos hizo una visita. Siempre traía muchos regalos y contaba las mejores anécdotas. Me encantaba escuchar sus historietas. Él se quejaba

mucho de que este era un país de muertos. Siempre repetía lo de que «en Italia te enseñan a vivir bien, a probar todos los placeres posibles, mientras que en España lo que te enseñan es a morir bien». Se refería a que aquí, sobre todo cuando el abuelo tenía mi edad, les metían mucho miedo con los pecados.

»Yo también viví los últimos coletazos de eso, y casi no hacía falta que nadie te dijera lo que podías o no podías hacer, ya se encargaba cada uno de reprimirse, por lo que pudiera pasar. Bailabas cuando tocaba bailar, pero poco; celebrabas lo bueno, pero sin pasarse, que tampoco había que llamar la atención; y llorabas lo malo, pero no mucho, porque si no eras una escandalosa, incluso una loca. Y, luego, a enterrar a todos los muertos de tu familia vestida de luto riguroso. Así era todo cuando yo era pequeña.

»¡Hay que ver! Parecía que lo mejor que te podía pasar en la vida era que no se dijera nada malo de ti cuando murieses. Ya ves tú, si después de muerta no te ibas a enterar. Pero había que ser buena a toda costa, así ibas directa al cielo. Tu bisabuelo no está en el cielo, ya te lo digo yo. El cielo es otra mentira, nosotros mismos somos la prueba.

—¿La prueba de qué?

—De que no hay un túnel, una luz cegadora hacia la que caminar. De que no estamos en el cielo.

—¡Pues claro, mamá! —exclamó Darío con impaciencia—. ¡Claro que no estamos en el cielo! Pero no porque no exista. No estamos en el cielo porque estamos condenados.

—¡Anda! ¿De dónde te has sacado tú eso? Yo no te he educado para que creas en el infierno.

—No, mamá. Tampoco estamos en el infierno. Es peor que eso. No hemos ido a ninguna parte. Nos hemos quedado en el mismo sitio en el que nos morimos. Estamos aquí atrapados. Esto es como una cárcel. Estamos cumpliendo una condena por haber sido tan egoístas.

—Pero cariño mío, ¿qué has estado haciendo para pensar así? ¿Cómo puedes creer que hemos sido egoístas? ¡O que estamos castigados! ¿Acaso esto te parece un castigo?

Aurora señaló alrededor. Visto a través de sus ojos, aquel jardín se

antojaba el lugar más maravilloso del mundo. Un espacio enorme y lleno de posibilidades donde poder dar rienda suelta a su creatividad sin distracciones, sin límites, sin nada más, y nada menos, que todo lo que necesitaba. Lo que alguno llamaría el paraíso, dicho sea de paso. Pero Darío seguía viendo solo una cárcel. ¡Si hasta tenía unas rejas bien altas!

—Mamá, yo no quiero estar aquí.

—Ya lo sé, mi vida. Aún estás en la segunda fase.

—Pero ¿qué fase? ¿De qué me estás hablando?

—Mira, ahora estamos experimentando un duelo. Hemos perdido la vida, y, aunque no hayamos sentido el dolor físico de perderla, el dolor emocional sí lo sentimos, ¿verdad? Un duelo mal llevado puede acarrear muchos problemas, algunos incluso podrían quedarse contigo para siempre. Por eso es importante que lo hagamos bien. Fíjate en tu padre.

Su padre estaba dando brincos alrededor de una tórtola. Aurora pretendía mostrarle a Darío que el resto de su familia había aceptado la situación y estaban aprendiendo a seguir adelante aprovechando ese tiempo extra, con el que no contaban, para realizar aquello que tanto desearon en vida y no pudieron disfrutar. Lo que Darío veía era a su padre con un buen colocón.

—No sé de qué vais, te lo juro. ¡Todos vosotros!

—Yo respeto tu proceso. Tómate el tiempo que necesites. Es normal que estés enfadado, es normal que quieras mandarnos a todos a la mierda. Rompe cosas si es lo que necesitas. Destruye mis esculturas si eso te ayuda. Lo único que yo quiero es que sepas que estamos aquí contigo para apoyarte.

—No, mamá. Estáis aquí conmigo haciendo el canelo. Se supone que íbamos a irnos. Que volveríamos a casa. Y yo soy el único que se está preocupando. Que me da igual hacerlo todo yo solo, pero ¡joder! Papá me prometió que nos sacaría de aquí. Tú tampoco soportabas esta casa, y ahora ¿qué?

—Ahora, poco a poco, irás entendiendo lo que nos ha pasado y encontrarás tu propia paz.

—¡Que yo no quiero la paz! ¡Que yo quiero largarme de aquí!

¿Vosotros no? ¡Pues perfecto! Ahí os quedáis. Yo me estoy buscando la vida y estoy avanzando mucho. No solo he entendido de sobra lo que ha ocurrido, también estoy entendiendo por qué nos está pasando. Y cuando lo descubra, yo, por lo menos, me piro.

Aurora estaba más que entrenada para sobrellevar este tipo de rabietas, aunque era su hija la que solía tenerlas. Sabía que lo que Darío necesitaba era recorrer su propio camino y cometer sus propios errores, así que no se entrometería. Volvió a acariciarle el pelo y lo dejó marchar.

Lo que Darío no sabía es que Emi también había tenido una gran bronca con sus padres tan solo unos días antes y mucho más escandalosa que la suya. Si existiera una escala para puntuar las discusiones familiares, la de Darío con su madre se habría llevado un sobresaliente. Sobresaliente bajo, pero sobresaliente. Desde donde yo lo veo, cada uno había sido capaz de exponer sus ideas, no se habían pronunciado insultos, casi no se había elevado el tono de voz, el cariño había estado presente… No se había llegado a un acuerdo, eso es cierto, pero hay cosas que no siempre se consiguen a la primera.

La de Emi, sin embargo, fue un aprobado muy raspado. Ella soltó muchísimas cosas de esas que luego, enseguida, te arrepientes, y Aurora llegó a perder la calma. Comprensible, también. No es fácil ver cómo tu hija coge un cuchillo e intenta hacerse cortes en los brazos delante de ti. Normalmente las hijas hacen esas cosas a escondidas de sus padres, pero Emi, que sabía que no se podría cortar (principalmente porque ya lo había intentado antes), hizo el teatrillo para asustar a sus padres. Con Aurora no pudo, pero Roberto cayó en la trampa. Aterrado ante la idea de que su hija se hiriese, terminó mediando entre las dos y le rogó a Emi que saliera a dar una vuelta mientras tranquilizaba a su mujer, que había llegado a los gritos.

Ninguno tenía la menor idea de cómo fue aquel paseo de Emi. Yo sí, por eso le doy el aprobado a esta otra discusión, pese a que se les fue de las manos. La apruebo porque Emi hizo caso a su padre y salió de la casa. Ella había dejado ir su calentón pasando la tarde con aquellas dos vecinas que conoció cuando acompañó a Darío a buscar a los otros habitantes del pueblo. Los viejos, como los llamaba ella.

Seguía llamándolos viejos a pesar de que, por lo que le habían contado sus nuevas amigas, debían de tener la misma edad que sus padres. Pero no se parecían en nada a Aurora y a Roberto. De hecho, le parecían más bien sus abuelos, los padres de sus padres.

Sus nuevas amigas tampoco se parecían a ella, aunque también debían rondar sus mismos años. Eran hermanas, una algo mayor que la otra, pero ninguna era capaz de recordar su edad. Fueron ellas quienes le explicaron a Emi que, después de morir, y sin que te des cuenta, vas dejando atrás todo lo que te relacionaba con la vida y dejas de dar importancia a cosas como la edad. Lo material, lo contable, es lo primero que se olvida. Emi creyó que quizá esa fuera, también, la razón de que las hermanas no supieran lo que era una videoconsola. ¡Qué putada! ¡Que se te olvide jugar a la consola!

A Emi le alucinaba que no recordasen ya nada de su vida y les hacía todo tipo de preguntas como: «¿En serio no os habéis leído los libros de *Crepúsculo*?». ¡Qué fuerte! ¿Cómo podría alguien perder la memoria hasta ese punto? Se prometió a sí misma que jamás se olvidaría de Edward Cullen ni de *Charlie y la fábrica de chocolate*, su película favorita de la infancia.

Otro día, las hermanas comentaron algo sobre que su vida había sido mucho más corta que su muerte. Ante la insistencia de Emi, echaron cuentas con cuatro datos aleatorios: debían de haber fallecido hacía unos sesenta años. ¡Menos mal! Emi se quedó mucho más tranquila, eso explicaba que no conocieran *Crepúsculo*.

15

Esto no es un juego

Darío había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin ver a Lucía. Se pasaba los días a la orilla del lago, en la roca donde se veían siempre, esperándola. En parte también porque así no asistía al espectáculo del colocón cronificado de sus padres en el chalet. Darío podía sentir que la echaba de menos, y es que los ratos que había compartido con ella habían sido los mejores desde que llegó a aquel pueblo. No obstante, sabía también que, cuanto más se vieran y más colaborasen juntos, antes tendrían que despedirse, ya que él continuaba dispuesto a salir de allí.

Darío nunca se había sentido tan desorientado. Sabía lo que quería, pero no tenía ni la menor idea de cómo conseguirlo. Su única certeza era que necesitaba a Lucía, y allí, sentado en la roca, deseaba con todas sus fuerzas que apareciera cuanto antes con nuevas ideas.

Lucía estaba en Gijón. También extrañaba a Darío y contaba los días para volver a Sanabria. El fin de semana anterior su madre había insistido para que se quedara en casa estudiando. Se dejó convencer, le vendría bien encerrarse entre sus libros y concentrarse en los exámenes finales. Y, aunque no podía hacerle llegar ningún mensaje, hablaba mentalmente con Darío todos los días y en una de sus charlas imaginarias le prometió que, a cambio de ese plantón, volvería con una solución.

Así que comenzó a levantarse una hora antes de lo habitual para repasar y rematar los deberes. Mientras su madre creía que estudiaba, Lucía dedicaba las noches a investigar tranquilamente sobre las

apariciones, las energías y la posibilidad de conectar con el más allá.

Aprendió que existen personas que pueden ver a los muertos de la misma forma que ven a los vivos. Que presentan una sensibilidad especial que debe ser entrenada. Que, en ocasiones, esta capacidad se hereda, pero otras no. Que hay gente que puede percibir otros planos de la realidad sin que nadie en su familia lo haya hecho anteriormente, aunque son minoría.

Lo que más le ayudó a la hora de entender cómo funcionaban sus poderes, por llamarlos de alguna manera, fue una entrevista a una chica argentina que era tan solo cuatro años mayor que ella. Esa chica relataba con todo detalle cómo fue su primera visión, algo que, remarcaba ella, jamás podría olvidar.

Lucía tampoco iba a olvidar fácilmente aquella primera tarde con Darío. Fue un día lleno de emociones, de todas las emociones, buenas y malas. Se había escapado al lago para desahogarse a solas después de recibir otro comentario sobre su cuerpo y su forma de vestir en la tienda del pueblo. ¡Ese sitio siempre estaba lleno de cotorras! Allí los ponían finos a todos y a ella siempre le tenían que decir algo sobre si los pendientes que llevaba eran demasiado grandes, si el color de su chaqueta no le favorecía o si la falda que llevaba le hacía parecer un botijo. Aquella tarde, además de valorar su look como si fuesen jurados de *Maestros de la costura*, le aconsejaron que perdiera los kilos que le sobraban, ya que el verano estaba a la vuelta de la esquina.

En cuanto llegó a casa, metió la compra en la nevera, se puso un pantalón de chándal, le dio un beso a su abuela y se fue sin decir adiós ni cuándo volvería. Pretendía gritarle al lago todas las respuestas ingeniosas que le hubiera gustado soltarles a esas pedorras de la tienda.

Bajaba hacia la orilla tan absorta en sus pensamientos que ni se dio cuenta de que allí había un chico que… ¡estaba desnudándose! Y, ¡oye!, era bastante guapo. Lucía recordaba perfectamente el agujero de vergüenza que se abrió en su pecho al descubrirlo y cómo la miró Darío la primera vez que se vieron. Sus ojos no la juzgaban, sino que le pedían ayuda. Esto, y que Darío le pareciera tan guapo, con ese bigote tan divertido, fue suficiente para que no se diera media vuelta

deseando no volver a cruzarse con ese chico jamás.

Esa noche le costó muchísimo coger el sueño. Le aterraba pensar que no había sido capaz de distinguir a aquel chico de cualquier otra persona viva. Se obsesionó con que quizá había estado viendo muertos toda su vida, pero como no sabía diferenciarlos de los vivos, no se había fijado hasta entonces.

La chica argentina contaba en su entrevista que no le daba miedo ver a esas personas que la gente llama fantasmas, que lo único que le daba algo de reparo era conducir, ya que se los encontraba de repente en los arcenes de las carreteras, y eso aún la impresionaba demasiado.

Como el impacto de un rayo, a Lucía le sobrevino un recuerdo de cuando tenía nueve o diez años. Iba con su madre y su abuela en el coche desde Valverde hacia Puebla de Sanabria, cuando vio a cuatro o cinco personas a un lado de la carretera. Llevaban sombrillas, sillas, cubos de arena e iban en bañador, a pesar de que ya era de noche. Cuando las señaló, su madre miró y continuó como si nada, pero su abuela comentó algo parecido a esto: «Déjalos, que ellos sabrán lo que están haciendo». Su abuela reaccionó a lo que habían visto. Su madre no.

La chica argentina cerraba su intervención explicando que ella trataba a los fantasmas igual que a cualquier otra persona viva: los escuchaba si es que querían hablarle, pero no podía solucionar los problemas de toda la gente con la que se cruzaba, viva o muerta.

La entrevista hizo que Lucía entendiera que la clave para hallar respuestas estaba en su abuela. Tenía que hablar con ella, no había otro camino, a pesar de que sabía de sobra que sería complicado. Se le llegó a pasar por la cabeza, incluso, contárselo a su madre para que le echase una mano. Pero su instinto volvía a repetirle que si su madre se enteraba de que estaba dedicando su tiempo de estudio a esas investigaciones se le iba a acabar el chollo. Más aún cuando descubriese que el examen de Lengua le había salido mal.

De todas formas, se preparó algunas preguntas para hacerle durante el viaje al pueblo para preparar el terreno. Empezó contándole que la enfermedad de la abuela le había hecho reflexionar mucho sobre la memoria y, sobre cómo si una persona pierde su memoria, su legado

vital también se pierde. Pensaba que en nuestra sociedad valoramos mucho la herencia cuando es económica, pero no se le da tanta importancia a la herencia vital de las personas. Le dijo que la abuela no había tenido la misma vida que las abuelas de sus amigas, y que le gustaría preservar su memoria. Que estaba pensando en aprovechar el verano para dejar su historia por escrito. A Maru se le empañaron los ojos al escuchar la idea de su hija. Ella sabía mejor que nadie que la vida de su madre había sido diferente.

Lucía se dejó llevar por la emoción del momento y en vez de plantearle las preguntas que había planeado acabó preguntándole sobre la muerte del abuelo, cómo lo había llevado la abuela, que era tan joven, y por qué todos los vecinos del pueblo la respetaban y la querían tanto.

—Supongo que les daría pena, pero es que antes se hacían así las cosas. Tu abuela se quedó viuda tan joven, sola, con dos niñas pequeñas y un montón de animales que daban mucho trabajo… Tuvieron que ayudarla, si no, no habríamos podido salir adelante. Antes, en los pueblos, la gente no era solo vecina, eran como una familia grande. Daba igual de quién fueran los hijos si había que alimentarlos, de quién fueran las vacas si había que echar una mano o de quién fuera la boda si había que celebrarla. Y en Valverde, más. Solo se tenían los unos a los otros, es que han sufrido tanto los de mi pueblo…

»Cuando yo era pequeña todavía había mucha miseria por allí. A los niños nos trataban como si fuéramos huérfanos, para que te hagas una idea. El cura y el alcalde se encargaban de todo para que fuéramos acogidos en internados desde los diez o doce años. Ninguno volvíamos al pueblo, claro. Antes tampoco había las carreteras que hay ahora, que Valverde está demasiado metido en la montaña, y el viaje era una eternidad. Yo solo veía a mi madre en verano. Y tu abuela, ya sabes, igual que ahora dice que no se va a ir de su casa pase lo que pase, cuando tu tía y yo éramos más jóvenes tampoco quería salir. En el internado a todas las niñas nos enseñaban un oficio y, dependiendo de lo que se te daba mejor, elegían por ti si valías para trabajar en el hospital, en la enseñanza, de modista, de peluquera…

»A mí me metieron a la escuela de Magisterio, pero como la abuela sabía que a mí siempre me había gustado la historia, se las ingenió para pagarme la carrera superior. Tu abuela ha sido una mujer excepcional, parecía que tenía superpoderes. Cuando nos fuimos las dos niñas al internado y ella se quedó sola, se dedicó a cuidar de todos, daba igual lo que necesitasen. Ella tenía remedios para cualquier problema. ¡Claro que la quieren mucho en el pueblo!

Lucía se interesó por las amigas de la abuela: la señora Tomasa y la señora Encarna. Ellas y su abuela, la señora Eugenia, eran inseparables. Se juntaban para merendar todos los días y a Lucía le encantaba acompañarlas, porque las tres eran muy buenas cocineras y siempre tenían unos bizcochos deliciosos. Cuando falleció Tomasa fue cuando su abuela empezó a enfermar.

El viaje, con tanta charla, se les pasó volando. Maru detuvo el coche en la casa familiar, sin pasar antes por la tienda, y se llevó una grata sorpresa cuando vio a su madre sentada a la puerta.

—Fai sol pero non fai calor —respondió tan tranquila cuando Maru le preguntó qué hacía afuera.

—¿Sabías que veníamos, mamá?

—Claro.

—¿Y qué tal estás?

—Estou rezando o rosario.

Lucía se fijó en las manos de su abuela, y allí no vio ningún rosario. No le dio importancia, y ayudó a su madre a descargar los bultos del maletero. Cada vez que salía a por más cosas le hacía alguna pregunta a su abuela, y comprobó que aquel día estaba bastante orientada y podía seguir una conversación. Así que no se lo pensó. Era ahora o nunca.

En cuanto su madre se fue a comprar, Lucía sacó una silla y se sentó junto a ella.

—¿Rezas de verdad?

—A veces sí.

—¿Y qué pides?

—Por vosotras.

—Mamá y yo no rezamos nunca.

—Xa lo sé.

—Abuela, me ha pasado una cosa. Y mamá no lo sabe. Me da miedo que se lo pueda tomar a mal.

Su abuela la escuchaba.

—No estoy segura, pero me pareció, la otra vez que vine, ver algo raro junto al lago.

Eugenia no decía nada, pero la miraba con atención. Lucía continuó:

—Vi a un chico, más o menos de mi edad, que no es… como nosotros. Lo vi de repente, de lejos parecía que no estaba. Y al principio era normal, como tú y como yo. Hablamos un rato y luego me di cuenta una cosa.

En cuanto se soltó a hablar ya no pudo parar hasta que se lo contó todo a su abuela. Eugenia supo enseguida de qué estaba hablando su nieta, y cuando terminó, solo torció la boca como en una mueca de fastidio. Cogió aire lentamente y expulsó un suspiro. Y muy seria, le dijo:

—Lucía, mia filla. Isto non es un xogo.

16

Encontrar el camino

Desayunó con prisa y salió de casa en cuanto pudo. Lucía no podía enviar mensajes a Darío, pero tenía el presentimiento de que se lo encontraría en la roca de siempre. Y allí estaba.

Al verse, ambos se fijaron en que el otro tenía mala cara. Pero Lucía sí que sonrió al verlo:

—¡Estás aquí! —Sintió el impulso de abrazarlo, pero se acordó de que no podría hacerlo.

Relacionarse con un fantasma cuando has desarrollado miedo al rechazo a causa de tus inseguridades está bastante bien. Te evita la mitad de los problemas.

—Llevo aquí varios días, ya no puedo estar en el chalet —le informó Darío.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Mi familia me trata como a un loco. Creen que necesito consuelo, como si fuera un bebé llorón que no sabe ni lo que le pasa. He intentado hablar con ellos y contarles todo lo que hemos averiguado, pero no hay nada que hacer. Es oficial. Estoy solo en esto.

—Sí, de esto tenemos que hablar.

—Dime que tienes buenas noticias.

—Más o menos.

Darío llevó su mirada hacia el lago mientras Lucía, con voz seria, le explicaba:

—He podido hablar con mi abuela. Ha sido genial, la verdad. Hacía meses que no tenía una conversación normal con ella. Y se lo he contado todo. ¡Todo!

Darío seguía contemplando el agua porque no quería encontrarse

con otros ojos condescendientes.

—Es verdad, lo que averiguamos es cierto —afirmó Lucía.

Ahora Darío sí que se giró hacia ella. ¡Resulta que no estaba tan loco! ¡Habían averiguado cómo salir de allí!

—Hay un ritual ligado a la Noche de San Juan que ayuda tanto a los vivos como a los muertos a cruzar al otro lado.

—¿Eso qué significa?

—Creo que tanto tú como yo podríamos hacerlo. Con resultados opuestos, claro.

—¿Puedo volver a la vida?

—No lo sé seguro, pero…

—¡Da igual! —la interrumpió—. Estoy dispuesto a intentarlo.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—El veintiuno de junio es miércoles. No puedo inventarme nada para estar aquí contigo. Tendrás que hacerlo solo. Pero no te preocupes: tenemos todo el fin de semana para prepararlo.

—¿Cuánto queda para el veintiuno de junio?

—Once días. Déjame el reloj, te pondré la alarma.

Y mientras toqueteaba el Casio que durante tantos años había sido suyo, le iba explicando que debía ir a la orilla que queda más lejos de la isla y, a las doce de la noche, debía prestar mucha atención para escuchar las campanas hundidas bajo las aguas. En el momento en que las escuchase, no antes ni después, debía sumergirse por completo en el lago, abrir los ojos y, si veía el campanario, significaba que todo había salido bien. Si lograba ver el campanario bajo el agua, al volver a la superficie habría vuelto, también, a la vida.

—¡Genial! ¡Qué fácil!

—Demasiado, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si no veo el campanario?

—Ahí está lo complicado.

—¿A qué te refieres?

—Solo aquellos puros de corazón oyen las campanas. Si no las oyes, no puedes meterte en el agua. ¿Crees que las escucharás?

—¡Por supuesto! ¿Qué he hecho yo para no ser puro de corazón? Si

no he matado ni una mosca en toda mi vida. ¡Ni en toda mi muerte!

—Cuando esta alarma suene, recuerda, vete hasta la orilla opuesta a la de la isla, ya que es la que queda más cerca de la iglesia sumergida del antiguo pueblo. Creo que sería buena idea ir un par de veces antes para que te aprendas el camino.

Darío ni se lo pensó, ¡estaba eufórico! ¿A dónde había que ir? ¿Por dónde? ¿Por la orilla o había un camino? No paraba de hacer preguntas que Lucía, realmente, no sabía responder.

Ella nunca había sido lo que se dice una amante de la naturaleza. De hecho, los días que menos le gustaban del instituto eran los que salían a hacer una ruta por la montaña. ¡Rutas que eran obligatorias! Contaban para la asignatura de Educación Física, que era, también, su menos favorita.

Haber pesado siempre siete u ocho kilos más que sus amigas la había condicionado durante toda su vida, ya fuera a la hora de elegir el aperitivo que se llevaba para el recreo, de rebuscar entre la sección de camisetas para encontrar las que no eran ajustadas o de escoger las actividades extraescolares. Incluso con siete años ya era consciente de que su cuerpo no se parecía al de una deportista, y se decantó por la pintura. Tampoco se arrepentía. Dibujar y, sobre todo, diseñar ropa y complementos, era algo que la volvía loca. Se le iban las horas muertas cuando se ponía con ello. Nunca nada le había gustado tanto. Ni siquiera los chicos.

O quizá tampoco se había permitido que le gustasen mucho, ya que ahí era donde más le pesaban esos siete u ocho kilos que, según los demás, le sobraban. A decir verdad, si no disfrutaba de los días de ruta por la naturaleza era porque no le gustaba que los chicos vieran que se cansaba. Ellos subían esas cuestas como si nada, mientras que ella necesitaba parar y notaba cómo su cara enrojecía por momentos. ¡Eso sí que lo odiaba! Porque pasear por el prado o la playa, sola o con su madre, le podía llegar a resultar agradable, pero lo roja que se le ponía la cara cuando intentaba ir tan rápido como los de su clase… ¡Es que se la arrancaría a tiras!

Las chicas del pueblo, las que venían solo en verano, se reían de su cara roja cuando se esforzaba subiendo alguna cuesta. El verano

pasado les había dado por llamarla cerdita y hacerle «oink, oink» cada vez que la veían. Los caminos que rodeaban Valverde no eran como los de Gijón, estos eran difíciles para andar, pedregosos, con muchos desniveles. Caminos de cabras los llamaba su madre.

Por eso no se los conocía muy bien, los había recorrido lo justo y necesario. Así que no tenía ni idea de cómo llegar hasta la orilla señalada. Pero recordaba, porque dos veranos atrás lo recorrió con los del pueblo, que había un sendero que rodeaba el lago entero. Solo había que encontrarlo y seguirlo.

—Pensé que conocías mejor el lago —comentó Darío después de las numerosas vueltas que dieron hasta localizar la ruta.

—Lo siento… Es que nosotras nos solemos mover en coche.

—¿Nunca has salido a pasear sola por aquí? El sitio es bastante chulo.

—Si te soy sincera, me da un poco de respeto. Tanto el lago como las montañas.

—¿Qué significa que te da respeto?

—Pues… por ejemplo, nunca me he bañado aquí.

—¿Y eso? ¡Pero si pasas aquí los veranos! Si no vas a la playa, ¿qué haces?

—Prefiero merendar con mi abuela que ir al lago.

—A mí me encantaría estar por aquí con mis amigos. Cuando vuelva a Madrid les podría decir que nos viniéramos.

—¿Vas a volver a Madrid?

—¡Claro! Quiero volver a mi casa. A ver, que este sitio está genial, ¿eh? No me meto con tu pueblo. Tiene su encanto, sí. Pero no es mi sitio. Quiero estar en mi casa. ¿No es tan raro, no?

—No.

—Echo mucho de menos mi casa, mi habitación, mis cosas, a mis colegas, a mi equipo y a mi novia.

—Ah, ¿tienes novia?

—A ver, se supone que sí. Es que… claro, cuando estás muerto no sé si se puede tener novia. Además, ella se habrá enterado del accidente, sabrá que estoy muerto y a lo mejor hasta ha pasado página. Y en septiembre comenzará la universidad y conocerá gente nueva… Puf,

¡por eso tengo que volver cuanto antes!

—Ya.

—Quiero seguir con mi vida, ¡joder! Es que lo tenía todo pensado. Este verano íbamos a irnos de viaje solos los colegas de siempre, iba a ser la hostia, la verdad. ¡Es que hasta quiero hacer la EvAU e ir a la universidad! Llevo dos años esforzándome un montón para mantener la media, no quiero echarlo todo a perder. Quiero apuntarme a algún equipo universitario, no sé si el de rugby, o el de baloncesto, y quiero irme de Erasmus. Tenía claro que pediría algún país escandinavo, Noruega o Finlandia…, me encantaría. Quiero vivir el mejor verano de mi vida. Todo el mundo me decía que el mejor verano es el de antes de empezar la universidad. Íbamos a recorrer varios países del Mediterráneo… Ya sabes, mucho sol y mucha fiesta. ¡Quería aburrirme de tanto estar en la playa!

—Suena bien —dijo Lucía, por decir algo. En realidad ella no sabía si Darío le estaba contando todo eso a ella o solo estaba hablando consigo mismo en voz alta.

—¿Y tú qué planes tienes para el verano?

—Ya te conté, ¿no? Como mi abuela está regular, en cuanto le den las vacaciones a mi madre nos vamos a venir aquí. Y ya está. No tengo planes.

—¿A qué país te encantaría viajar? Si pudieras ir a cualquiera en el mundo.

—No lo sé, a Egipto.

—¿Sí? Bah, no es para tanto. A ver, los templos y las pirámides son impresionantes, eso es verdad. Pero el país es lo peor, tardas mil horas en llegar a los sitios, las carreteras son horribles, conducen como locos…

—Pues a Turquía. Me encantaría ver los bazares enormes de Estambul.

—No eres de soñar a lo grande, ¿eh? Si yo tuviera el tiempo y todo el dinero del mundo para un viaje, me recorrería toda Sudamérica, de norte a sur, siguiendo los Andes. Desde Colombia a la Patagonia. Esas montañas sí que tienen que ser impresionantes. ¿Te sabes la historia del equipo de rugby que tuvo un accidente de avión y tardaron más de

setenta días en rescatarlos?

—Sí, ¿los que se tuvieron que comer a sus amigos?

—¡Esos! ¡Menuda historia! ¡Y menudo valor!

—Es horrible. Yo no creo que hubiera podido.

—Cuando estás en situaciones tan extremas ves las cosas de manera diferente. Seguro que harías lo que fuera por sobrevivir. Es un instinto, lo tenemos todos.

—No lo sé, a mí me parece una pesadilla. Igual si son desconocidos, vale, pero saber que te estás comiendo a tus amigos…

—Más vale lo malo conocido, ja, ja, ja.

Por fin llegaron hasta la orilla indicada. Lucía calculó que habían tardado unos cuarenta minutos, así que, para asegurarse, le pondría la alarma a Darío a las 23.15 del 20 de junio. Repitieron el paseo al día siguiente para comprobar que Darío recordaba el camino. Ya estaba todo preparado.

Lucía iba a muerte en apoyar a Darío, y quería que le fuera bien. Sin embargo, en su interior, estaba muy asustada. No le había comentado nada para no ser una aguafiestas, pero la conversación que tuvo con su abuela la dejó muy preocupada.

También se había acordado de la chica argentina de la entrevista, que decía que lo mejor era escuchar a quien se te presentara y dejarlo ir, porque no podías ayudar a todo el mundo. Pero ¿a dónde? ¿A dónde iba a ir Darío después de la Noche de San Juan?

Su abuela no se había andado con muchos detalles, como le hubiera gustado a Lucía. La había escuchado, no había cuestionado sus palabras y le había dado las respuestas que necesitaba. Solo había hecho hincapié en una cosa: las almas pueden perderse cuando insisten en tomar un camino que no es el suyo, y las almas perdidas ya no vuelven, nunca más, a encontrar su sitio.

¿Y si el camino de Darío no era volver a Madrid? ¿Y si su corazón no era puro y no escuchaba las campanas? ¿Y si todo salía mal? Lucía no dejaba de darle vueltas.

—Non participes, Lucía. Non vayas al lago na noite de San Xuan. Tendrás que deixar facer o que quiera al rapaz. Pero tú, non vas.

—Te lo prometo, abuela. Le diré lo que tiene que hacer, pero no le



acompañaré.

Interludio

Lucía no faltó a la promesa que le había hecho a su abuela y dejó a Darío seguir su camino.

Darío… Bueno, qué queréis que os diga. No creeríais que el plan iba a funcionar, ¿no?

El chico le puso ganas, eso no se puede dudar. Y Lucía, lo mismo, su intención era buena. Pero ya sabéis: la intención no es lo que cuenta. Lo que cuenta es hacer bien las cosas, y estaba claro desde el principio que esto no saldría bien. ¡Si ni siquiera habían verificado la fecha de San Juan!

San Juan se celebra el 24 de junio, y la Noche de San Juan se celebra en la madrugada del del 23 al 24. Que Darío no lo supiera, vale. Pero ¡Lucía! ¡Si en Gijón montan las hogueras en la playa!

Estos chicos… no se les puede dejar solos.

Tú sigue leyendo, que ahora entra en juego la abuela. Eugenia va a ser esencial en esta historia. Imagínatela con la energía del meme del mapache barriendo que dice: «Si no limpio yo, nos come la mierda».

Pues eso, que si no fuera por Eugenia, a saber cómo habrían acabado Lucía y Darío. Aunque la mujer también es de armas tomar y no se lo pondrá fácil.

Lo de Darío, vale, es una movida, estamos de acuerdo. Pero no te olvides de que Lucía ha descubierto que puede ver y hablar con los muertos, que tampoco es moco de pavo. Lo que pasa es que él tiene la energía del meme de «si no es el protagonista, se aburre» y no le ha dejado mucho espacio a ella para desarrollar su propia narrativa.

¡Ah! ¡Y no pierdas de vista a Emi, que, evidentemente, es más espabilada que su hermano!

Aquí podría ir el meme de *pretends to be shocked*.

Quinta parte

Un verano

17

A Lucía le ha quedado Lengua

Puede que una de las pocas cosas buenas de ser adulto sea no tener que hacer exámenes. Es alucinante cómo, durante la etapa escolar, uno llega a creer que la vida entera depende de la nota que ponga un profesor. Que la única vara de medir la valía sea la del conocimiento, o, mejor dicho, la de los estándares del sistema educativo español, que, estarás de acuerdo, tampoco es que esté para tirar cohetes.

Cuando tienes dieciséis años y suspendes por primera vez una asignatura el mundo se te puede venir encima. ¿Tú te acuerdas de tu primer suspenso? De la rabia que da no llegar a un mínimo exigido por un profe que se pasa de estricto. De la angustia por justificar lo ocurrido, aunque sea con una mentira. «Es que me tiene manía», «Es que ha suspendido más de la mitad de la clase». O es que te has tocado la chirla a dos manos, cariño mío. ¡Y ya está, no pasa nada! Sigues siendo una persona igual de válida.

Un suspenso a las puertas del verano podía conllevar un castigo, un replanteamiento de las vacaciones, un disgusto, como mínimo, a no ser que acabes de descubrir, hace apenas un mes, que puedes interactuar con el más allá.

Cuando tienes entre manos un problema de verdad, un suspenso en Lengua te la pela. Y el problema de Lucía no era su nueva habilidad, ¿eh? Aquello solo era para ella una preocupación extra. El verdadero problema era que se acostaba todas las noches fantaseando con volver a ver a Darío. Y con hacer cosas de novios con Darío. Luego, al día siguiente, les daba mil vueltas a sus pensamientos y trataba de convencerse de que no le podía gustar, ¡que Darío no estaba vivo, por Dios! Pero cuando sus amigas le hablaban de otros chicos ella

enseguida daba a entender que no tenía ningún interés en conocer a nadie nuevo porque no paraba de pensar en el que había conocido en su pueblo. Y sus amigas, tan contentas. A sus ojos, echarse un novio de Madrid era lo más de lo más.

Vamos, que Lucía tenía muchísimas cosas mejores que hacer que lamentarse por un suspenso. Además, sabía que se había quedado en un cuatro porque no había puesto ningún interés y se había perdido entre tanta oración subordinada circunstancial. Del mismo modo que sabía que si se ponía con ello, en septiembre no solo no tendría ningún problema para aprobar, sino que incluso sacaría buena nota. Su madre, al contrario, sí que se preocupaba por ese primer suspenso. Pero a Lucía esto también le daba igual.

En aquel momento solo le angustiaban de verdad las advertencias de su abuela. Por eso se tomó a rajatabla lo de no acercarse al lago durante la Noche de San Juan. Por eso fue tan clara con Darío sobre los pasos a seguir. Y por eso llegaba a Valverde del Lago, la mañana del 26 de junio, con bastante ansiedad.

No tenía ni idea del panorama que se encontraría por allí. Lo único que tenía claro es que no tendría nada que ver con el escenario ideal que había estado imaginando para Darío y para ella. Deseaba que, por arte de magia y por obra y gracia de San Juan, Darío hubiera vuelto a la vida y, en vez de irse a Madrid, hubiera elegido quedarse en el pueblo con ella. A ver, que Lucía se daba cuenta de que esto no valía ni para argumento de peli de Antena 3, pero que tire la primera piedra quien no haya creído nunca que los golpes de suerte de las comedias románticas podrían ocurrir en realidad.

Precisamente esa lucha interna entre sus verdaderos deseos, que jamás se atrevería a reconocer, y el duro golpe de realidad que acaso se llevara en cuanto llegase al pueblo era lo que la tenía tan agitada.

Maru lo notaba, pero seguía pensando que se debía a que a su hija nunca le había gustado el pueblo. Como no quería que se tomase el verano como un castigo, porque ella, como madre y también como profesora, tenía muy claro que los castigos no tienen ningún sentido, le había prometido que a finales de julio se irían una semana a recorrer el norte de Portugal. Unas vacaciones de verdad.

A Lucía le hizo ilusión la propuesta, pero con lo atacadita que estaba ese día, ni unas entradas para ver a su cantante favorita le habrían distraído ni un solo segundo de sus pensamientos obsesivos con Darío. Era un manojo de nervios cuando imaginaba que el ritual podría haber salido bien y jamás volvería a verlo. Pero más le aterraba pensar que algo podría haber salido mal y que Darío se hubiera convertido en aquello que su abuela denominó «lo peor que le puede ocurrir a un alma: quedar perdida».

Cuando atravesaron la entrada del pueblo el corazón se le salía del pecho.

Buscó a Darío durante varios días, sin perder la esperanza de que su fantasía se hubiera hecho realidad. Una tarde, ¡por fin!, lo vio. Darío estaba sentado, cabizbajo, en una de las piedras de la isla del lago. Lucía lo llamó. Pero él no debió de oírla. Así que volvió a pronunciar su nombre con mayor intensidad. Y nada, Darío ni se inmutó.

Por un momento Lucía se vino abajo. ¿Darío ya no podía verla ni escucharla? ¿Significaba eso que había ocurrido lo peor? ¿Que el ritual salió mal y Darío ya no estaba en el mismo plano que ella y no podrían volver a hablar jamás?

Su abuela fue tajante sobre lo que les ocurre a los que tratan de cruzar la barrera que separa el mundo de los vivos del más allá. Muchos son los que se quedan atrapados en medio y pierden su voluntad. Dejan de ser entidades capaces de comunicarse y tomar decisiones para pasar a vagar por la eternidad como náufragos a la deriva, empujados por corrientes energéticas incontrolables y atraídos por fuerzas que, en muchas ocasiones, solo quieren aprovecharse de ellos, por lo que estas almas se consumen rápidamente y quedan reducidas a un simple alarido atormentado. Habrás escuchado a alguna de ellas si te van las psicofonías.

¡Ay, no! ¿Cómo iba a ser ese el final para Darío? Lucía no se veía capaz de sobrellevar la culpa por haberle hecho eso a la primera persona fallecida que quiso ayudar.

Cuando estaba a punto de darse por vencida y asumir lo peor, Darío se giró hacia ella. La miró por encima del hombro, pero buscando sus ojos, y también le mostró cierto resentimiento, por cierto. Le hizo una

mueca chulesca y volvió a girarse para darle la espalda.

—¡DARÍO! —gritó Lucía con todas sus fuerzas.

—Déjame en paz —le pareció escuchar a Lucía.

—¡DARÍO, MÍRAME! ¿Me estás oyendo? ¿Me puedes ver?

Y Darío clavó de nuevo los ojos en ella con una energía que Lucía percibió como malvada y que la hizo estremecerse.

—¿QUÉ HACES? —le preguntó Lucía, con miedo.

—¡No quiero ver a nadie, así que PÍRATE!

—¿Qué te pasa?

—¡Que quiero estar solo! ¿Es tanto pedir?

—¡SÍ! ¡SÍ ES MUCHO PEDIR! ¡Quiero saber qué ha pasado!

—Tan lista no serás si no te das cuenta.

—¿Por qué dices eso?

No pongo más mayúsculas, pero seguían hablando a gritos. Lucía estaba tan alterada que se le olvidó que alguien podría verla hablando sola, y encima dando voces, lo que le vendría genial a su reputación como la rarita del pueblo.

—¿Me puedes ver? —preguntó Darío, enfadado.

—¡Claro que te puedo ver!

—Pues piensa, Lucía, piensa. Si me ves aquí es porque no estoy en Madrid.

Qué pena lo tuyo, Darío, que no pudiste conseguir lo que tanto creías que merecías. Pero… ¡qué alivio sintió Lucía! Que le entraron hasta ganas de saltar y celebrarlo. Pero se contuvo, claro. Sobre todo porque si Darío estaba allí significaba que el plan no había funcionado. Al menos no era un alma perdida. Solo era un tío comportándose como un gilipollas. Algo con lo que ella estaba ya muy acostumbrada a lidiar.

—¿Puedes venir a la orilla, por favor? Me gustaría hablar contigo sin desgañitarme.

Darío volvió a darle la espalda. No tenía ninguna intención de hablar civilizadamente. Solo quería estar cabreado y que se le notase. Estaba muy enfadado. No con Lucía en concreto, sino con todo. Con esas altas montañas que le hacían sentirse tan pequeño, con ese lago del que ya no se podía fiar, con ese pueblo al que nunca quiso ir ¡y

con su familia! Y, en realidad, con Lucía también, ¡porque no le dejaba en paz!

—¡Muy bien! —zanjó Lucía—. ¡Pues ahí te quedas! Apáñatelas tú solo, seguro que te irá muchísimo mejor. ¡Adiós!

Por la noche, Lucía se sentó a cenar de mal humor. Cuando su madre se levantó a por la fruta, para el postre, su abuela, en voz baja, le preguntó:

—¿Volveches a ver al rapaz?

Lucía asintió con disimulo.

—Foi una nueite de San Juan muy tranquila. Non pasou nada raro. Hubo baile. ¿Cómo no chegasteis al baile?

—Pero el baile fue el sábado, abuela —respondió Lucía con cariño creyendo que Eugenia volvía a confundir las cosas.

—Sí, la verbena de San Juan.

Igual que, cuando un dispositivo emisor de sonido reconoce unos auriculares, una voz dice: «*Bluetooth connected*», una voz podría haber resonado en el interior de la cabeza de Lucía cuando dos de sus neuronas hicieron la conexión adecuada y sus ojos se abrieron hasta la exageración. Si Lucía fuera un dibujo animado, sobre su cabeza habría aparecido una bombilla que se iluminaba con tanta intensidad que terminaba por estallar.

Así es como se dio cuenta de que la Noche de San Juan fue la del 23 al 24, no la del 20 al 21 de junio. ¡Qué tonta, por favor! Suspender Lengua no era nada comparado con lo inútil que se sintió al darse cuenta de que por el error más estúpido había echado por tierra todo su esfuerzo y las esperanzas de Darío.

Maru apareció con un plato rebosante de peras. Lucía pidió permiso para irse y su madre se lo dio con la condición de que se llevara una fruta para el camino. Lucía la cogió y en cuanto llegó a la orilla del lago la tiró entre unos arbustos. Volvió a gritar: «¡DARÍO! ¡DARÍO! ¡DARÍO!».

Estaba a punto de echarse a llorar de la rabia. Miraba hacia un lado, hacia el otro, hacia el camino de vuelta al pueblo. Nada. No veía nada.

Todo estaba muy oscuro aquella noche.

—¡Qué!

«¡Coño, qué susto!», le hubiera gritado en toda la cara, pero logró contenerse.

—Lo siento mucho, Darío. —Su arrepentimiento era sincero.

—No escuché las campanas, Lucía —confesó el chico, y en su voz se notó un deje de vergüenza.

—Ya lo sé, lo siento.

—No soy una buena persona, no merezco otra oportunidad.

—¡No! ¡Darío! ¡No digas eso!

—¡Que sí! ¿De qué sirve engañarse?

Lucía no se esperaba ver a Darío tan desanimado, así que se acobardó y no le contó la verdad, temerosa de que él se enfadase con ella por haber cometido un error tan tonto y tan fatal.

—Pero cuéntame, ¿qué es lo que pasó exactamente? —preguntó para ganar tiempo mientras se inventaba una buena excusa.

—Me pilló en casa. Me tiré mucho rato dándole vueltas a si debía contarles a mis padres o no lo de las campanas, y llevarlos conmigo. Creía que no me iban a hacer ni caso, pero algo de mí me decía: «¡Joder!, son mi familia, por lo menos debería intentarlo». Así que volví a casa de lo más zen para pedirles que vinieran conmigo al lago porque quería enseñarles una cosa. ¿Y sabes lo que me dijeron? Que qué lago. Entonces me di cuenta de que no habían salido de esa casa ni una sola vez. Mis padres están como atrapados allí, ya no les importa nada que no ocurra entre las tapias del chalet ese de mierda. Te juro que me pareció que tampoco les importábamos nosotros, mi hermana y yo. No sé, fue muy raro. Y muy doloroso, la verdad. Jamás me podría haber esperado que mis padres pasasen de mí así. Entones el reloj se puso a sonar, y, como estaba tan cabreado en ese momento, lo paré, como por inercia. Un poco después recordé el significado de esa alarma y ya me puse de los nervios. Empecé a gritarles a mis padres, quería llevármelos por la fuerza, y, bueno, no sé, que la lie. Supongo que llegué tarde a la orilla correcta y no escuché nada. Es más, cuando intenté sumergirme en el agua descubrí esto. Mira.

Darío echó a andar hacia la orilla y, cuando sus pies debían entrar

en contacto con el agua y hundirse en ella, flotaron.

—Camino sobre el agua.

Lucía abrió exageradamente la boca. ¡Qué coño me estás contando, Darío!

—Así que… ¡todo genial por aquí! He echado a perder la única oportunidad que tenía, la he cagado muy a lo grande con mis padres y sigo aquí, contigo.

¿Qué? Lucía cerró la boca y arqueó una ceja. ¿Qué quieres decir con eso?

—Perdona, no quería sonar así —aclaró el chico—. No te ofendas, no es nada personal. Pero no aguanto ni un día más. ¡Quiero morirme del todo! ¿Por qué me he quedado así? ¿Por qué no se ha acabado todo para mí después del accidente? ¡Joder! Si me quitan la vida que me la quiten del todo, que no me dejen aquí a medias. ¿Para qué? ¿Y por qué? Es que no entiendo nada. ¿Por qué coño me ha pasado esto a mí?

—De verdad que no lo sé. Y siento mucho que tengas que estar aquí, conmigo —enfatizó esa última palabra para que se le notase que le había molestado—. A mí también me gustaría saber por qué me pasa esto a mí. Por qué te veo y puedo interactuar contigo.

—¿Crees que está relacionado?

—Lo vamos a averiguar. Tú confía en mí —respondió Lucía a la vez que dejaba ir su sentimiento de culpabilidad gracias a la nueva oportunidad que se le presentaba para hacer las cosas bien.

Estaba ya tan dentro de la narrativa de «el que la cagó fue Darío y yo lo hice todo bien» que hasta le tendió la mano para ofrecerle esa confianza, buscando la de él. Y no se la pudo coger, claro. Ella cerró el puño alrededor de lo que se suponía que era la mano de Darío, pero lo único que agarró fue el aire. Sin embargo, él apreció el gesto y dejó la mano en el mismo punto donde Lucía había cerrado el puño. Se miraron a los ojos. Se sonrieron. ¡Qué monos estaban! Por lo menos una de las escenas más ñoñas de las fantasías de Lucía se había hecho realidad.

Ese momento tan especial calmó a Darío, decidió que iba a confiar en ella. Pensó que era una tía de puta madre, que se había volcado en

ayudarlo cuando no tenía por qué, ya que no le conocía de nada. Y, siendo sinceros, tampoco es que él hubiera sido el chico más majo.

Lucía se dejó llevar un poquito por el momento romántico, pero enseguida volvió a la realidad, y la realidad era que había engañado a Darío. Sabía que tenía que decirle la verdad, que se lo debía, pero ¡cómo iba a hacerlo! No podía perderlo. No quería quedarse sola en ese pueblo que a ella tampoco le gustaba y donde nadie, a excepción de ese fantasma cuya mano intentaba agarrar, la tomaba en serio.

—¿Y tú qué? —le preguntó entonces Darío, más relajado.

—¿Qué de qué?

—No sé, ¿cómo estás tú?

—Bueno… He suspendido Lengua y Literatura.

—¡Bah! Eso no es nada —comentó Darío—, yo he suspendido Resurrección.

Lucía soltó una carcajada, no se esperaba un comentario como aquel.

—¡Ay, lo siento! No me quería reír de eso.

—Tranquila. Mejor reírse que llorar.

Y echaron otra carcajada, juntos.

—Me hace gracia, puedo reírme con ganas, como cuando estaba vivo, pero no puedo llorar.

—Ya, ¿por qué será?

—Es realmente raro lo de no tener lágrimas. Es como que no te acaba de salir la pena del todo.

—Vaya…

—No puedo llorar, ni escupir, ni tengo mocos… Tampoco me crece el pelo.

—Pues siempre se ha dicho que a los cadáveres les crece el pelo y las uñas durante un tiempo.

—Pero yo no soy un cadáver.

—Mmmm… es verdad. Yo lo que no puedo es silbar. No me sale.

Darío lo intentó y tampoco le salió.

—¡Mierda! —exclamó fastidiado.

—Entonces… ¿estás decidido a irte?

—Pues sí. Yo no soy de aquí. No sé ni moverme por aquí.

—Tendríamos que preguntarle a mi abuela qué alternativas hay.

—¿Crees que podría ayudarme?

—Sí. Mi abuela ha sido algo así como la matriarca de este pueblo. Durante décadas todo el mundo acudía a ella en busca de consejo. ¿Por qué no ibas a hacerlo tú también?

—¿Me vas a llevar a ver a tu abuela?

—¿Por qué no? Mañana por la mañana mi madre irá al pueblo, que hay mercadillo. Creo que será un buen momento.

—Pero ¿no estaba muy enferma?

—Sí, se mueve con mucha dificultad y eso, pero últimamente parece que de la cabeza está mejor.

—Vale.

—Te recojo aquí después de desayunar.

18

Reunión familiar

Darío atravesó el umbral de la puerta que daba acceso a la casa de Lucía con la misma congoja con la que accedes a la cola de una casa del terror. Que te pones ahí porque quieres, pero anticipas ya los nervios de lo que podría estar por venir.

Siguió a Lucía por un pasillo largo y en penumbra que desembocó en una sala muy acogedora, con dos sillones orientados hacia un televisor en un lado y una robusta mesa redonda en el otro. Cuatro sillas se habían dispuesto en torno a la mesa, y dos de ellas estaban ocupadas. Una, por la que, Darío intuyó, sería la abuela de Lucía. La otra, por un hombre que tenía muy buena cara para lo viejo que le parecía. Ambos se le quedaron mirando fijamente.

—Abuelita, vengo con alguien. —Lucía lo señaló.

Darío supuso que no podría darle dos besos, y como nunca le habían presentado a nadie desde que falleció, se limitó a inclinar levemente la cabeza hacia la anciana y después hacia el otro hombre.

Ninguno le devolvió el gesto. Lucía se sentó en una silla y Darío entendió que podría tomar la que quedaba libre, junto al hombre al que Lucía parecía no haber visto. Este ni siquiera lo miró, parecía más incómodo que él. El chico dedujo que habrían pillado a la pareja en mal momento, pero como Lucía siguió con lo suyo como si allí no pasase nada, se limitó a dejarla hacer.

—¿Qué tal, abuela?

Lucía también había notado que su abuela estaba más tensa que cuando desayunaron, hacía poco más de media hora.

—¿Qué fas, filla?

—Está aquí Darío, queríamos hablar contigo.

Eugenia se tomó su tiempo para observar al chico. Él sentía sus ojos como si fueran rayos X inspeccionando a fondo cada centímetro de su ser. Antes de volver la cabeza hacia su nieta, le hizo un rápido gesto al otro hombre, como un chasquido con la boca, que él entendió como un «cállate». Y callado estuvo durante toda la conversación.

Como también lo estuvo Darío. Lucía aclaró a su abuela, sin entrar en muchos detalles, que Darío no pudo acercarse al lago en la Noche de San Juan y que tenían una serie de dudas que les encantaría resolver, a saber: si había una explicación para el hecho de que Lucía viera a Darío, si eso significaba que estaba destinada a ayudarlo o si sus nuevas capacidades podrían ir a más.

—¿Viches a alguien más como Darío?

—No lo sé, abuelita. Me da miedo pensar que pueda ver a otros como él, pero que no los distinga.

—¿Por eiquí nada más chámate la túa atención? —Eugenia quería asegurarse de que su nieta no estaba viendo al otro hombre sentado a la mesa.

—Creo que no.

—Bueno, pues non teñas priesa. Tú non tes que correr y el mozo ten tol tiempo del mundo.

—Si no queremos hacer nada en concreto. Solo queremos respuestas. Darío quiere saber por qué se ha quedado aquí, en un pueblo que no es el suyo.

—Murió eiquí, ¿non?

—Sí.

—Facía tanto tiempo que non moría nadie eiquí…

—¿Y por qué no puede irse?

A Eugenia se le fueron los ojos hacia el cuarto componente de aquella reunión, y esta vez a Lucía no le pasó desapercibido el detalle. Pero se fijaba en el lugar adonde estaba mirando su abuela, y allí no había nada.

Al notarla tan confundida, Darío se dio cuenta de que Lucía no veía a aquel hombre. Y el hombre seguía quieto, como una estatua. Pero Eugenia ya se sentía descubierta, porque su nieta estaba viendo cómo Darío miraba también con inquietud hacia esa misma silla.

—¿Hay alguien más aquí?

—Sí —afirmó Eugenia.

—¿En esta silla? —Señaló Lucía el único sitio que, a sus ojos, estaba vacío.

—Sí, filla.

Lucía miró fijamente aquel espacio, y fue entonces cuando le pareció distinguir unas manos sobre el regazo.

—¿Quién es?

—Es el buelo.

—¿Mi abuelo? ¿Tu marido?

—Así es.

—¡Pero el abuelo murió cuando mamá era un bebé!

Eugenia no contestó. Darío empezó a sentir que no debería estar allí. Ni en ese pueblo ni muchísimo menos en el salón de esa casa.

—¿El abuelo lleva aquí todo este tiempo? —continuó Lucía.

—Sí.

—¿Desde que se murió?

—Sí. —Eugenia quería ser sincera con su nieta, pero era la primera vez que alguien descubría su secreto, y eso la incomodaba mucho.

—¿En esta casa?

—Algún día salió pol pruebu. Conmigo.

—¿Mamá lo sabe?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque la túa madre tampoco lo vio nunca.

—¿Y por qué yo tampoco lo veía?

—Porque non sabías que podías velo. Anda, míralo bien.

Cuanta más atención prestaba Lucía a su abuelo más detalles podía percibir. Además de las manos cruzadas comenzaba a distinguir un jersey verde oscuro, los cuellos de la camisa que asomaban y la cara de un hombre que la miraba con ternura.

—¿Abuelo? —preguntó Lucía, insegura, al no reconocerlo del todo bien.

Solo había visto a su abuelo en dos o tres fotos que guardaba su madre; en casa de su abuela no había ni una sola fotografía de él. El

hombre miró a Eugenia, que le asintió con la cabeza. Después dirigió su mirada a su nieta y, al fin, los dos se vieron.

—Hola —saludó Lucía.

—Hola, yo soy Darío.

No se le ocurrió mejor momento para intervenir al muchacho este. En realidad, se sentía tan fuera de lugar que no sabía ni qué hacer. Todos ignoraron su contribución a la conversación.

—Abuelo, ¿qué haces aquí?

Y el abuelo, finalmente, habló:

—Mellor que os cuente la túa buola.

19

Esta es la señora Eugenia

El día de santa Eugenia nació la tercera descendiente de un matrimonio que había tenido que pasar por el trance de dar sepultura al bebé que la precedió. Por ese motivo, la bautizaron inmediatamente y le pusieron el nombre de una mártir que tuvo que vivir como un hombre para escapar de un matrimonio concertado con un romano y que consagró su vida a Dios en un monasterio masculino, según les contó el párroco.

Eugenia también tuvo el privilegio de vivir como un hombre, es decir, sin depender de nadie, debido al fallecimiento prematuro de su marido, tan solo cinco años después de su boda. Apiadados por la desgracia, los lugareños permitieron a la viuda enterrar a su esposo en el pueblo viejo. Se quedaba más tranquila si reposaba junto a los demás, los que perdieron la vida en la tragedia, la que aconteció cuando la pequeña Uge aún no había cumplido los cuatro años. Ella perdió a un tío, a primos y a otros familiares, pero siendo tan pequeña la muerte que más le pesó fue la de su hermano mayor, Pepico.

Tres años y medio son muy pocos para enfrentarte a la muerte, a la catástrofe, al mismísimo infierno. No se vuelve a ser la misma persona cuando se ha experimentado el horror, aunque sea a una tierna edad o apenas se recuerde lo ocurrido. El trauma ya forma parte de ti y se ha acurrucado en lo más profundo de tu memoria.

Todas las imágenes que Eugenia era capaz de evocar cuando pensaba en lo que vivió de niña no las vio aquella noche, sino en libros y periódicos varios años después. Porque la noche de la tragedia no se veía nada.

A Eugenia, la única escena que se le quedó grabada a fuego fue la

de su padre arrancándola de la cama. Nunca antes la había tratado así, con esa fuerza. Le había hecho daño. Así que aquella madrugada la niña lloró asustada y en silencio durante horas, mientras se acariciaba el brazo herido. No se movió del sitio donde la colocó su padre. Estaba aturdida y helada de frío, encaramada a una peña en la parte de atrás de su casa, de la que horas después solo quedarían unas piedras en pie.

Aquella noche, por suerte, la niña no se enteró de nada. El susto que le había dado su padre, con la única intención de salvarla, la tuvo tan alterada que no se dio cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Solo sentía el frío y la pesadumbre de que nadie venía a abrigarla. Pensaba que quizá ella había hecho algo tan malo que su madre y sus hermanos habían dejado de quererla y su padre la estaba castigando. Eso fue lo único que recordó Eugenia durante años: el desamparo y la culpa.

Se sintió abandonada por su padre, a pesar de estar a escasos dos metros de él. Estaba alterado, fuera de sí, no parecía el mismo. ¿Y dónde estaba su madre?, se preguntaba sin cesar la pequeña Uge, aunque no abrió la boca en toda la noche.

Amaneció y por fin supo que había ocurrido algo grave. La luz de la mañana, escasa y gris, reveló el estado en que había quedado su pueblo, y Uge comprendió que aquel desastre no lo podía haber causado ella.

Su familia nunca comentó nada sobre lo que sucedió. Ella tampoco les preguntó a otros del pueblo. Nadie le tuvo que explicar, cuando creció, que de eso no se hablaba. Lo entendió todo sola, a través de los pocos comentarios que en alguna conversación se les escapaban a los mayores.

Que pasó lo que tenía que pasar. Que ya lo venían avisando. Que la presa perdía agua. Que se sabía, tanto en el pueblo como en la central, que las grietas no tenían solución. Que en cualquier momento podría ocurrir. Que llevaba muchos días seguidos lloviendo. Que se oyó un estruendo cuando reventó la presa. Que una enorme tromba de agua hizo desaparecer el pueblo.

Eugenia llevaba en secreto el triste alivio de no tener recuerdos

nítidos de aquel horror. Se le ponían los pelos de punta pensando en lo que tuvo que ver su padre mientras ella no veía más allá de su brazo.

La última parte de su infancia quedó registrada en su memoria de forma difusa, inconexa, como un mal sueño. Nunca fue capaz de decir cuántos años pasaron hasta que su vida volvió a la normalidad en la nueva vivienda que les entregaron tras regresar del internado al que fue enviada junto con la mayoría de los niños supervivientes. Si fueron, tres, cuatro o cinco, no importa, los recuerda todos iguales, como un año muy muy largo: monótono, frío, triste y lento. Y sin fiestas, ni Navidad ni romerías.

Su memoria comenzó a ordenarse tras la mudanza a la nueva casa. Se acordaba de la pequeña cocina en la que pasó tanto tiempo. De las humedades que, poco a poco, fueron saliendo. De las paredes vacías de los dormitorios. Su familia se había quedado sin nada y lo poco que les dieron cuando les entregaron la vivienda no servía para adornar. Se esperaba que fuese la mujer de la casa quien se encargara de convertir aquel espacio en un sitio habitable. Pero su madre, tras ver cómo se derrumbaba su hogar y tras enterrar a otro hijo, había perdido las fuerzas para hacerse cargo de nada.

Le tocó a Eugenia, como única hija del matrimonio, tomar el relevo de las labores y desde los nueve años cuidó de sus padres y de su hermano pequeño con esmero y con la incesante zozobra de quien creyó, aunque solo fuera durante unas horas, que su padre la había dejado de querer y su madre la había abandonado.

Cada uno de los que no murieron en la catástrofe tenía su propia herida. Todas dolían con la misma intensidad, y al no atenderlas ni hablar de ellas cicatrizaron mal y dejaron una marca imborrable. Ningún vecino volvió a saber lo que era estar tranquilo. Los que descansaron en paz fueron otros.

Todo el pueblo tenía dentro el presentimiento de que algo terrible volvería a pasar. Los vecinos compartían el temor de que una nueva tragedia les cogiese por sorpresa. Pensaban en la muerte a diario: la de sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus animales. Y en la suya propia.

La catástrofe hizo que unos vecinos corrientes se convirtieran en los

supervivientes. Un grupo de personas que ni tenían vida propia ni podían seguir adelante, que se levantaban cada mañana sabiendo que jamás recuperarían lo que perdieron y se acostaban más convencidos cada noche de que nada aliviaría sus penas. No habían pecado, pero cumplieron una dura penitencia mientras los culpables se absolvieron los unos a los otros.

«La vida quitáronosla ya, a única esperanza que nos queda es a muerte» —lamentaba a menudo la madre de Uge—, «ya estamos muertos en vida». «Tien pa todos a muerte una mirada», le decía a cualquier que quisiera escucharla.

Con Pepico las conversaciones eran distintas: «Disimula delante de padre y madre, ellos no lo van a entender. No les hables de mí, ni para decirles que estoy bien».

Antes de aprender a cocinar, Eugenia ya había aprendido que la muerte formaba parte de la vida. Y para cuando ya dominaba las cinco o seis recetas de aprovechamiento con las que alimentó a su familia en los años más difíciles, había aprendido también que los muertos no envejecían. Ella cada vez estaba más grande, se convertiría en una joven alta y corpulenta. Sin embargo, su hermano Pepico se quedó chico para siempre.

La primera vez que lo vio habrían pasado unos seis meses desde la tragedia. Fue también la primera vez que volvió a su pueblo tras la última noche. De esto sí se acordaba. ¡Como para no! Su padre la llevó al cementerio. Allí se encontró a Pepico, sentado frente a la puerta del camposanto y, en cuanto lo reconoció, se agachó a su lado y le preguntó que dónde había estado. Pepico le respondió que se quedó atrapado y le había costado mucho volver.

Se vieron varias veces durante aquel verano. Su padre la dejaba a la puerta del cementerio y, como no daba guerra, se despreocupaba de la niña mientras hacía sus cosas. Otro día de más calor, Uge le propuso a su hermano acercarse al lago. Pero Pepico no podía ni verlo. Le tenía mucho miedo y acabó por contagiárselo a la pequeña Uge, que nunca más quiso acercarse a esas orillas. Tiempo después, cuando su nieta Lucía, muy convencida, les soltó a ella y a su madre que no quería bañarse en el lago porque «si se metía, el agua la atraparía», no se

llevó ninguna sorpresa. Eso mismo era lo que siempre repetía Pepico. Y una señal de que a Lucía podría estar pasándole lo mismo que a ella.

Entendió pronto que aquellos encuentros con su hermano mayor no eran muy normales. Nadie más en el pueblo veía a Pepico ni a los otros. Fueron más de cien los que se quedaron atrapados en los lodos que desembocaron en el lago durante la noche de la tragedia. Y todos permanecieron allí, en su sitio, mientras los supervivientes fueron trasladados a otro que no era suyo: un pueblo nuevo levantado a dos kilómetros, con prisas y malos materiales, que formaba parte de un proyecto de rehabilitación para una zona de Extremadura. ¿Paredes blancas y finas en Sanabria? Cómo se notaba que quien estuvo detrás no conocía el frío de esa tierra.

Cuando Eugenia dejó definitivamente el internado para cuidar de su familia y se instaló en la nueva casa, retomó las visitas al pueblo viejo en busca de Pepico. En esas idas y venidas conoció al que años después sería su marido, Fernando.

La familia de Fernando había enderezado la casa en la que vivieron hasta que estalló la presa. Su vivienda no sufrió grandes desperfectos por el agua, así que la arreglaron y le dieron uso como cuadra para el ganado. Fernando siempre se había sentido más cómodo entre las bestias que entre las personas. Pasaba mucho tiempo con las reses, sentado en silencio, observándolo todo. Y así fue como se fijó en Eugenia. Le llamó la atención que, igual que él, esa chica siempre andaba sola.

Las primeras veces Eugenia bajaba la mirada cuando pasaba cerca de Fernando. Luego ya se fueron dando los buenos días, o las buenas tardes, según correspondiese. Varias semanas después empezaron a preguntarse cómo estaban y al año de conocerse ya echaban alguna tarde hablando. Hablaron durante años, hasta que Eugenia decidió que tenían que casarse.

Y Eugenia se casó convencida de que aquella misma noche, la primera que pasase con su marido, le contaría lo de Pepico. Ella recibió la bendición del matrimonio convencida de que, para lograr lo prometido, es decir, estar juntos para siempre, en lo bueno y en lo malo, debían confiar el uno en el otro. Fernando era un hombre

transparente, sin maldad, sin dobles caras. Ponía muy fácil fiarse de él. Pero Eugenia tenía un secreto y creía que los matrimonios no debían tenerlos. Así que, en cuanto se quedaron solos tras el convite, Eugenia le confesó: «Sigo viéndome con el mieu hermanu Pepico».

Fernando, que solucionaba mejor los problemas de sus bueyes que los de sus allegados, no le dio mayor importancia a aquellas palabras. Tampoco acababa de entender muy bien a qué se refería su mujer. Pensó que quería decirle que ella seguía yendo al pueblo viejo a hablar con su hermano mayor como quien va a la iglesia a hablarle al Santísimo. Cuando fue él el que falleció comprendió lo que le había dicho su mujer y lo aprovechó para seguir estando junto a ella.

Antes de que su marido sufriera el accidente que le costó la vida, arreglando el techo de la cuadra en el pueblo viejo, Eugenia y Fernando tuvieron dos hijas.

El primer embarazo fue complicado, como lo fue también el parto. Fernando vio tan mal a Eugenia que mandó llamar al cura, que ya no vivía en el pueblo, para bautizar a su primera hija cuanto antes y darle a su mujer la extremaunción. Por suerte, Eugenia salió adelante, aunque tuvo que pasar dos meses en cama.

Tanto ella como la niña recuperaron la salud, y cuando ya había pasado lo peor del invierno aprovechó Eugenia una mañana soleada para regresar al pueblo viejo en busca de Pepico y presentarle a su hija. Le había puesto de nombre Josefina, aunque ya había acostumbrado a todos a llamarla Pepica.

Sin embargo, su hermano ya no estaba allí. Lo buscó por todas partes hasta que ya no pudo más y se sentó en el mismo sitio donde se reencontraron cuando ella tenía cuatro años. Se echó a llorar, con su Pepica en brazos y con el desconsuelo de sentirse nuevamente abandonada. Lloraba y lloraba porque no sabía qué otra cosa hacer, ni por qué su hermano había vuelto a desaparecer.

El embarazo de su segunda hija fue mucho más llevadero, pero el parto sumió a Eugenia en una profunda pena. Volvió a pasar varios meses en cama, si bien esta vez no era físico el impedimento; era otra cosa, como un miedo paralizador a que, ahora que su hija Pepica estaba a punto de cumplir los cuatro años, pasase lo mismo que les

ocurrió a ella y a su familia. Tenía pesadillas recurrentes con inundaciones, fuegos, terremotos…, todo tipo de escenarios apocalípticos y una misma situación: sus hijas se perdían entre el caos y ella luchaba desesperadamente por encontrarlas. Así había muerto Pepico. Entonces entendió a su propia madre y el enorme vació que le habría dejado la muerte de sus dos primeros hijos.

Por desgracia, sus temores se confirmaron y la tragedia volvió a su familia. Aunque no se cebó con sus hijas, sino que se llevó a su marido. Aquello la sacó de la cama por la fuerza, como hiciera su padre años atrás.

Cuando vio por primera vez a Fernando, sentado en su silla de siempre, vistiendo el jersey verde con el que ella misma había vestido su cuerpo inerte aquella mañana, desaparecieron todos sus miedos, menos el de siempre, el miedo al abandono. Sabiendo lo que significaba que su marido estuviera allí, renovó sus promesas matrimoniales: la muerte no los había separado, así que los dos juraron no abandonar jamás aquella casa. Ese sería su sacrificio para que Fernando no desapareciera para siempre, como desapareció Pepico.

No salió ni cuando nacieron sus nietos. Pepica siempre le echó en cara que se negase a acudir al bautizo de sus tres hijos, y para cuando llegó la comunión del primero ya había tirado la toalla tratando de convencer a su madre de que una temporada en Asturias le sentaría de maravilla, casi igual de bien que le hubieran venido a ella dos manos extra para cuidar a sus pequeños. Por eso, Pepica se desentendió de su madre y decidió centrarse en su propia familia y en el próspero negocio de confitería que había montado su marido.

Maru también discutía a veces con su madre por esa cabezonería de no querer salir del pueblo ni para pasar el día. Aunque con Maru era diferente, su hija pequeña sí trataba de comprenderla. Y no la tuvo que obligar a acudir al bautizo de Lucía porque ni ella misma tenía ganas del paripé familiar.

Eugenia siempre les contó a sus hijas muchas historietas sobre su padre, al que apenas conocieron. Durante un tiempo estuvo muy atenta para averiguar si sus hijas lo veían, pero ninguna hizo siquiera

el amago de notar su presencia. Así que Fernando y ella decidieron no revelarles nunca lo que sucedía en aquella casa para que no sufrieran por no ser capaces de ver a su padre. Con Lucía volvió a prestar atención y esta vez sí, reconoció en la pequeña algunos gestos que la llevaron a pensar que su nieta sentía algo. Para curarse en salud, decidieron que Fernando se ocultaría cuando la niña estuviera en casa, no fuera que, como los críos siempre dicen la verdad, desvelara el secreto familiar.

A nadie en el pueblo le extrañó que Eugenia solo mantuviera un día de luto por la muerte de su marido. Al día siguiente del entierro la mujer dejó a sus hijas en casa de su vecina y marchó al pueblo viejo para encargarse del ganado de su marido. Fernando le iba diciendo cómo se hacía cada cosa, aunque algunas ya se las sabía de haberlo visto a él, durante tantas tardes, cuidando de esas vacas.

Igual que de niña se tuvo que hacer cargo de su casa sin saber ni por dónde empezar, con el ganado también se apañó en pocas semanas. Quien se la encontraba siempre comentaba que parecía que llevaba toda la vida haciéndolo. Nadie sabía que Fernando siempre estaba su lado.

Fue idea de él vender las reses para que Maru pudiera estudiar la carrera que le gustaba. Eugenia accedió porque tenía el convencimiento de que si su marido estaba a su lado ella podría hacer frente a cualquier inconveniente. Y es que vender el ganado significaba quedarse sin oficio ni beneficio.

Ya sin hijas ni ganado a su cargo, Eugenia comenzó a pasar el tiempo con otras mujeres del pueblo. Se le daba bien escucharlas, consolarlas y guiarlas en la resolución sus preocupaciones. Rápidamente se extendió su fama de sabia y cada vez más gente venía a pedirle consejo, incluso desde otros pueblos.

El método de Eugenia era sencillo: escuchaba sin juzgar y lo consultaba con la almohada. La almohada era Fernando, por supuesto. Al día siguiente, les daba el consejo que creía más adecuado, y solía acertar. Confiadas, las vecinas se fueron abriendo, y las conversaciones dejaron de tener lugar a la puerta de casa para pasar al salón. Allí se hablaban las cosas más serias. Allí la gente empezó a

compartir, por fin, el trauma que les había causado la tragedia.

Todas las mujeres que entraban a su salón tenían la misma pena: no haberse podido despedir de sus seres queridos o no haberlos podido salvar. Cuántas tardes lloró allí Tomasa por no haber tenido tiempo de despertar a su hermano. Casi tantas como las que lloró Encarna al recordar cómo la fuerza del agua arrancó a su madre de sus manos de niña y se la arrebató para siempre.

El dolor de esas mujeres conmovía tanto a Eugenia que tuvo que pensar en otra forma de ayudarlas. Se ofreció a hacer de intermediaria y trasladarles mensajes a sus fallecidos. Así que las mujeres le contaban a ella lo que les habrían dicho si hubieran podido despedirse y después Eugenia iba al pueblo viejo, localizaba al familiar, le trasladaba esas palabras y se traía una respuesta de vuelta.

Nadie cuestionó jamás los métodos de Eugenia porque esas respuestas realmente aliviaron los dolores de muchas personas. Se asumió que tenía un don para comunicarse con el más allá y, como nunca lo usó para otra cosa que no fuera ayudar a otros, el pueblo urdió una especie de pacto para guardar este secreto.

Fernando se sentía muy orgulloso de ella: había encontrado la manera perfecta de dar rienda suelta a ese don y de asegurarse la manutención, ya que quien entraba a esa casa siempre dejaba una propina o un plato de comida.

Su marido también estuvo presente cuando la relación con Tomasa y Encarna comenzó a ser diferente. Todo empezó el día en que Eugenia, por fin, lloró con ellas sobre sus propias heridas: la ausencia de Pepico y del resto de su familia, que nada más casarse ella decidió dejar el pueblo en busca de una mejor vida en la ciudad. Eugenia nunca le escondió a Fernando el consuelo que encontraba en sus dos compañeras y, cuando hubo que hablarlo, dio todas las explicaciones que hicieron falta para que Fernando comprendiera los sentimientos de Eugenia. Él nunca coartó a su mujer, aunque le costaba entenderlo al principio.

Después, cuando su Eugenia empezó a mostrar los primeros síntomas del párkinson, se sintió muy aliviado al ver el amor con el que Tomasa y Encarna cuidaban de ella. Él también lloró muchas

noches, aunque sin lágrimas, el fallecimiento de Tomasa. Fue un duro golpe para los dos. Eugenia nunca perdonó a los hijos de Tomasa por llevársela lejos del pueblo a morir.

Fernando y Eugenia solo discutieron una vez: el día en que Lucía contó en casa que había visto al chico del accidente. Y fue a raíz de que Eugenia no fuera del todo sincera con su nieta. Puso por delante todo lo malo que podía ocasionarle a Lucía su recién descubierta habilidad antes que todo lo bueno que le había traído a ella. Pero es que sabía, después de tantos años de experiencia, que algunas personas se habían dejado llevar por la magnitud de sus capacidades y que existían almas que se aprovechaban de chicas nobles, como su nieta.

Tampoco se fiaba del joven, ya que no era de la zona. Ni siquiera tenía ningún lazo de unión con su nieta, como Pepico y Fernando lo tenían con ella. ¿No era mejor quitárselo de encima cuanto antes? Fernando, por el contrario, defendía que Lucía tenía el mismo derecho que Eugenia a desarrollar su don de la forma en que creyera conveniente.

Y su mujer estaba de acuerdo. Sin embargo, las indicaciones que le dio a Lucía para ayudar al chico estaban destinadas a que él desapareciera. Que el lago lo atrapase, como creía que había hecho con su hermano Pepico.

Por eso, cuando lo vio aparecer en su casa, detrás de Lucía, se enfadó. Aunque logró contenerse y no lo manifestó. Pero supo al instante que su nieta no había seguido sus normas. Y así se confirmaron sus temores: Lucía no se estaba tomando en serio sus capacidades.

20

El poltergeist del balneario

—Tú estás por encima de eso —trataba de convencerla Darío.

—¡Me da igual! Esto no va de dónde estoy yo, sino de dónde están ellas. Que llevan todo la vida picándome.

Los días de verano se sucedían rápido, pero las bromitas pesadas de las chicas del pueblo no parecían tener fin. Lucía había confiado en que, a medida que fueran creciendo, dejaran de comportarse como unas crías, pero ¡confió mal! Ahora sus tonterías habían pasado a mayores.

Aquel verano les dio por hacerle creer que le gustaba a uno de los hermanos valencianos, los que tenían la fama de ser los más guapos del pueblo (aunque la opinión de Lucía era muy distinta).

Le enviaban unas notitas que hasta un ciego podría haber visto que eran falsas, y como pasaba de ellas, le empezaron a escribir desde un número de teléfono que no tenía guardado haciéndose pasar por Rubén, el pequeño de los hermanos, el que tenía su edad.

Una noche, el falso Rubén le propuso encontrarse en el parque de la espadaña de la iglesia. Lucía leyó el mensaje cuando ya llevaba media hora en la cama, con un cómic en la mano y muy poca paciencia. Ni siquiera contestó. Es que ni aunque el verdadero Rubén lo hubiera escrito habría hecho el esfuerzo de quitarse el pijama e ir hasta allí.

Lucía tenía cosas muchísimo más importantes de las que preocuparse que de ese tío en concreto, que se levantaba a las siete de la mañana para entrenar en ayunas porque estaba convencido de que solo así podría conseguir la disciplina que era necesaria para alcanzar el éxito en su vida. ¡Qué pereza!

Puestos a elegir, prefería preocuparse de otro. Uno que no

necesitaba entrenar porque, bueno, ya no tenía músculos. A Lucía nunca le había resultado tan fácil ignorar a la gente del pueblo. Inocente de ella, pensó que su falta de interés acabaría por aburrirles y la dejarían en paz, pero ocurrió justo lo contrario. Dos días después del rechazo a su cita secreta con el falso Rubén aparecieron en su móvil varios montajes fotográficos en los que se veía a un chico con la cara de Rubén y a una chica gorda con la cara de Lucía manteniendo relaciones sexuales por la noche en un bosque.

Ahí se pasaron. Le cabreó muchísimo ver esas imágenes, que claramente trataban de humillarla. Aunque lo que la impulsó a saltar de la cama fue pensar en lo que podrían llegar a hacer con ellas. ¿Y si las veía su madre? ¿Y si las veía su abuela? ¿Y si las veía todo el mundo?

Ya se había corrido la voz por el pueblo de que a Lucía le gustaba andar sola por las orillas del lago y por el monte. Cualquiera que viera esas fotos, aunque se notase que estaban retocadas, creería que lo que en realidad hacía por los caminos era enrollarse con chicos. Y ella no podría defenderse porque ¿quién se iba a creer la verdad? ¿Cómo les iba a explicar que no estaba teniendo citas a escondidas con Rubén, sino con otro chico al que nadie podía ver?

Le daba vergüenza contarle a Darío por qué estaba tan enfadada y con tantas ganas de venganza. Pero se le había ocurrido un plan para darles un escarmiento a sus supuestas amigas y le estaba rogando su colaboración, algo a lo que él no paraba de negarse.

—Pero ¿no te das cuenta de que eso es ridículo? —repetía Darío.

—¡Que no! A ver, desde tu punto de vista, vale, puede parecer ridículo. Pero a ti solo te voy a ver yo. El resto pensará que tengo poderes y puedo usarlos para hacerles daño. Se asustarán y me dejarán en paz.

—Pero ¿por qué no se lo cuentas a tu madre, para que hable con las suyas y que lo solucionen como se solucionan estas cosas?

—¿Eso crees? ¿Que *estas cosas*…? —Estaba muy crispada, así que puso un especial énfasis al pronunciar las palabras que él acababa de utilizar para referirse al acoso— ¿… que estas cosas se solucionan con la buena voluntad de los adultos? ¡Ja! Cómo se nota que a ti no te ha

pasado nunca algo así.

—Pues claro que se han reído de mí. Es lo normal. Estamos en edad de ser gilipollas y nos metemos todos con todos, pero si tú consideras que contigo se han pasado, deberías contárselo a un adulto.

—Algunos adultos de este pueblo también creen que es divertido hacer comentarios ingeniosos sobre mi cuerpo, ¿crees que me iban a ayudar?

—¿Se ríen de ti porque estás gorda? ¡Bah! ¡Qué chorrada! Pero si no estás gorda. Pasa de ellas, de verdad. Si entras al trapo será peor. Si yo fuera tú y me llamaran gordo…, ¡con más ganas me vestiría con la ropa tan chula que llevas! Para que me vieran lucirme con todo mi estilazo. Seguro que lo hacen por envidia.

—No entiendes nada… —lamentó Lucía. Y a la vez flipaba porque Darío acababa de decir que le gustaba su ropa. Nunca creyó que él se fijase en eso.

—Que sí lo entiendo y sé que da mala leche estar en la diana de las bromas. Pero se les pasará, la semana que viene estarán con otra cosa. Te lo digo yo.

—Que no, ¡que llevan así varios años! Desde el primer verano que nos dejaron ir solas a bañarnos. Yo no quería ir, pero porque no me gusta el lago. Me gusta la playa de Gijón, me gusta el mar. Pero el lago no me gusta nada, y el agua está muy fría. Total, que no fui con ellas. Entonces se creyeron que no iba porque tenía complejo por mi cuerpo, o algo así. Y desde entonces no han parado de meterse conmigo.

—Pues eso, unas gilipollas integrales.

—Pues sí, por eso tengo que hacer algo. Llevo tres veranos ignorándolas y no ha servido de nada.

—¡Está bien! Haz algo. Pero no la chorrada de los poderes.

—No es ninguna chorrada. Es demostrarles que si se meten conmigo habrá consecuencias.

—Ya, pero para salir tú bien parada a mí me vas a usar como a un mono de feria.

—¡Oye! Yo no te estoy usando para nada. Te estoy pidiendo un favor. Cuando tú me has pedido favores he estado ahí, siempre. Nunca

he cuestionado si tus ideas eran una chorrada, he hecho lo que me has pedido y he estado a tu lado. Así que no me vengas con esas.

Darío se tuvo que callar. ¡Resulta que Lucía tenía razón! Pero claro, a Darío siempre le habían venido las cosas de cara en la vida. A excepción de lo de su temprano fallecimiento, por supuesto. Así que estaba bastante acostumbrado a que todo el mundo le hiciera favores y le agradeciera su colaboración sin esperar nada a cambio.

—Vale. Pero hay que darle una vuelta a tu plan. O sea, piénsalo. Si lo que tú pretendes sale mínimamente mal, el ridículo lo harás tú.

—¿Por qué?

—A ver, tú lo que quieres es hacerles creer que tienes poderes, que puedes mover cosas con la mente y así, ¿no? Eso en sí ya es bastante cutre. Aunque si nos lo curramos, sí, puede acojonar. Pero si algo falla, en vez de superpoderosa vas a quedar de superloca. Creo que tu idea suena genial en tu mente, pero en la práctica…

—¿Y qué propones?

—No sé. Déjame pensar… ¿Tú quieres hacerles pasar un mal rato?

—Sí, quiero que me tengan miedo para que me dejen en paz.

—No, no. Eso no funciona así. Si quieres que dejen de meterse contigo no hay que darles un susto, tienes que parecerles una tía chula. Tienes que cambiar lo que ellos piensan de ti. Se están riendo de ti porque se creen mejores que tú, así que demuéstrales que eres mejor que ellas. Más valiente, más justa, más buena gente. No más poderosa.

—¿Qué quieres decir?

—Te juro que no me apetece nada formar parte de esto —insistió Darío mirándola fijamente a los ojos mientras mostraba una sonrisa—. Pero llevas razón, tú me ayudaste desinteresadamente y sin conocerme de nada. Te lo debo. Voy a ser tu fantasma.

—¡Bien! —exclamó Lucía con entusiasmo—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Vamos a hacer un show paranormal.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Pues no sé. ¿Hay alguna casa abandonada por aquí que ya tenga fama de dar mal rollo?

—Mmmmm… No lo sé.

—Todos los pueblos tienen una casa abandonada.

—Aquí hay un pueblo entero abandonado. Este no es como los demás.

—Cierto, lo siento. Aún me estoy acostumbrando a la historia de este sitio. Es que es demasiado fuerte. Pues entonces es mejor no hacerlo en el pueblo. Además, nos podrían ver los otros. Y yo paso de que nadie me vea.

Lucía buscaba mentalmente el lugar perfecto.

—¿Y en los alrededores del lago? ¿Algún sitio que podamos llegar a pie? —preguntó Darío.

—¡Sí! Hay un monasterio, ¡y un antiguo hotel balneario abandonado! Y está más cerca, justo después la playa. Como a media hora caminando. Al monasterio es mucho más difícil llegar.

—El hotel entonces. Bien, pues ahora solo tienes que avisarlas de que has visto algo muy fuerte y quieres enseñárselo. Que no se te note desesperada, ¿eh? Hazte la interesante.

Vero había sido su mejor amiga del pueblo desde que eran pequeñas. Lucía buscó su nombre en sus chats de WhatsApp con la esperanza de que los buenos ratos que pasaron de niñas significasen algo para ella y escuchase, sin mofarse a la primera de cambio, su mensaje.

La misma tarde que fue con Darío a visitar el balneario abandonado y a comprobar que era el sitio perfecto para su venganza paranormal le envió un audio a Vero. En él le contaba, sin dar muchos detalles, pero dejando claro que era una cosa seria, que le había pasado algo muy raro.

Vero lo escuchó enseguida, aunque tardó varias horas en responder. Lucía se temió lo peor. Se dio cuenta de que, por la hora, el audio habría pillado a todas las chicas reunidas en el bar del pueblo y seguramente lo habrían escuchado juntas y se habrían estado riendo de ella hasta la noche.

Y no se equivocaba. Vero y el resto reprodujeron varias veces el audio y estuvieron un buen rato debatiendo sobre si debían creerla o no. Su amiga de la infancia la defendió esta vez, le había tocado la fibra el momento en el que Lucía decía: «Te lo cuento a ti porque no

tengo a nadie más aquí y sé que eres la única que me creería de verdad».

Lucía conocía muy bien la pasión de Vero por las historias de fantasmas. Su película favorita siempre había sido *El sexto sentido*, y cuando la llevaron a Disneyland París se pasó todo el verano hablando de lo mucho que molaban los efectos visuales de la casa encantada del parque. Sabía que Vero picaría.

Vero quería picar. En el fondo, se sentía culpable. Se estaban pasando con Lucía. Secretamente admiraba a su amiga de la infancia, ya que parecía llevar con mucha entereza aquella situación. Vero pensaba que, si se lo hicieran a ella, se moriría. Por eso no tenía valor para enfrentarse al resto del grupo y pedirles que la dejaran en paz, que Lucía no les había hecho nada.

Así que ese mensaje fue la oportunidad perfecta para remar a favor de su amiga delante de los demás. Los convenció de que si Lucía había enviado ese mensaje con lo que le habían hecho era porque tenía que haber ocurrido algo grave.

Después de cenar le escribió:

¿Cómo estás?

Tu audio me ha dejado un poco preocupada

¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? Estos también lo han escuchado y han flipado. Jorge hasta se acojonó un poco. Pero Rubén enseguida sacó la cara por ti. Creo que se siente un poco mal por lo que te hicieron las otras. En cuanto él dijo que quería acompañarte para ver qué está pasando en ese hotel el resto se unió. Cuéntame qué te pasó, pero dime también si estás bien

—¡Funcionó! —le dijo tan contenta Lucía a Darío a la mañana siguiente, nada más encontrarse.

—Qué fácil, ¿no?

—Quieren venir conmigo al balneario abandonado.

—¡Genial! Pues vamos a prepararlo todo.

Lucía citó al grupo a las seis de la tarde en la iglesia para ir caminando hasta el hotel. Le costó contener la sonrisa cuando aparecieron todos. No se alegraba de verlos, evidentemente, solo estaba muy contenta de que su plan hubiera salido bien.

En cuanto llegó, Vero le preguntó si estaba bien. Lucía le dijo que no del todo. Rubén le pidió que les explicase con pelos y señales lo que le había ocurrido, así que les amenizó el trayecto hasta el balneario con este relato que se inventó sobre la marcha:

—Habréis notado que este verano estoy más… distante. Se podría decir que estoy más conectada con la naturaleza —comenzó Lucía.

Las dos chicas que se habían quedado más apartadas se miraron entre ellas y se rieron al unísono. Estaba claro, ellas eran las grandes mentes detrás de su campaña de acoso. Las dos pijas de Salamanca.

—La verdad es que prefiero estar sola que mal acompañada —continuó mientras miraba a las salmantinas, sin ningún disimulo—. Pues ayer estaba dando un paseo y, al llegar allí y ver esa casona tan impresionante, me apeteció entrar. Me lo pensé un rato porque, como estaba sola, si me pasaba algo… Pero terminé entrando. Di una vuelta por la planta baja y de repente escuché cómo el techo empezaba a crujir. Pero no en plan pasos, algo más fuerte. Por un momento creí que se me caía encima, no sé. Me quedé paralizada. Y entonces sentí una corriente fría. Las ventanas están tapiadas, pero algunas están rotas, así que tiene sentido que haya corriente, aunque tan fría, en verano… Pero bueno, no quise darle más vueltas y me dije: «Me largo de aquí». No me estaba gustando nada la sensación. Y no di ni dos pasos cuando me pareció ver a alguien correr de una habitación a otra, atravesando el pasillo. Pero corría de una forma…, no sé cómo explicaros. No parecía un humano. Corría como un dibujo animado, como si no le pesase el cuerpo, demasiado deprisa. Fue tan real que me salió preguntar: «¡Hola! ¿Hay alguien ahí?». Me arrepentí en

cuanto me escuché a mí misma. Si realmente había alguien allí no quería conocerlo. ¿Por qué hice eso? Yo que sé, es que estaba muy asustada.

—Tía, qué mal rollo —la interrumpió Vero, que estaba totalmente dentro de la historia.

—Muy mal rollo, se podía palpar en el ambiente. Muy raro, os lo prometo. Tenía que haber salido de allí por patas, pero es que algo dentro de mí me empujaba a ir al fondo del pasillo. Necesitaba asegurarme de que allí no había nadie y todo había sido una mala jugada de mi cabeza.

—¡No! En las pelis eso es exactamente lo que hace el personaje que está a punto de morir.

—Ya lo sé, Rubén, pero es que esto no es una peli. Esto que os estoy contando me pasó ayer allí mismo.

—Sí, perdona, tranqui. Sigue contando —pidió Rubén.

—Estaba muy alterada, tenía el corazón a mil. Empecé a mirar a todos los lados y todo me resultaba raro. Ahí fue cuando cambió la luz, como cuando una nube cubre el sol. Sería una nube, seguro, pero yo ya… como que perdí los nervios. Ahí dentro, sola, y encima se pone oscuro. Entonces escuché un ruido, algo de metal cayéndose al suelo. El estruendo duró varios segundos, me dio tiempo a identificar que era un sonido metálico, como una bandeja.

—O sea, que sí que había alguien ahí —preguntó una de las pijas.

—A ver, es verano, hay turistas. Igual que te metiste tú se podría haber metido cualquier otra persona o animal —comentó Rubén.

—¡Claro! Pero la cosa es que no había nadie—recondujo Lucía—. Llegué hasta el final del pasillo y eché un vistazo a las dos habitaciones. La de la izquierda estaba a oscuras porque las ventanas estaban cerradas, pero en la otra había luz de sobra para ver que allí no había ningún ser vivo ni ningún objeto metálico en el suelo.

—¿Y te fuiste? —preguntó, inquieta, Vero.

—Me iba a ir, por supuesto. Pero al darme la vuelta para salir es cuando ocurrió. Vi aparecer una luz roja en la habitación que estaba oscuras. La vi clarísimamente. No estaba allí diez segundos antes. Una luz roja, tenue, como flotando al fondo de la habitación. Después

apareció otra, y juntas parecían unos ojos. Como un demonio. Muy chungo. Ahí ya dije: «Vámonos», y eché a andar por el pasillo hacia la salida. Di un par de pasos y me caí. Algo o alguien me empujó. Sentí el golpe en la espalda. Tirada en el suelo, bocabajo, creía que me iban a volver a agarrar y me puse a gritar. Grité muy fuerte un rato y cerré los ojos esperando a que pasara lo que tuviera que pasar.

—¿Y qué pasó?

—Volvió la claridad, como si la nube de delante del sol se hubiera ido. Me levanté, salí y no paré de correr hasta que llegué al pueblo. Nada más llegar a casa le mandé el audio a Vero.

—No sé, chica. A mí me parece que no te pasó nada —soltó la otra de las pijas —. Tú misma has dicho que antes de entrar empezaste a pensar que no sería seguro, que si te pasaba algo… Ya ibas con esa idea en la cabeza. Nos estás haciendo ir para nada.

—Si crees que vienes para nada, ¡no vengas! —saltó Rubén.

—Quizá tengas razón —continuó Lucía—. A lo mejor me lo imaginé todo. No sé cómo explicarlo, pero mi instinto me decía que allí había alguien más. Yo sentía que no estaba sola.

—Me estoy acojonando mucho —comentó Vero.

—A ver, quien no quiera entrar que no lo haga. No os voy a obligar —dijo Lucía, totalmente metida en su papel—. Yo no os pedí que vinierais. Yo se lo conté solo a Vero, pero ahora que estáis aquí, la verdad es que me quedo más tranquila si comprobamos juntos que no pasa nada. Y como no va a pasar nada, pues se acabó. Paso página y otra cosa más para la lista de malos recuerdos de este verano.

En estas llegaron al edificio. Lucía les indicó por dónde había entrado la tarde anterior, una puerta a la que se accedía por la parte de atrás. Antes de cruzarla miró al grupo y vio sus caras asustadas. No se lo pensó más para que ninguno se arrepintiera y cruzó la puerta. Se dirigió hacia la sala de la derecha. Todos la siguieron, agolpados detrás de ella.

—Yo estaba aquí, mirando a través de esta ventana, que se ve el lago.

Una de las pijas hizo una foto con su móvil.

—Cuando ya quise irme fui hacia esta puerta que da al pasillo y allí,

al fondo, es donde vi la sombra. Allí están las habitaciones.

—Voy a grabarlo todo —informó la chica del móvil.

Lucía reanudó la marcha y caminó por el pasillo con cautela. Ni siquiera ella sabía dónde iba a empezar el show de Darío, así que no tuvo que fingir los nervios.

De pronto se oyó algo. A Jorge se le escapó un grito y se tapó la boca instintivamente. Lucía se giró y vio la cara desencajada del hermano de Rubén.

—¿Vamos? —preguntó Lucía.

Nadie respondió. Continuó avanzando y el resto no se despegó de ella.

Darío no sabía hacer muchas cosas. No sabía aparecerse, ni hacer juegos de luces, ni, por supuesto, poner los ojos en rojo. Desconocía también lo que Lucía les había contado De modo que decidió lanzar piedras y mover objetos, eso sí se le daba bien.

Había estado recolectando pedruscos de todos los tamaños y había colocado en varios puntos estratégicos los objetos que había encontrado dentro del propio balneario. Había creado una coreografía para sembrar un poco el caos. Y ese baile comenzaba con la caída de una lata de cerveza vieja. Nada violento, solo dejarla caer de una balda, como lo haría un gato. ¡Clin!

La lata cayó al suelo.

Incluso Lucía gritó esta vez. Se paró en seco durante dos segundos y reanudó la marcha asegurándose de que todos entraban en la habitación más oscura. Allí ya pasó de todo: ruidos, golpes, contraventanas que intentaban abrirse, pedradas por la espalda, pasos que parecían rodear al grupo… Lucía estaba tan confundida como el resto y no podía centrarse en otra cosa que no fuera protegerse. Ni se fijó en si Darío parecía ridículo o no.

El pánico cundió y todos echaron a correr. Lucía los siguió por inercia. Una vez fuera, la miraban incrédulos. Unos gritaban: «¡Qué ha sido eso!», y otros no eran capaces de decir nada. Rubén ordenó: «Vámonos de aquí», y nadie rechistó. Echaron a andar, pero enseguida Lucía se percató de que Vero no estaba con ellos.

—¡No jodas! ¿La habrá atrapado esa cosa? —exclamó Rubén.

—¡Mi móvil! ¡Se me cayó el móvil ahí dentro!

Las pijas empezaron a hacer unos ruiditos muy agudos. Se suponía que estaban llorando, pero parecían imitar a un hámster enfadado.

—Yo volveré a por ella.

—¡No! —exclamaron varias personas al unísono.

—Tranquilos. Volved al pueblo.

—Lucía, no puedes entrar ahí sola —dijo Rubén.

—Volved al pueblo —repitió con firmeza—y no le digáis nada a nadie.

Encontró el móvil en el pasillo y a Vero en la habitación del fondo, a la derecha. Allí estaba también Darío. ¿Lo habría visto?

—¡Vero!

—Yo también lo noto, Lucía. Yo también siento que aquí hay alguien más.

—Nos tenemos que ir.

—No te preocupes, no creo que sea malo. Siento la energía de una persona asustada, pero no maligna.

—Vámonos, tía. Estos ya se han ido al pueblo. Han salido de aquí llorando.

—Ha sido muy jevi.

—Ya te lo dije.

—Pero justo cuando tú has salido ha parado.

—¿Qué?

—No sé, creo que…

¡Venga ya! ¿Cómo la iban a pillar? ¡Había salido perfecto! ¿Por qué sospecharía Vero de ella?

—Creo que lo has provocado tú —sentenció.

—¿Cómo?

—Que la presencia que hay aquí solo reacciona cuando estás tú aquí presente.

Lucía miró a Darío, que le soltó un puñetazo a la pared. Lucía dio un respingo. Vero ni se inmutó.

—¿Ves?

—¿Qué dices, tía?

—Has provocado un poltergeist.

Darío empezó a golpear la pared como si fuera un niño pequeño con una buena rabieta.

—Hay que salir de aquí —ordenó Lucía.

—Espera. En cuanto has vuelto ha comenzado otra vez. Eres tú. Eres tú quién está asustada. Has conectado con la energía de este hotel, y esto lo estás provocando tú.

—¡Yo no estoy haciendo nada!

—Lo sé, lo sé. No lo haces a propósito. Yo sabía que no estabas bien. Tu madre le contó a la mía que te había ido mal este curso, lo de tu abuela, y las pesadas esas que la tienen tomada contigo. Lo siento mucho, Luci, de verdad. Siento que todo haya acabado así. Yo debería haber estado ahí para ti.

Vero intentó darle un abrazo, pero Lucía se apartó. Fíjate que no pensaba ella sacar el tema, pero ya que había sido Vero quien lo mencionaba…

—Sí. Deberías haber estado ahí porque eras mi amiga. Lo que hagan o digan las otras me da exactamente igual porque no son mis amigas. Solo son unas niñas mimadas idiotas, ¿pero tú? Ni me has mandado un mensaje. Si no te escribo yo para contarte esto, ¿tú no me habrías hablado en todo el verano?

Darío movió una botella. Lucía le lanzó una mirada fulminante con la intención de que parase, pero él la tiró e hizo el gesto de aplaudir para animarla a que continuase.

—Venga, vámonos —dijo Vero, abrumada.

—Eres una cobarde, igual que las otras. Les dije que te habías quedado atrás y les dio exactamente igual. Solo se preocuparon por el móvil. Por cierto, lo encontré. Devuélveselo a tu amiga cuando la veas.

Lucía le tendió el móvil a Vero. Esta lo cogió y lo estrelló contra el suelo.

—Seguro que tenía más montajes tuyos.

—Pues me da igual. ¡Que haga todos los que le apetezca!

Hizo una pausa dramática esperando que Darío moviese otra cosa, y el chico intentó abrir una de las ventanas de golpe, pero no pudo. Era demasiada pesada. Solo consiguió menearla un poco, de forma casi

imperceptible.

—No tengo ni idea de si todo esto lo he provocado yo o no, lo que sí sé es que ya no me da miedo. Ni el balneario ni ellas. Diles de mi parte que como si quieren empapelar el pueblo entero con mi cara. ¡Ah! Y dile a Rubén que me deje en paz.

—Rubén no ha hecho nada.

—Rubén ha hecho lo mismo que el resto: quedarse callado viendo cómo me acosaban.

Vero recogió el móvil del suelo y se fue.

Lucía miró a Darío. Este había levantado los brazos y los movía con energía en señal de triunfo, como un futbolista que acaba de marcar un gol.

—¡Lo has hecho genial! —le dijo.

—Sí, supongo. —Lucía no se sentía tan triunfante—. Tú también.

—Ven aquí —le indicó Darío mientras extendía sus brazos hacia ella para abrazarla.

Lucía se dejó abrazar porque lo necesitaba. Lo estaban disfrutando tanto que ninguno de los dos se paró a pensar en que era la primera vez que sus cuerpos entraban en contacto.

No me gustaría ser yo quien estropease esta preciosa escena, pero que Darío pudiera tocar a una persona de carne y hueso solo significaba una cosa, y no era buena: se alejaba de su camino, se aferraba a la vida por no ser capaz de aceptar su condición.

El abrazo duró hasta que Lucía comenzó a notar frío. Entonces dio un respingo, se separó y miró a Darío muy extrañada.

—¡He sentido tu cuerpo! ¡Puedes abrazarme!

21

Vacaciones

Darío se había acostumbrado a pasar el tiempo con Lucía. Había estado tan a gusto últimamente que se había olvidado de sí mismo. Ya sabes, de que estaba muerto, que se había quedado atrapado en un pueblo que no era el suyo y que no había vuelto a ver a su familia. A Darío le había pasado lo que a todos los adolescentes: cuando conocen a alguien nuevo solo se acuerdan de su casa para comer y dormir. Pero como él no necesitaba hacer ninguna de esas dos cosas, pues…

Y en cuanto su novedad se fue de vacaciones a Portugal Darío se encontró en el mismo punto en el que estaba antes de conocer a Lucía: desorientado, asustado, sintiéndose más solo que nunca y sentado en la roca de siempre a la orilla del lago.

Le estaba dando vueltas al concepto de familia. Se suponía que la familia era lo más importante, que pase lo que pase estaría ahí, ¿no? Que la familia te entiende, te apoya, te sostiene si caes… Pero Darío no lo veía tan claro. ¿Qué hay de la familia elegida, entonces? ¿Tenía que conformarse con la que le tocó o tenía derecho a rodearse únicamente de aquellas personas con quien se sentía mejor, sin tener remordimientos por dejar de lado a los de su sangre? En el fondo no tenía ni idea, lo único que sabía es que las familias no son tan perfectas como parecen.

Enfrascado en sus pensamientos, Darío decidió que sería buena idea hacer un repaso de los pros y los contras de volver con la suya. Los contras: tener que aguantar a sus padres. ¡No quería ni imaginarse con qué chapa podrían sorprenderlo! A lo mejor su madre ya se había convertido en la líder espiritual de una secta para no muertos porque menudo nivel se gastó la última vez que hablaron. Y su padre… ¿se

habría transformado ya en un pájaro y viviría en un nido? No le parecía tan raro.

¿Y su hermana? ¡A saber! Contenta tenía que estar, eso sin duda. Se pasó toda la vida gritando que quería morirse cada vez que surgía el más mínimo inconveniente, como que el restaurante se olvidase de incluir el wasabi en el pedido de sushi a domicilio. Esa niña nunca estaba a gusto, pensaba Darío, así que no habría dejado de protestar ni muerta.

Se le olvidó repasar los pros, a pesar de que uno estaba demasiado claro: si se acercaba a comprobar cómo estaba su familia, dejaría de darle tantas vueltas a cómo estarían. Y, lo más importante, dejaría de imaginar escenarios espeluznantes en los que siempre ocurría su peor pesadilla: a todo el mundo le iba bien menos a él.

¿Cómo podían seguir todos como si nada cuando él estaba muerto? ¿Por qué a nadie le importaba una mierda que él hubiera sufrido un terrible accidente? ¿Por qué Lucía hacía su vida sin darse cuenta de que él había perdido la suya? ¿Por qué la abuela de Lucía no se había preocupado ni un poquito por él, que acababa de morir y estaba muy confundido, cuando se suponía que esa señora era tan sabia? ¿Y por qué a sus padres les daba exactamente igual dónde estuviera su hijo? ¿Por qué tenía que ir él a verlos? ¿Por qué ellos no se habían preocupado de salir a buscarlo para comprobar si estaba bien?

Así se sentía Darío: el ombligo del mundo.

Menos mal que, una de aquellas tardes, nuestro ombligo favorito consideró que le vendría bien darse un paseo. No había cruzado ni dos calles del pueblo viejo cuando se encontró a su hermana Emi. ¡Rodeada de gente! Eso sí que era una novedad.

—¡Hey! —saludó Darío.

—Hola. —respondió Emi, cortante, y siguió hablando con los demás ignorándolo a propósito.

—¿Podemos hablar un momento? —Darío volvió a intentarlo.

—No, ahora estoy ocupada con mis amigos.

Darío recorrió con la mirada las caras de los amigos de su hermana, que también le observaban a él.

—¿Puedo unirme a vosotros? —insistió.

—¡No! —le dijo su hermana.

—¿Este es tu hermano? ¿El que quería resucitar?

Una niña lo preguntó entre risas. El resto también se rio, aunque no en plan desconsiderado, sino por la gracia que les hacía la loca idea de que alguien creyera, de verdad, que eso era posible.

Darío torció un poco el morro, pero no dijo nada.

—Mamá y papá han preguntado por ti. ¿Por qué no vas a casa y les cuentas que ya no quieres resucitar, que ahora quieres ser un poltergeist?

¡Uh! Aquello fue un golpe bajo. ¿Cómo se había enterado su hermana?

—Cuidado con esas cosas —intervino el chico que estaba sentado junto a Emi. —Aquí estamos muy tranquilos. A nosotros no nos gusta llamar la atención.

Aquellas palabras sonaron como una amenaza en la cabeza de Darío. Intimidado, pensó que, efectivamente, lo mejor sería largarse y hacer una visita a sus padres.

¡Bueno, bueno! Cuando llegó al chalet no podía creerse lo que estaba viendo. El jardín ya no parecía el mismo. Su madre se había tomado muy en serio lo de dedicar este tiempo extra a hacer lo que realmente quiso hacer con su vida y había conseguido transformar completamente el espacio. Ahora era agradable, bonito, incluso, pero con un toquecito muy inquietante.

Los árboles habían sido podados con formas geométricas, en los setos del fondo se habían abierto cavidades para albergar algunas esculturas verticales hechas con piedras. Se habían formado varios caminos que confluían en una glorieta que cercaba la obra más impresionante que Darío hubiera visto jamás. Tampoco sabría yo describírtela. Sin duda alguna se trataba de una escultura muy contemporánea, de ahí lo de ser indescriptible. Estaba hecha con materiales metálicos desgastados que combinaban colores verdes y marrones. Formaban una estructura móvil que giraba con el viento y emitía también un leve chirrido que reclamaba la atención de cualquiera que estuviera cerca.

Darío se quedó embobado mirándola mientras asimilaba que aquella

proeza técnica y artística había salido de las manos de, ni más ni menos, Aurora Alcalá, su madre.

La escultura comenzó a moverse y a gemir y, de repente, le pareció que la silueta imitaba la forma de una madre con un niño en brazos.

—Has venido.

Por un momento creyó que la voz de su madre salía de esa escultura.

—¡Mamá! —gritó Darío, sorprendido al verla a su lado. Se le olvidó que ellos no hacían ruido al desplazarse de un sitio a otro.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y todo esto?

—Tú padre y yo hemos estado trabajando juntos.

—Está chulo.

—Es increíble lo que puedes llegar a hacer cuando no tienes preocupaciones, ¿verdad? Y no sabía que tu padre tenía tan buenas ideas sobre diseño de jardines para atraer y conservar biodiversidad. Es como si hubiera nacido para esto. Está por allí, vete a saludarlo.

—Eh, sí. Voy.

Darío nunca se había considerado un extraño en su propia familia. Pero cuando se encontró a su padre construyendo un nido con sus propias manos (al menos no era para él), con la misma delicadeza de quien cambia la ropa de un bebé, se sintió como si no tuviera nada que ver con esas personas a las que se suponía que tenía que llamar padres.

—¡Hijo! —exclamó Roberto, con ilusión, en cuanto lo vio.

—Hey, ¿qué haces?

—Aquí ando, entretenido. ¿Me echas una mano con las plumas? Hay que rellenar cada nido con una capa acolchadita.

—¿Te corre mucha prisa o qué?

—Claro, así estarán listos cuanto antes. Algunos pajarillos ya han anidado en el jardín.

—¿Y Emi? ¿También ha colaborado en la trasformación?

—No, tu hermana tampoco viene mucho últimamente.

—¿Y estáis tan tranquilos?

—¡Claro! ¿Por qué nos íbamos a preocupar?

—Este es el lugar más tranquilo del mundo. —Aurora se unió a la conversación—. Además, ¿qué os podría pasar? ¿Que os murieseis? ¡Jajaja!

Su padre también se echó a reír con la ocurrencia.

Darío no daba crédito. Definitivamente aquellas dos personas no eran sus padres. ¿Y si habían sido poseídas? ¿Puede un espíritu poseer a otro? ¿Y si estaban siendo controlados por otra persona, como un muñeco vudú? ¡O como esas arañas zombi que siguen moviéndose tras ser infectadas por un hongo! Cualquier explicación se le antojaba más realista que la que parecía más obvia: sus padres se pasaban el día colocados. Pero ¿de dónde sacaban la droga? ¿Vendría de una de las plantas del jardín?

—Acércame ese montón de plumas de ahí, por favor, Darío.

Aurora besó a su marido y continuó su camino hacia los setos del fondo. El chico cogió el montón de plumas y se lo entregó a su padre.

—¿Y tú en qué andas?

—¿De qué?

—No sé, hijo. ¿A qué estás dedicando tu tiempo aquí?

—Ya sabes, a averiguar cómo irme.

—Eso está genial, Darío. Todos tenemos que encontrar nuestro sitio.

—El vuestro es este, ¿no?

—La verdad es que no se está mal aquí. Pero para mí no es el jardín, sino tu madre —dijo Roberto con una amplia sonrisa—. Tu madre es realmente mi sitio.

¡Qué mala suerte! Darío quería reprocharle a su padre que le prometió sacarlo de allí y luego pasó de él, pero… ¡Roberto estaba mejor que nunca! Tenía que reconocerlo, le gustaba verlo así, tan sonriente. Aún recordaba los peores meses de su padre, cuando se convirtió en un fantasma de sí mismo.

¿Cuántas veces deseó Darío que su padre volviera a ser el de siempre? Y aunque el Roberto que tenía delante no tenía nada que ver con el padre perfecto que él necesitaba, tampoco podía negar que era la versión más feliz que había visto nunca.

—Es fascinante estar a su lado y verla en pleno proceso creativo. ¡Mira! —Le indicó la entrada—. Acaba de llegar tu hermana.

Darío se giró al instante y vio a Emi cruzar el portón en dirección a la casa. Fue tras ella con paso decidido.

—¡Eh! —le gritó.

—¡Qué! —devolvió el grito Emi.

—¿A ti te parece normal? —preguntó señalando el jardín.

—¿El qué? ¿Tener un hermano como tú? No, no me parece muy normal. Hubiera preferido ser hija única. Pero es lo que hay.

—Te estoy hablando en serio.

—Y yo también. Las hijas únicas no tienen que preocuparse cuando el gilipollas de su hermano se pone a jugar a las casas encantadas y hace correr la voz por toda la zona de que hay un poltergeist en un hotel abandonado. ¡Y encima en verano!

—¿Qué tiene que ver que sea verano?

—Que la gente se aburre y le da por hablar más y alimentar los rumores. ¿De verdad te pareció buena idea volver a poner a los de por aquí en el foco de atención?

—¿Por qué dices eso?

Emi lo miró de arriba abajo antes de responder:

—No, no me pareces normal. Me pareces subnormal. ¿Algo más?

—Sí, ¿me puedes explicar de qué va todo esto?

—De que tienes que dejar de andar por ahí, recorriendo el lago, metiéndote en las casas de los vivos, jugando a *Cuarto milenio*. ¿Me puedes explicar tú a mí de qué vas?

—Pues sí, por eso quería hablar contigo antes.

—A ver, habla.

—Quiero pedirte perdón.

—¿Qué?

—Sí, quiero disculparme contigo.

—¿Por qué?

—No sé, supongo que después de lo que nos ha ocurrido he empezado a ver las cosas de otra manera. Siempre me he creído mejor que tú, no solo por ser el hermano mayor y tal. Nunca me he parado a pensar en cómo lo estarías pasando tú.

—Yo estoy bien, gracias. ¿Algo más?

—No me refiero a cómo estés ahora. Antes…, en el instituto… A

ver. Mucha gente se reía de ti. Yo lo sabía y nunca hice nada.

—Hombre, faltaría más que tuviera que venir mi hermano a defenderme para terminar de arruinarme la vida.

—No sé, solo quería decirte que me siento mal por no haberme posicionado. Al menos, en casa. Haberte preguntado cómo estabas y haberte recordado que lo que decían de ti no era cierto.

—¡Uy! ¡Pobrecito! Que le han entrado ahora los remordimientos de conciencia y necesita decirme que lo lamenta y darme un fuerte abrazo para volver a sentirse mejor. ¿Por qué estás triste, Darío? ¿Qué te hace verte como la mierda que eres?

Sabía de sobra que su hermana lo estaba provocando, pero esta vez él no iba a caer en la trampa. Así que le respondió con sinceridad:

—Me siento solo. Siento que lo he perdido todo. Y no sé qué es lo que debo hacer. Si tratar de recuperar lo que teníamos o… pasar y dedicarme a fumar lo mismo que fuman papá y mamá.

—Es que eso es estar muerto, hermanito. Perderlo todo.

—Pues es una mierda.

—Pues es la mierda que nos ha tocado.

—¿Tú qué piensas hacer?

—Nada. Lo mejor de estar muerta es que no tienes que pensar en hacer nada. Solo hay que dejarse llevar.

—¿De dónde te sacas eso?

—Me lo han contado. Los del pueblo saben de qué va esto. Y prefiero fiarme de ellos que de ti. Al menos ellos no se dedican a hacer tonterías.

—¿Y qué hacen?

—¡Nada! Es que no tenemos que hacer nada. Ese es el tema, que no te enteras.

—No lo entiendo. ¡Yo necesito hacer algo!

—Mira, no me rayes. Vente mañana conmigo y les terminas de demostrar a todos lo cortito que eres.

—¿Mañana? Vale. Oye, ¿qué haces por las noches?

—Estoy reescribiendo las diez temporadas de *The Office* poniendo a Dwight como mánager regional desde el principio y a Michael Scott como recepcionista de Dunder Mifflin.

—¿Y Pam?

—Pam es una aburrida, no sale en mi versión.

—¿Qué? Si es la mejor.

—Pues pa ti toda.

Aquella noche Darío estuvo pensando en Pam Beesley y en la historia de amor tan bonita que tenía con Jim. Hacían una pareja perfecta, siempre estaban ahí el uno para el otro y, a pesar de los imprevistos, siempre encontraban la forma de salir adelante juntos y más enamorados. Formaban un gran equipo. Se querían, pero lo importante era que se admiraban tanto… Creían el uno en el otro y se apoyaban, aunque eso a veces supusiera un sacrificio por alguna de las partes. A Darío le hubiera encantado llegar a tener una relación como esa. Si hubiera llegado a ser mayor.

Le dio vueltas toda la noche a su idea de pareja perfecta sin caer en la cuenta de que tenía una delante de sus narices. Porque sus padres estaban en ese mismo punto. Pero él ni se enteraba porque estaba empeñado en que los padres están obligados a solucionar los problemas de sus hijos y los suyos se habían lavado las manos después del accidente. Aunque lo del accidente no fuera culpa suya, claro. Pero le daba igual. Estuvo pensando en todo esto hasta que Emi vino a buscarlo para… nada. Ese iba a ser el plan del día: aprender a hacer nada.

—He traído a Darío. Prefiero tenerlo cerca para asegurarme de que no hace más el bobo. Estos son Alfredo, Federica, Manolín, Rosario, Rufina, Teo, Magdalena y Joaquina.

Por supuesto que Darío olvidó todos esos nombres un segundo después de ser pronunciados. Para compensar el despiste les ofreció su mejor sonrisa. Ninguno dijo nada, pero todos pensaron en lo mal que le quedaba el bigote, sobre todo cuando sonreía.

—Dice que se siente solo, así que creo que lo mejor para todos es que esté con nosotros una temporada.

—Non te preocupes —le dijo Rosario—. Todos sentímonos solos a lo primeiro.

—Hablan así —explicó Emi—porque antes aquí se hablaba así. Es sanabrés. Se entiende bien. Te acostumbrarás enseguida.

—Esther contónos que eres mui testarudo.

Si las miradas matasen, la que le lanzó Darío a su hermana no la habría matado porque ya estaba muerta, pero ya sabes a lo que me refiero.

—¿Esther? —preguntó Darío—. ¿Ahora te llamas Esther? ¡Qué interesante! Estoy deseando saber qué más os ha contado Esther.

—Claro que me llamo Esther, siempre me he llamado así, ¿es que no te acuerdas?

—Ahora que lo dices, casi lo había olvidado. Como nos rogaste tanto que te llamásemos Emilia…

—Es que antes odiaba mi nombre. ¡Tampoco es tan raro! ¿Acaso a vosotros os gusta el vuestro?

—Facía muito que nun lo pensaba. De rapaza nun me gustaba chamarme Rufina. Ni Fina. Chamábanme Finita y… sigue sin gustarme.

—A mí tampoco me gustaba Esther. Pero supongo que es el nombre que habrán puesto en mi tumba, así que prefiero ir acostumbrándome.

—¿Y vosotros de dónde salís? —quiso saber Darío. Se le había olvidado ya lo de no hacer nada, no pudo controlar sus ganas de sonsacar información.

—Nós somos de eiquí.

—¿Vivíais en este pueblo?

—Somos de este pueblo. Vivimos eiquí hasta que morimos eiquí. Outros tuvieron que marcharse. Bueno, lleváronselos. Algunos non pudieron regresar —le explicó Joaquina, que parecía la mayor de todos—, pero nosotros nun quisimos deixarlo.

El grupo de amigos de Emi, perdón, de Esther, estaba formado por los mozos del pueblo. Y sí, Joaquina parecía la mayor porque lo era. Murió a los dieciocho años. Darío flipó cuando se enteró, unos días después, de que Joaquina estaba embarazada cuando falleció. Esperaba a su primer hijo cuando se rompió la presa, y hablaba con naturalidad sobre ello, a pesar de que a Darío su historia le pareció terrible. Sin embargo, cuanto contaba que había visto morir a su hermana un año antes de la tragedia, durante su primer parto, aún se le entrecortaba la voz.

—¿Y tu hermana no está en el pueblo? ¿No os habéis reencontrado aquí? —le preguntó Darío la tarde en la que Joaquina compartió sus pocos recuerdos.

—No. Eiquí solo estamos los que morimos ahogados.

—Mmmm…, no. Nosotros morimos en un accidente de coche.

—Bueno, eso realmente no lo sabes —apuntó Esther.

—Sí, sí lo sé. He visto las noticias que se publicaron sobre nuestro accidente. Fue un choque frontal contra otro coche. ¡Y Fernando tampoco murió ahogado! ¿Lo conocéis? ¿A Fernando?

Ninguno caía en quién era Fernando. Le preguntaron por los apellidos o los nombres de sus familiares, pero Darío no los conocía. Solo sabía que era el abuelo de Lucía y les describió a un hombre adulto, tal y como él lo había conocido, sin darse cuenta de que cuando Joaquina y los demás perdieron la vida Fernando solo era un niño de diez años.

Los amigos de su hermana le cayeron muy bien. Al principio eran poco habladores, pero cuando vieron su interés por conocerlos, le contaron todo lo que sabían con mucho gusto. A pesar de haber sufrido experiencias horribles, no se molestaban por las incesantes preguntas. No como Emi, ¡perdón!, ¡Esther!, que terminó echándole la bronca por ir tan a saco.

Cuando Darío hacía una pregunta demasiado delicada, Esther era la primera que saltaba y le recordaba que no se pasara con las confianzas. Parecía que quería proteger a sus amigos, pero en el fondo, se estaba protegiendo a sí misma de unos relatos que la superaban. Ella ya conocía las circunstancias de sus muertes, tan injustas, tan terribles, tan tristes… Le incomodaba hablar de ellas.

Es comprensible. Los accidentes de coche son una tragedia, por supuesto, pero ocurren todos los días. Sin embargo, que una presa reviente debido a errores de los que se había avisado y se lleve a todo un pueblo por delante, eso era otra cosa. Esther no quería ni imaginarse cómo habría sido vivir aquello. Irte a la cama, quedarte dormida y despertarte con el agua helada arrasando con todo, sin tiempo para reaccionar ni para ayudar a nadie.

Además, que sus nuevos amigos hablaran de sus muertes con la

misma normalidad de quien te cuenta el argumento de una película que acaba de ver se le hacía rarísimo. De hecho, le parecía que estaban más apenados por los que sobrevivieron que por ellos mismos. Parecía dolerles mucho más las injusticias que se cometieron con sus familiares y vecinos que su propio asesinato. Porque esa era su firme convicción: los responsables de la construcción de la presa habían asesinado a los vecinos de aquel pueblo.

Al hablarles de Fernando, Darío se acordó de que era probable que Lucía ya hubiera vuelto de las vacaciones por Portugal. Como ella se marchó sin ponerle una alarma en el reloj, pensó que lo mejor sería acercarse hasta su casa por si acaso.

Se despidió de Esther y los demás con una excusa cutre. Había pasado tan solo unos días con ellos, pero le había quedado clara su postura en cuanto al contacto con los vivos. Todos estaban de acuerdo en que era mejor que cada uno hiciera lo suyo sin mezclarse ni interponerse en nada. Pero él tenía otra opinión. Sabía que Fernando y Eugenia habían continuado conviviendo tras la muerte de él, y no había pasado nada malo.

Llegó a la casa de Lucía y se puso a buscar alguna pista que le indicase si ella había regresado. El coche no estaba, pero eso tampoco era concluyente, ya que su madre iba a otros pueblos de la zona con frecuencia.

Cuando estaba más concentrado intentando mirar por una ventana abierta escuchó un ruido:

—¡Chst!

Se giró, pero no vio nada.

—¡Chico!

La voz provenía de dentro de la casa. Era Fernando.

—¿Qué faces?

—Hola…

—¡Entra!

Fernando se encontraba solo. Enseguida le informó del paradero de las demás: Lucía y su madre habían llegado la tarde anterior de su viaje por Portugal. Se lo habían pasado muy bien, pero llegaron cansadas. Trajeron unos dulces para dar las gracias a las vecinas por

haber estado pendientes de Eugenia. En ese momento no había nadie en casa porque su mujer tenía una consulta médica en La Puebla. No volverían hasta después de comer.

—¿Nunca sales de esta casa? —A Darío nunca se le acababan las preguntas.

—Non. Pero todo tiene la súa razón.

—¿Y cuál es?

—Non ye sencillo de explicar.

Va a resultar que Darío era un portento de la comprensión, porque entendió perfectamente lo que le explicó Fernando. Pero la conversación se vio interrumpida por la llegada de las mujeres. Cuando oyeron la llave abriendo la puerta de la entrada Fernando cortó en seco su relato.

—Non te muevas ni fagas nada.

A Lucía se le iluminó la cara cuando lo vio, aunque enseguida disimuló para que Maru no notase nada raro. Eugenia, al verlos juntos, exclamó un «¡Ay, Señor!» que pasó desapercibido como otra queja de señora mayor cualquiera. Maru fue directa a la nevera para colocar la carne que había comprado.

—Lucía, acompáñame a la frutería.

—¿Ahora? Es que tengo que hacer algo.

—Es un momento, que voy a coger melón y sandía, y es mucho peso para mí sola.

—Está bien. Pero vamos rápido.

En cuanto madre e hija salieron, Eugenia fue directamente a por Darío. Quería saber qué hacía allí. Él contestó que venía a buscar a Lucía, pero el gesto serio de la mujer le hizo entender que no se conformaba con esa respuesta.

—También he aprovechado para charlar con Fernando. He conocido a los del pueblo y me han contado algunas cosas que no me cuadran.

—Non todo tiene que saberse —respondió Eugenia, contundente—. Y tú eres un criqueiro.

—Sí —afirmó Darío sin tener ni idea que *criqueiro* significaba algo así como mosca cojonera—. Pero me pareció muy raro que no conocieran a Fernando. Quería asegurarme de que no me estaban

engañando.

El matrimonio se quedó en silencio. A Darío le daba en la nariz que ahí había gato encerrado. ¡Muy avispado este chico! Efectivamente, a Fernando no lo conocían en el pueblo porque hacía años que no salía de esa casa. Vamos, que el gato encerrado era él. Pero ¿por qué?

Eugenia no era una mujer que diera explicaciones de ningún tipo. Por suerte para Darío, a ella las visitas al médico le afectaban mucho al ánimo. Eran como un recordatorio de que su hora estaba cada vez más cerca, y ella temía que llegara su momento.

Qué irónico, ¿verdad? Eugenia era el enlace entre el más allá y el más acá en ese pueblo, era la que mejor conocía lo que ocurría tras la muerte, y aun así, no quería ni pensarlo cuando se trataba de su propio final. Y es que, precisamente porque sabía lo que venía después, tenía claro que nadie puede controlar la muerte, que nadie elige cómo ni dónde morirse. Eso era lo que la aterraba en realidad: la muerte no tiene reglas ni se apiada de nadie.

Había visto cómo a muchos vecinos les habían privado de morir en su casa. Lo mismo que le pasó a su querida Tomasa. Los ingresaban en fríos y lejanos hospitales y los dejaban morir allí, solos y desorientados, sin nadie que pudiera traerlos de vuelta.

Alguna vez había ayudado a algún lugareño a morir, a irse en paz. O, si por el contrario, el fallecido no se quería marchar, ella lo guiaba hacia el pueblo viejo para que se reencontrase con los suyos.

Con su marido, sin embargo, sucedió al revés. Él murió en el pueblo viejo y Eugenia se lo trajo sin querer, ya que en aquel momento aún no entendía plenamente su don. Fernando había estado a su lado, en aquella casa, durante décadas. Y ambos se habían prometido no abandonarla nunca. Si Eugenia no moría allí, fallaría a su promesa. Si la ingresaban en un hospital nadie podría ayudarla a volver.

—¿Por qué no le cuentas esto a Lucía? —propuso Darío—. Ella ya conoce tu situación y está aprendiendo a manejar la suya. Te podría ayudar cuando llegue tu momento.

El rapaz tenía razón, pensaba Eugenia. Pero ¿cómo le iba a imponer esa carga a su nieta? Nadie mejor que ella sabía de la responsabilidad que conllevaba hacerse cargo de los muertos de un lugar, el sacrificio

que suponía. Era demasiado.

Lucía, y también Maru, tenían otra vida lejos de allí con la que estaban conformes. Igual que ella tomó sus decisiones, decisiones que interfirieron en la relación con sus hijas, ahora no tenía derecho a exigirles nada. Pedirle a Lucía que se encargase de ella y de su camino de vuelta implicaba que se quedase en el pueblo. Algo imposible. La chica tenía sus estudios, y Maru, su trabajo.

Darío no se conformaba con los razonamientos de Eugenia y le respondía a todo con un «ya, pero», «ya, pero», «ya, pero». Hasta que agotó la paciencia de la señora.

—¡Calla ya! Tú eres un novato, non tienes que entrar nestos asuntos.

—Pues yo creo que tú eres muy testaruda y que la que no quiere entrar en buscar soluciones eres tú.

Darío había crecido a muchos kilómetros de allí, en otro ambiente y con otros valores, así que no imaginaba ni por asomo las consecuencias de llamar testaruda a una mujer tan mayor y tan respetada como Eugenia.

Ya te dije hace un momento que Eugenia no tenía buen día, que los médicos la alteraban mucho. Y aguantar a un hombre diciéndole lo que podía y no podía hacer, vale, pero ¿a dos? ¡De eso ni hablar!

Soltó un grito y le indicó a Darío la puerta de salida. Y aprovechó también para lanzarle una advertencia:

—Fillo, eres tan necio que ni pa darte cuenta de que no conoces de lo que hablas vales. Yo sé bien lo que quieres de la mi nieta. Vi a muchos como tú, aferraditos a la vida, aprovecharse de xente de buen corazón. Este no es tu lugar. Márchate d'eiquí. Y, más importante, dexa de hacerte el fantasma, que está tol pueblo cencerriando. ¿Oyístime? Como yo descubra que vuelves a llevar a Lucía a ningún sitio voy por ti. Te encuentro y nos las vemos cara a cara. Mira lo que voy a dicirte: non te permito que vuelvas a enriscar con la mi nieta.

Se oyó el coche. Maru y Lucía volvían de la tienda. La puerta se abrió.

—Mamá, ¿qué haces? —preguntó Maru al ver a Eugenia en medio del pasillo.

Aprovechando ese instante de confusión, Darío salió despavorido por la puerta.

—¡Voy al baño, filla, que to lo quieres saber!

—Vale, vale, no te enfades. Espera, que voy contigo. ¡Lucía! ¡Espera! ¡No te vayas! Coloca la compra mientras ayudo a tu abuela.

22

El final del verano

Después de la escenita, te imaginarás dónde acabó Darío, ¿verdad? Eso es, encerrado en su habitación. Su cabreo fue de los gordos. Tanto como para bajar persianas, cerrar puertas, soltar el reloj que le había regalado Lucía y disponerse a no volver a saber nada de nadie. Días y días pasó Darío en la más absoluta oscuridad, convencido de que no había salvación para él. Daba igual lo que hiciera, no importaban sus buenas intenciones, siempre le salía todo mal.

En los escasos momentos de lucidez que tuvo durante aquellas semanas, recordaba que Eugenia le había dicho que tenía que irse del pueblo porque aquel no era su sitio. Un comentario muy hiriente, pero también una información valiosa: se podía ir del pueblo. ¿Que igual acababa como un alma perdida si intentaba irse solo? ¡Sí! Pero llegados a ese punto… a Darío le daba exactamente igual.

¿Y Lucía? Prefería no pensar en ella. Al parecer le había contado a todo el mundo que la idea del balneario se le había ocurrido a él. ¡Mucho pedirle por favor y, oye, qué manera de escurrir el bulto después! Estaba claro que no podía confiar en nadie porque aquí cada uno se limitaba a actuar según sus propios intereses.

Como él, vaya. Pero Darío se sentía muchísimo más decepcionado que culpable. ¡Quería decirle tantas cosas a Lucía! A veces su cabeza entraba en bucle recreando una conversación imaginaria con ella en la que le reprochaba de todo: «¡Yo confiaba en ti! ¡Yo creía que te importaba! ¡Yo te quería!». También, por qué no. Cuando uno está tan dolido exagera lo que haga falta con tal de causar un impacto emocional en el otro.

Un día, cuando estaba completamente absorbido por otra discusión

con Lucía que solo estaba teniendo lugar en su pensamiento, le pareció escuchar su voz. De primeras tampoco le pareció tan raro, aún recordaba cómo pronunciaba Lucía algunas palabras, sus expresiones más típicas y el acento asturiano de su entonación. Lo que le extrañó es que la voz parecía alegre, y se supone que estaban teniendo una bronca enorme. Espera, espera. Es que estaba escuchando a Lucía reír. Lo escuchaba perfectamente. Y la risa no venía de su cabeza.

Subió con energía la persiana y lo que vio a través de su ventana le provocó de todo menos una carcajada. Lucía estaba allí, en el jardín de su casa. Que no era su casa, pero ya me entiendes. Cuando estás enfadado es TU casa y lo que haga falta. Allí estaba Lucía, en SU jardín, tan contenta. ¡Y hablando con SU madre!

Bajó inmediatamente.

—Ahí lo tienes, preciosa —le indicó Aurora a Lucía después de ofrecerle una extensa explicación no solicitada sobre el papel de la madre en la familia contemporánea, tema principal de la escultura central del jardín.

—¿Qué haces aquí?

Este chico, hay que ver. Ni un «hola», ni un «buenos días», nada.

—¡Darío! ¡Qué pálido estás! ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—¿Qué me ha pasado a mí?

—Hace semanas que no te encuentro. Estaba preocupada.

—Más preocupado estoy yo.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa ahora?

Uy, qué mal le sentó a Darío ese «ahora».

—Ahora no me pasa nada. Solo estoy haciendo lo que tu abuela me pidió que hiciera.

—¿Cómo?

—¿No te ha contado nada?

—Mmmm… No sé. ¿Qué debería haberme contado?

—Ah, que no te ha dicho nada. Es increíble la de secretos que encierra esa mujer. Verás, tu abuela me pidió muy amablemente que no te volviera a molestar jamás mientras me echaba de su casa. Así que eso he estado haciendo todo este tiempo: dejarte en paz. Al parecer estaba arruinándote la vida.

—Bah, no le hagas caso. Ella tiene mucho temperamento. Ha echado de su casa a todo el pueblo alguna vez. Eso es que ya te ha cogido confianza.

—A mí no me pareció muy confiada. Me dijo muy clarito que dejara de jugar a hacerme el fantasma. ¡Se había enterado de lo del balneario!

—Ya… es una movida eso. Estos se lo contaron a todo el pueblo, hubo bastante revuelo durante unos días, pero ya se les olvidó. Y a mí me dejaron en paz. Así que supongo que el plan funcionó, a pesar de todo.

—Pues me alegro por ti.

—¿Y tú? Tienes una pinta terrible. ¿Qué has estado haciendo?

—He empezado a salir con los del pueblo viejo. Y he estado liado con… cosas.

—Ah. Bueno. Yo… —titubeó Lucía—. Te he echado de menos. Qué pena que no hayamos podido pasar más tiempo juntos. Mañana nos volvemos a Gijón ya y…

—¿Ya? ¿Ya os vais? ¿Ya terminó el verano?

—Nos vamos dos semanas antes de lo previsto. Mi madre me ha apuntado a unas clases intensivas para aprobar la Lengua de primero.

—Vaya.

—Pero volveré. Ya sabes. Por mi abuela.

—Claro. Tu abuela. Oye, ¿en serio no has hablado con ella?

—Sí, hablamos todos los días. Pero ¿a qué te refieres? ¿Por qué insistes tanto?

Darío no estaba seguro de si quería meterse en ese berenjenal. Él también era terco y seguía pensado que Lucía sería la persona ideal para ayudar a su abuela, pero tendría que ser Eugenia quien se lo pidiera.

—Nada, será una sensación mía. Da igual.

—No, dime.

—Es que me da la impresión de que tu abuela no te lo está contando todo sobre… tus poderes, ya sabes.

—¿Qué quieres decir?

—Igual que tiene engañada a tu madre para que no se entere de lo

de Fernando, creo que a ti también te está ocultando cosas.

—Mi abuela no engaña a nadie. Es que mi madre seguramente no la creería. O peor, se lo contaría al médico.

—Vale, vale. No os engaña. Lo que digo es que si ha sido capaz de tener a Fernando durante tantos años en esa casa sin decirle nada a tu madre, también sería capaz de ocultarte cosas a ti para tenerte controlada.

—¡Pero qué control! Mi abuela no me tiene controlada.

—Bueno, eso te hace creer.

—Mira, no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—¿Y cómo explicas tú lo de Fernando? Si eso no es tenerlo controlado… ¡que no le deja ni salir de casa!

—Pero ¿tú de qué vas? ¿Qué mosca te ha picado ahora con mi familia? No tienes derecho a hablar así de ellos.

—No estoy diciendo que tu abuela sea mala. Solo digo que tengo la sospecha de que os está ocultando cosas que podrían ser importantes y te recomiendo que hables con ella —aclaró Darío en un tono algo alterado.

—Perfecto. Pues gracias por tu recomendación. Me voy, solo quería despedirme, así que adiós.

Había una canción, de las antiguas, de esas que les gustan a los padres, que Aurora le cantaba a su hijo cuando era pequeño. Su madre lo sentaba sobre sus rodillas y le daba un fuerte abrazo cuando llegaba un verso que decía: «en mis brazos yo te tuve ayer». Darío la recordó justo en ese momento, cuando vio a Lucía marcharse del chalet sin saber cuándo la volvería a ver.

A medida que pasa el tiempo desde el día de su fallecimiento, los muertos van olvidando, poco a poco, todo lo que les ata a los vivos. Solo así son capaces de descansar en paz para siempre. La paz llega cuando logran por fin superar los daños que les provocó la vida.

Por eso, que Darío fuera capaz de invocar un recuerdo tan específico y tan antiguo mientras se alejaba una persona importante para él, y no una cualquiera, sino una persona viva, no era un buen síntoma. Darío no se estaba permitiendo descansar eternamente.

A diferencia de sus padres y su hermana, que habían ido

descubriendo, cada uno a su manera, las claves para sanar las heridas de sus vidas, Darío estaba cada vez más dispuesto a agarrarse al clavo ardiente que hiciera falta con tal de mantener la esperanza de que su circunstancia aún podía revertirse. El recuerdo de la canción que su madre le cantaba de pequeño fue el clavo al que se agarró durante semanas mientras penaba por la ausencia de Lucía.

¿A ti te suena esa canción? Si no recuerdo mal, la cantaba el Dúo Dinámico. Empezaba con un tambor. Al principio parecía un villancico. Un poco raro, ya que se trataba de una canción de amor. O de desamor, mejor dicho. La letra decía: «El final del verano llegó, y tú partirás. Yo no sé hasta cuándo este amor recordarás. Pero sé que en mis brazos yo te tuve ayer. Eso sí que nunca, nunca, yo lo olvidaré».

Sexta parte

Un final feliz

23

Amigas

Lucía no era una empollona. Se le daban bien los estudios, sí, pero no porque se esforzara demasiado o le fuera la vida en sacar la mejor nota posible. Claro que prefería un sobresaliente a un aprobado, pero si se quedaba en un notable también lo celebraba. Además, el instituto nunca había sido su lugar favorito, por eso se le hacía rarísimo experimentar entusiasmo ante el inicio de las clases.

Necesitaba un nuevo comienzo, un poquito de borrón y cuenta nueva. Y si lo único que podía proporcionarle esa sensación era empezar el curso, bienvenido sea.

Arrancó el año académico con ganas. Incluso se había ilusionado preparando el material escolar. Siempre había sido una apasionada de los bolígrafos de colores, pero nunca se había volcado tanto en elegir los cuadernos que utilizaría en las diferentes asignaturas. Cualquier mínima distracción le venía bien para desviar la atención de sus recuerdos del pueblo.

No había sido su mejor verano, no. Tampoco el peor. Probablemente el error estuvo en las expectativas. Dedicó tanto tiempo a fantasear con todas las experiencias increíbles que podrían haber pasado que la realidad le supo a poco. Y la despedida de Darío le dejó un regustillo muy amargo. Al menos había aprobado Lengua y Literatura de primero. ¡Y con un notable!

Así que llegaba al segundo curso de bachillerato bastante centrada, sabiendo lo que tenía que hacer y teniendo claro qué era lo importante y lo que no. Además, se había prometido a sí misma tomarse en serio únicamente aquello que merecía ser tomado en serio y dejarse de emociones extra que no valían la pena y le robaban

mucha energía.

Pensaba que todo lo ocurrido durante el verano había sido una lección y tenía la certeza de haberla aprendido. Empezando por Darío y lo mucho que le costó despedirse de él, aunque supiera que estaba haciendo lo correcto dejándolo marchar, y continuando por las pijas de Salamanca. Haberse visto capaz de enfrentarse a sus examigas del pueblo le había recargado la batería de la confianza en sí misma y estaba decidida a hacer algo parecido con las del instituto.

La ocasión se le presentó enseguida. En cuanto se reunieron todas, el primer tema que salió fue el del romance de Lucía con el misterioso chico de Madrid.

—Ya no estamos juntos.

—¡No! ¿Qué pasó? —Sus amigas querían todos los detalles, por supuesto.

—Pues no pasó nada, en realidad. Nada malo, quiero decir. La cosa iba bien, pero de repente se puso todo muy raro.

—Típico de los tíos. Te hacen caso un par de semanas y luego se aburren, pasan de ti, y si te molestas encima eres tú la loca porque ellos, ¡claro!, no han hecho nada.

—No le voy a dar más vueltas. Tampoco creo que lo vuelva a ver.

—Pero ¿llegasteis a ser novios de verdad? ¿Y os enrollasteis… hasta el final? Cuenta, cuenta.

—Fue todo muy raro, desde el principio. Así que supongo que también tenía que terminar así. Pero en serio, no quiero hablar más del tema. Fue divertido por momentos, triste en otras ocasiones, y ahora yo estoy de vuelta y tengo mejores cosas que hacer. Ya está.

—¿Tenéis alguna foto juntos? ¡Quiero verlo! ¿Era guapo? ¡Es que no has subido nada en todo el verano!

—Ya sabes que en mi pueblo la cobertura es casi un milagro. Para enviar mensajes, todavía, pero subir un vídeo de diez segundos te puede llevar horas.

—Pero ¿no tienes ninguna foto en el móvil?

—La verdad es que no.

—Pues, Lucía, está clarísimo: no habéis sido novios. A lo mejor tú te creías que erais novios, pero claramente no.

—A ver, que yo no me he inventado nada.

Un poco sí, pero le guardaremos el secreto a Lucía.

—No, no, si no te estoy diciendo eso. Te digo que ese chico nunca te vio a ti como su novia. Le habrás animado el verano, y fin. Ahora él estará en Madrid tan tranquilito, como si nada, mientras tú estás aquí comiéndote la cabeza. ¡A lo mejor hasta tenía una novia en Madrid y por eso no se hizo ninguna foto contigo!

—¡Que no me como la cabeza! ¡Que me da igual! Y no, él no está en Madrid.

—¿Ah, no? ¿Entonces dónde está?

—En… —Lucía se había dado cuenta de su cagada. Otra lección aprendida: las mentiras tienen las patas muy cortas—. ¡En Estados Unidos!

Por ejemplo.

—¿Ah, sí?

—Sí, va a estudiar la carrera en Estados Unidos. Por eso no me rayo, porque no nos vamos a volver a ver.

—¡Qué fuerte! Vale, ahora sí que tiene todo mucho más sentido.

—¿Qué es lo que tiene sentido?

—La despedida tan rara. Es que ese tío pasaba de ti desde el principio, vamos. Si sabes que te vas a ir a estudiar fuera pronto no inicias una relación con alguien que te gusta de verdad. Seguro que tú estabas pilladísima, pero él solo se dejó llevar. Y cuando le tocó marcharse, pues se marchó, y fin de la historia.

—En serio, no tienes ni idea de lo que ha pasado.

—Tía, reconócelo. ¿Por qué iba a querer estar contigo, si no?

¡Bingo! Ahí estaba la ocasión para dejarles las cosas claras a sus amigas del instituto:

—Pues no lo sé. Porque le gusto yo, porque le gusta cómo visto, porque le gustaba pasar tiempo conmigo, porque nos divertíamos juntos, porque nos entendíamos, porque nos apoyábamos, porque nos escuchábamos y nos dábamos buenos consejos. Porque hemos estado muy a gusto y hemos hecho cosas muy chulas. Por un montón de cosas. ¿Cuál creéis vosotras que es la razón para estar conmigo? ¿Aburrimiento? ¿Lástima? ¿Porque no hay nada mejor?

—Nadie está diciendo eso, Lucía.

No. No lo estaban diciendo. Pero alguna lo estaba pensando.

—Lo que pasa es que vosotras creéis que yo no soy una tía que guste, por eso se os hace tan raro que otra persona, o mejor dicho, un chico, se interese por mí de verdad.

—Se te está yendo…

—Ya sé que estabais deseando que esta historia me saliera mal para poder respirar tranquilas. Porque ¿cómo iba Lucía a tener novio y vosotras no, que sois muchísimo más guapas, os preocupáis muchísimo más en elegir el mejor acondicionador para vuestro pelo y estáis dispuestas a hacer lo que sea para que un tío os preste atención?

—Tía, qué dices, ¡si Marta tiene novio desde hace cuatro meses!

—Lo que digo es que Marta pasa más tiempo haciéndose vídeos con su novio que hablando con él. Pero la relación que ponéis en duda es la mía, claro. Pues yo no os tengo que dar explicaciones de nada ni tengo por qué aguantar vuestros comentarios. Me preguntasteis qué tal y os respondí: no estamos juntos ni nos vamos a volver a ver. Fin.

—¡Vaya, vaya! Pues para no importarte mucho, sí que pareces enfadada.

Suficiente. Hasta aquí pudo aguantar. Lucía arqueó las cejas y abandonó la conversación como quien abandona un grupo de WhatsApp, haciendo notar que se va.

En cuanto desapareció, las otras hicieron comentarios bastantes feos sobre ella y, entre otras cosas, concluyeron que la chica siempre había tenido problemas para afrontar la realidad y se habría montado la película en su cabeza de que su relación había sido diferente, y muy especial, pero en realidad el chico ni se habría vuelto a acordar de ella.

Se equivocaban. El chico sí que seguía pensando en ella. Aunque no estaba en Estados Unidos, por supuesto. Seguía en Valverde de Lucerna.

Lucía estuvo dándole vueltas a la discusión toda la mañana. Había fallado demasiado pronto a su promesa de no dar importancia a las cosas que no la tenían, pero es que le superaba lo tontas que se podían llegar a poner sus amigas del instituto cuando el tema giraba en torno

a los chicos. No le apetecía nada seguirlas en ese juego.

Al volver a casa coincidió en el rellano con su vecina. Las dos volvían de su primer día de segundo de bachillerato, aunque estudiaban en centros diferentes. Más por cortesía que otra cosa, Lucía le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido?

—Muy bien. En el bachillerato de letras somos muy pocos en clase y nos llevamos muy bien. Solo vemos al resto en Lengua, en Historia y en Inglés, así que nos lo montaremos bien. ¡Pinta genial! ¿Y tú?

—Yo ya estoy harta de mis compañeros de clase de este año y solo ha pasado un día.

—Vaya, pues qué mierda. ¡Oye! A las seis van a venir unas amigas mías a casa, vamos a probar un juego nuevo que tiene muy buena pinta sobre una casa encantada. La mitad de los jugadores hacen de fantasmas, y la otra mitad, de nuevos inquilinos, a ver quién consigue echar a quién. Parece muy divertido. ¿Te apetece pasarte?

«Vaya», pensó Lucía, «no había otro temita para el jueguecito de mesa». Se lo pensó un par de veces antes de contestar:

—Vale, sí, me vendrá bien distraerme un poco. ¿Llevo algo de picar?

—¡No! Que se manchan las cartas. Mejor hacemos unas pizzas cuando terminemos de jugar.

El día acabó muchísimo mejor de lo que había empezado. Lucía realmente se lo pasó bien con las amigas de su vecina y le pareció lo más el juego de la casa encantada. Ganó cuatro de las cinco partidas que jugaron y las pizzas entre risas le sentaron de maravilla.

Estaba claro que una tarde de chicas puede cambiar el ánimo de una, siempre que sean chicas con intereses afines a los tuyos, claro. Y su vecina y sus amigas no mostraban ningún interés en los chicos porque lo que a ellas les gustaba eran las chicas.

Como vivía en la puerta de enfrente y no tenía prisa por volver a su casa, se ofreció para ayudar a fregar y recoger cuando se fueron todas.

—Muchas gracias por invitarme, me lo he pasado genial.

—Ya te lo dije. Te tienes que venir a una tarde de juegos en el local, estoy segura de que te encantará.

—Pues sí. Pensaba que estos juegos de rol no eran para mí, que eran de frikis.

—Bueno, algo frikis sí que somos —se rio.

—Ya, me refería en plan… como los niños de *Stranger Things*. Frikis raritos.

—También somos un poco raritas, solo que a algunas se les nota más que a otras.

—Jo, perdona. No quería decirlo así.

—Da igual, lo entiendo. Pero tú vente el día que quieras. Yo voy todos los viernes y sábados por la tarde. Si algún fin de semana no vas al pueblo, pásate.

—No, ya no voy a ir al pueblo los findes. Irá mi madre sola. Así que yo me quedo aquí y… la verdad es que no tengo planes.

—¡Entonces ven conmigo el viernes! Allí hay de todo, puedes probar juegos, pero también hay una zona para comer algo y hablar con la gente… En plan tranqui, eso sí, no es como un bar. A mí me gusta más porque puedes escuchar lo que dice el resto y los refrescos no te cuestan tres euros.

—¡Vale, me apunto!

—¡Genial! Me hace mucha ilusión que vengas conmigo. ¡Por cierto! Antes de que te vayas. Este verano me he leído un libro que me ha volado la cabeza. Se llama *El misterio de Salem's Lot* y es de un chico que vivía en un pueblo, en medio de la nada, y vio una cosa chunga que lo traumatizó y cuando es mayor vuelve para averiguar más sobre lo que le pasó y descubre un montón de cosas… ¡muy fuertes! ¡Da cague en algunos capítulos! ¿Te lo quieres llevar?

—La verdad, no. Ahora mismo no tengo el cuerpo para más misterios. ¿Tienes alguno de risas?

—¡Sí! Tengo un cómic muy burro que te hace reír a carcajadas.

—Perfecto. Déjame ese.

24

Amigos

A Darío ni se le pasaba por la cabeza que su relación con Lucía pudiera estar rota. Aunque al principio él solo se interesó por ella para salir de su situación, con el tiempo tuvo claro que lo suyo se había convertido en una bonita amistad. Quizá si él no hubiera tenido el accidente… Pero dadas las circunstancias, se alegraba de poder llamarla amiga. Y las amistades, ya se sabe, a veces viven momentos intensos y otras veces se relajan, pero cuando hay una conexión verdadera, y en eso Lucía y Darío estaban de acuerdo, es más difícil que se acaben. Su amistad traspasaba planos dimensionales, así que sobreviviría a esa despedida tan incómoda. O eso quería creer Darío.

Necesitaba creer que podía seguir contando con Lucía, puesto que no contaba con nadie más. No porque los suyos lo dejaran de lado, ya que no era así. Cuando le apetecía pasar tiempo con sus padres era bienvenido en el jardín, y cada vez disfrutaba más de verlos tan contentos y enamorados. Se comportaban como cuando él era pequeño, y eso también le hacía sentir bien a él. Y cuando le apetecía irse con Esther y su grupo siempre lo recibían de buena gana. Incluso había notado que su hermana se metía cada vez menos con él.

Todo había cambiado demasiado rápido a su alrededor, tanto como para que Darío empezase a dudar de su propia identidad. O sea, si tus padres ya no se comportan como tus padres ni cumplen con sus obligaciones paternales (ser pesados, poner normas, negarte aquello que deseas…, me entiendes, ¿no?), ¿realmente tienes padres? Si tu hermana ya no se pelea contigo ni te insulta en cuanto tiene oportunidad, ¿realmente tienes hermana? Si sabes que tu hogar está a unos pocos cientos de kilómetros de donde estás pero no tienes forma

de llegar hasta allí, ¿tienes realmente un hogar? Y si te arrebatan todo lo que te convertía en la persona que eres, ¿sigues siendo tú? Todo esto se planteaba el chico.

Su única certeza era su relación con Lucía. Pero desde que ella se había ido, Darío había tenido que aprender por la fuerza a no hacer nada, aunque había días que necesitaba desesperadamente hacer algo que no le estaba permitido: volver a la casa de Eugenia. Por echar un vistazo, por ver cómo iban las cosas por allí. Y también por si Lucía hubiera venido a pasar un fin de semana.

No solía haber mucho movimiento alrededor de esa casa. Por el día, una mujer que no había visto antes se encargaba de limpiar, de cocinar y de ayudar a la abuela de Lucía en lo que necesitase. Sobre todo a vestirse, a asearse y a comer, porque ya no podía hacerlo sola. Cuando esa señora estaba dentro de la casa, Fernando no se movía de su silla y vigilaba que todo sucediera con normalidad.

La cuidadora regresaba para la cena. Luego, acompañaba a Eugenia a la cama y se marchaba hasta el día siguiente. Entonces Fernando tomaba asiento en una silla del dormitorio y custodiaba el sueño de su mujer.

Una mañana Darío apareció de nuevo por allí y se asomó por la ventana de siempre. Eugenia se había quedado dormida en uno de los sillones que miraban hacia la tele. ¡La tele! Se le había olvidado lo que era ver la tele. Estaban emitiendo *La ruleta de la suerte*.

¡Cuánta ilusión le hizo ver caras conocidas! Si hubiera sido capaz de producir lágrimas, se le hubieran saltado al ver a toda esa gente del público cantando «A por el bote, oé, a por el bote, oé» mientras Jorge Fernández animaba sonriente.

Se le contagió el entusiasmo del presentador y por un momento volvió a sentirse como cuando estaba vivo. Sí, se sintió animado, tan optimista ¡que le dio un subidón de algo que él interpretó como energía! Aunque es bastante probable que fuera debido al contacto *piel con piel* con otro fantasma como él. Abducido como estaba por la pantalla de la televisión, no se dio cuenta de que había sido descubierto por Fernando, que había salido de la casa para ver qué hacía Darío agazapado tras una ventana del salón:

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado!

—¿Qué andas faciendo?

—Nada, nada. Estaba… Nada, andaba por aquí y me he acercado a comprobar que estabais todos bien.

—Estamos bien.

—Eugenia no parece estar bien. ¿No viene su hija a cuidarla? ¿Cuándo viene Lucía?

—¿Qué es lo que quieres, rapaz?

—Nada, en serio. Es que me ha preocupado ver a Eugenia así. Me asomé para comprobar si, por casualidad, había venido Lucía a pasar el fin de semana.

—Güei ye martes.

—¿Martes? Ah, no lo sabía.

—Pero sí sabrás lo que Eugenia díxote sobre venir a la súa casa.

—Sí, que no quiere verme por aquí. Lo siento, es que estaba preocupado, no quiero molestaros. ¿Sabes si llegó a hablar con Lucía? ¿Que no se la lleven del pueblo si empeoraba, para morir en su casa, y eso?

—Tú non tien porqué saber de eso.

—Si yo solo quiero ayudar. He venido por aquí varias veces y sé que Eugenia está peor, y los dos sabemos que si viene su hija y la ve así… Tenéis que hablar con Lucía. ¡O contarle la verdad a Maru! ¿Por qué siempre os andáis con tanto secretismo? ¿A ti no te da pena que no tenga ni idea de que podríais haber hablado y mantenido una relación normal de padre e hija? Bueno, normal. Dentro de lo que cabe, ya me entiendes.

—Las cosas son como son. No las elegimos nós.

—No, a mí no me digas eso. Hay cosas que son como son y no se pueden cambiar, vale. Morirse, al parecer, es inalterable. Pero otras sí las elegimos. No decirle la verdad a Maru es algo que habéis elegido vosotros.

—Tú non entiendes ni gota.

—Mira, en eso estamos de acuerdo. No entiendo nada de lo que pasa entre vuestras cuatro paredes. Tampoco entiendo por qué en el pueblo viejo no saben nada de ti. ¿Nunca has salido de esta casa,

verdad?

—Siempre estuve nesta casa, sí.

—Hay mucha más gente como nosotros en el pueblo. Yo a veces me junto con ellos. A Eugenia sí que la conocen, pero a ti no, claro. Si no sales… —titubeó—. ¿Por qué no sales nunca?

—Así tenía que ser.

—Vamos, que te lo mandó Eugenia. ¿Por qué todos hacéis lo que ella dice? Sí, ya sé que es una señora muy sabia y muy respetada. Pero hasta los más sabios se equivocan a veces.

—Dende lluego. Y como ella equivocóse, aprendió que para saber manejarse debía tener unas reglas estritas. La mía es non salir de la casa. Non hai más razón. La tuya, no meter el hocico.

—Está bien. Ya me voy. Pero ¿le podrías decir a Lucía, por favor, que he preguntado por ella? Que me busque cuando venga.

Poco le duró a Darío el subidón que le había dado al ver *La ruleta de la suerte*. Se marchó de la casa de Eugenia refunfuñando. Por lo menos Fernando no le había gritado y no lo había echado de malas maneras.

De regreso al chalet se encontró con Esther y sus amigos en la plaza del pueblo. Como lo pillaron cansado de tantas mentiras y disimulos, cuando le preguntaron qué hacía decidió contar la verdad:

—Vengo de la casa de la señora Eugenia. He ido a menudo, cuando me acordaba, para ver si Lucía, que es su nieta, había vuelto al pueblo. Lucía tiene el mismo don que Eugenia, puede vernos y comunicarse con nosotros con total naturalidad. Así fue como nos conocimos. Lo que pasa es que Lucía y su madre viven en Gijón y vienen cuando pueden, aunque se suponía que iban a venir todo lo posible porque Eugenia está cada vez peor.

—¿Qué le ocurre? —se interesó Teo.

—Tiene la enfermedad de Parkinson, que es una cosa que afecta al sistema nervioso y que hace que cada vez te muevas con más dificultad, así que necesitas ayuda y eso. Ya no puede ni comer sola…

—¡Probre muller! —lamentó Alfredo.

—Vosotros conocéis a Eugenia, ¿verdad?

—Por supuesto, debémosle muito —afirmó Joaquina.

—Pero ¿a qué se dedicaba Eugenia exactamente? —preguntó Darío

con curiosidad.

Los muertos no tienen por qué mentir. La mentira es una táctica que utilizan los vivos cuando se sienten acorralados o cuando temen perder algo que les importa. Pero la muerte va de eso, de aprender a perder, así que mentir, una vez que se muere uno, no tiene ningún sentido.

Por eso ninguno de los amigos de Esther mintió ni ocultó ningún tipo de información cuando Darío quiso saber a qué dedicó Eugenia su vida.

Tanto tú como Darío sabéis de sobra que Eugenia tiene la capacidad de comunicarse con personas que ya no están vivas y que, por lo tanto, no expresan su existencia de la misma forma que lo hacen las personas de carne y hueso. Básicamente porque no necesitan la carne y los huesos, han superado esa etapa.

Lo que Darío no sabía es que Eugenia perdió a un hermano dos veces: la primera, la noche de la rotura de la presa, cuando la tromba de agua destruyó el pueblo, y el niño se vio arrastrado hasta el fondo del lago junto con tantos otros. La segunda, cuando el pequeño encontró su camino para seguir adelante.

Eugenia no sabía entonces que los fallecidos dejaban este mundo cuando encontraban la paz, y el pequeño Pepico se fue tranquilo cuando supo que Eugenia ya no volvería a estar sola. Pero ella lo buscó durante años y así fue conociendo a todos los demás, a todos los que seguían en su pueblo.

Gracias a ella, los del pueblo viejo se enteraron de que las cosas no habían ido bien para los supervivientes. Después del horror que vivieron, sus familiares, sus amigos y sus vecinos habían sido llevados a unos barracones que se construyeron para albergar a tantos que se quedaron sin nada. Pero esta solución rápida y temporal no lo fue para la mayoría. Los que no tenían más familia, dinero o casa a la que ir durante los años que tardaron en construir el pueblo nuevo pasaron varios inviernos en esas construcciones pequeñas, húmedas y frías.

A través de Eugenia seguían en contacto con sus seres vivos, y así supieron del mal trato que recibieron no solo por parte de las autoridades nacionales, sino también de las locales y de los

responsables de la empresa que gestionaba la presa. Ni una indemnización digna fueron capaces de darles.

¿Cómo iban a irse en paz estos vecinos del pueblo viejo sabiendo que los suyos, los que tuvieron la suerte de no ser engullidos por el agua, seguían sufriendo tanto?

Eugenia, por supuesto, no podía arreglar nada. Aquella injusta situación superaba al pueblo entero. Pero sí puso su granito de arena. El verdadero don de Eugenia fue el de la palabra. Ella fue la primera mujer que comenzó a hablar con otras de lo que les ocurrió aquella madrugada del 9 de enero de 1957. Después, ella fue quien las escuchó a todas.

Aunque Eugenia apenas recordaba dos flashazos de aquella fatídica noche, ya que era muy pequeña, los relatos del resto la ayudaron a recomponer los hechos. Sus vecinas, sobre todo las mayores, aún tenían grabadas en la memoria imágenes que aterrorizarían al más valiente.

Victoria pidiendo a gritos mantas para que los niños no se murieran de frío. Carmen llamando a su mejor amiga a voces, sin recibir respuesta. Manuela viendo cómo volvían al pueblo los hombres que trabajaban en la presa para descubrir que ya no tenían mujer ni hijos. Ricardina escuchando el sonido de las campanas, que tocaban a fuego, y siendo sorprendida por la gran masa de agua y lodo al abrir la puerta de su casa para escapar. Clemencia hallando el cadáver de su vecina, con su hija pequeña en brazos, atrapado en la ventana de su casa. Mercedes viendo amanecer, pasmada ante la nueva imagen de su pueblo, un lugar negro donde todo había desaparecido: casas, árboles, calles, puentes y personas.

Cuando comenzaron a hablar sobre lo que les pasó ya nunca dejaron de hacerlo. Ese había sido el trabajo de la señora Eugenia: atender las heridas de un pueblo entero.

Darío quedó muy impresionado por la historia de la abuela de Lucía. Días después, cuando aún seguía dándole vueltas, comenzó a sentir, también, una especie de vergüenza por haber tenido la osadía de juzgar a alguien que fue capaz de cuidar de todos aquellos que el resto del mundo había olvidado.

Habían pasado semanas desde la última vez que se dejó caer por la casa de Eugenia. Para echar un vistazo, como imaginarás. Se le ocurrió que, sabiendo ya lo que sabía, podría acercarse por allí para disculparse, lo primero, y hablar con ella, después. El relato de su vida lo había conmovido tanto que hasta él mismo se sentía en deuda con ella.

Darío quería ayudar a Eugenia. Ya entendía por qué la mujer no quería cargar a Lucía con la responsabilidad de asistirla en su último deseo. Pero había encontrado la solución: sería él, Darío, quien estaría junto a ella en el momento de su muerte y la llevaría, junto a Fernando, a reunirse con los demás en el pueblo viejo. Él ya conocía de sobra el camino.

En cuanto dobló la esquina para acceder a la calle que llevaba a la casa de Eugenia vio el coche de Maru. ¡Por fin! ¡Lucía estaba aquí! Tanto el maletero como la puerta de la casa estaban abiertos, eso significaba que acababan de llegar. Maru estaría descargando la compra, así que se acercó con cuidado. Entonces vio a Lucía. ¡Pegó un salto de la emoción! Y su amiga rápidamente se percató de su presencia.

Darío creyó que ella, nada más verlo, se acercaría a saludarlo, pero no fue así. Solo lo miró y siguió a lo suyo. Tras ella apareció su madre. Vale, quizá Lucía trataba de disimular porque había movimiento. Maru cogió un par de bolsas del maletero y, cuando iba a entrar de nuevo en la casa, salió la cuidadora de Eugenia. Maru le dio un abrazo, se despidieron y la señora caminó hacia donde estaba Darío. Él, llevado por su curiosidad, se dirigió a la puerta de la casa.

—¡Lucía! —la llamó Darío, reclamando su atención.

Ella le indicó con un gesto que fuera hacia la esquina.

—Darío…

—¿Cómo estás? ¡Qué ganas tenía de verte!

—Ha muerto mi abuela.

—¡No jodas!

—Nos llamó Virginia, la señora que la cuidaba. Se la encontró a primera hora de la mañana. Nosotras acabamos de llegar.

—¿Puedo entrar un momento?

—No, Darío. Lo mejor es que te vayas.

—¿Has visto a tu abuela? ¿Sigue aquí?

—En serio, no es buen momento ahora. Te busco esta tarde.

25

La última voluntad de Eugenia

Intranquilo, Darío decidió quedarse merodeando cerca de la casa, muy atento para no cruzarse con su amiga. Empezó a llegar gente: vecinos, sanitarios, guardias civiles… Vio como cuatro personas sacaban el cuerpo de Eugenia y lo introducían en una especie de furgoneta. Era la primera vez que Darío veía lo que pasa después de morir.

Lo que pasa con el cuerpo, claro, porque lo que pasa con el espíritu ya se lo sabía de sobra. Pero aquella visión le impresionó lo suficiente como para preferir irse a dar una vuelta.

El pueblo estaba animado, como en un día de verano. Había gente yendo y viniendo y formando corros, lamentando la noticia. Para evitar encuentros no deseados, prefirió irse a su lugar favorito a la orilla del lago. Por allí no habría nadie.

Darío estaba de pie, fascinado como siempre por la calma del lago, cuando escuchó un ruido. Se giró y no se pudo creer lo que estaba viendo. ¿Sería posible? ¡Sí lo era! Allí estaba el mismísimo Fernando, ¡fuera de su casa!

—¡Hey! —exclamó.

—¡Chico! ¿Qué faces allabaxo?

—¿Yo? ¿Qué haces tú fuera de casa? ¿Dónde está Eugenia?

—Por endalantre mío iba. ¡Mírala!

Señaló Fernando a la derecha de Darío, hacia la desembocadura del río en el lago. Aquella era la zona adonde habían llegado los cuerpos arrastrados por la corriente la noche en que reventó la presa. Algo se movía por allí. Le hizo una señal a Fernando de «vamos», y caminaron

juntos hasta aquel punto. El hombre no tenía mucha soltura para andar por aquellos terrenos tan irregulares, ponía mucho cuidado antes de echar el pie. Darío no se lo dijo, pero se quedó con ganas: si se caía no le iba a pasar nada. Ni siquiera iba a sentir el golpe.

Llegaron a la desembocadura del río. Rápidamente distinguieron a Eugenia, que les daba la espalda. Observaba el lugar. El chico supuso que, con lo complicado que estaba el camino, la mujer llevaría muchos años sin asomarse a ese rincón. Pero no era ese el motivo por el que Eugenia llevaba tanto tiempo sin asomarse en ese punto.

—¿Eugenia?

—¿Xa estás eiquí? —le respondió ella.

—Eh… sí. —Darío no sabía a qué se refería, aunque tenía la intuición de que lo estaba llamando pesado.

—Tengo que dicirte algo. —Se giró para mirarlo. —¿Alguna vez intentaste meterte nel llagu?

—Sí, claro. Pero es que no puedo. Camino sobre el agua igual que cuando piso la tierra. No puedo sumergirme. Por eso no podría haber cumplido con lo que me dijiste de San Juan.

—Non pienses más en aquello. Si non puedes meterte nel llagu es porque no perteneces a él. Tú non eres d’eiquí y el llagu lo sabe. —Buen momento para recordar que los muertos ya no tienen necesidad de mentir—. Esti no es tu sitio, con que has de encontrailo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que cuanto más te resistas a continuar, peor vas a estar. Deja de zumbar d’acá p’allá, deja a la mi nieta y faz lo que tienes que facer.

—Si yo soy el primero que quiere salir de aquí, pero no sé cómo. Y Lucía, ¿cómo la voy a dejar? Sin ella no sé qué habría sido de mí, porque las cosas no son tan fáciles como tú las cuentas. Tú ahora sabes lo que tienes que hacer porque llevas muchos años conviviendo con esto; a mí me pilló desprevenido. Yo de repente me vi aquí, en un sitio que, como tú dices siempre, no es el mío. Pero, entonces, ¿cuál es el mío?

—Todos sabemos cuál es.

—Pues yo no. —Darío se reprimió las ganas de seguir protestando porque sabía que con Eugenia ese juego no servía de nada—. ¿Y tu

sitio cuál es?

—La mía casa.

—Pensé que después de morir querrías volver al pueblo viejo.

—El puebru es el sitio de muchos. Pero el mío es la mía casa. Venga, vamos p'allá —le dijo a su marido.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Darío.

—Vas facer lo que te dé la gana…

Se lo tomó como una victoria. ¡Eugenia no le había dicho que no!

Cuando llegaron ya se había hecho de noche. Como nadie le impidió entrar, Darío accedió a continuación del matrimonio. Dentro, madre e hija estaban cenando. Lucía los vio llegar y colocarse alrededor de la mesa, y por un momento se asustó. Sí, eran seres conocidos, pero verlos juntos y tan decididos, sabiendo que Maru también estaba allí, le pareció demasiado raro. Lucía intentó no mirarlos y focalizar toda su atención en la comida.

—Cariño, tarde o temprano tenía que pasar —le dijo Maru, que había notado la inquietud de su hija.

—Lucía. —Eugenia tomó la palabra—. Vas a dicirle a tu madre que estamos eiquí.

—¡Sí, hombre! —se le escapó a Darío.

Eugenia ignoró al muchacho.

—Lucía, hay que facerlo xa —repitió la abuela.

—Pero ¿cómo le vas a pedir eso? ¿Lo que no te has atrevido tú en toda tu vida se lo vas a obligar a hacer a ella? —Darío necesitaba seguir aportando su punto de vista.

—Lucía, es importante.

La pobre Lucía, sobrepasada por la situación, se echó a llorar.

—Mi niña —la consoló enseguida Maru, dándole un abrazo—. No te preocupes, cariño. Es muy triste, ¿verdad? Pero piensa que la abuela murió de la mejor forma posible. Por la noche, mientras dormía, que ni se enteró. Ella está bien.

—Sí, está bien —contestó Lucía.

—Nos ha pillado un poco de sorpresa, ¿eh? Yo tampoco creía que sería tan rápido, pero bueno, hay que pensar así. La abuela estaba cada vez peor… Ella ya descansa. Y nosotras, pues le daremos la mejor

despedida. No llores más, mi vida.

—Mamá, creo que debería contarte algo.

Eugenia asintió. Lucía intentó hablar:

—Es que… no sé ni por dónde empezar. La abuela…

—Tranquila, hija. Bebe un poco de agua.

—No se puede vender esta casa —mandó Eugenia—. Dile a Maru que la casa no se vende. Si necesita dinero, yo voy a dicirle dónde lo guardo. Y que el dinero sea pa ella. Que no le diga nada a Pepica, que tien de sobra.

Lucía ya se había bebido dos vasos de agua enteros. Uno tras otro. Maru le acariciaba cariñosamente la espalda. Darío quería hacer algo pero para sorpresa de nadie, no tenía ni idea de qué podía hacer. Se le ocurrió caminar hasta colocarse junto a Lucía, en señal de apoyo.

—Mamá, la abuela… La abuela está aquí.

—No, hija. Está en Puebla, mañana la vuelven a traer y le hacemos el velatorio y el entierro.

—No, no me refiero a eso. Digo que está con nosotras…, que…

Lucía no era capaz de articular una frase, y Maru no sabía qué le estaba pasando a su hija. Se limitó a seguir acariciándole la espalda.

—Mamá, este verano me pasó una cosa… Perdón por no habértelo contado antes. Es que no sabía cómo. A la abuela sí se lo conté. Y ella…

—Dile que estoy eiquí y que hay que hablar unos asuntos.

Eugenia estaba un poquito impaciente esa noche. Parecía Darío los primeros días tras su muerte.

—Mamá, es que una tarde, en el lago, vi un fantasma.

—¿Un fantasma? —Maru no se lo esperaba.

—Sí. ¿Te acuerdas del accidente de coche que hubo antes del verano? Se me apareció el chico joven que murió. Bueno, no se me apareció, simplemente lo vi. Fue muy raro porque tardé en darme cuenta de que era… un fantasma. Es que yo lo veía más o menos como te veo a ti.

—¿Y qué pasó?

—Pues desde que vi a aquel chico, que, por cierto, se llama Darío, veo a más gente como él.

—Lucía, cariño, ¿cómo que ves más gente como él? ¿Qué me quieres decir?

—Sí. Es que se lo conté a la abuela y ella enseguida lo entendió. Vamos, que le pareció de lo más normal. Y me dio unos consejos que me ayudaron mucho.

—¡No te entretengas! —le pidió Eugenia.

—Pero lo que te quiero decir, mamá. Es que…

Darío no se podía creer que esto estuviera a punto de pasar. Le parecía bien, él siempre había creído que Maru tenía derecho a enterarse de todo, pero no se hubiera imaginado jamás que ocurriría de esta forma.

—Hablé mucho con la abuela durante el verano. Y ella me pidió una cosa. Me dijo que por favor no vendieras esta casa.

—Ah, bueno. —Maru estaba realmente confundida; no sabía ni qué responder—. Ahora mismo no pensaba ponerme a venderla, ya habrá tiempo para eso. Pe-pero… ¿Y la gente que se te aparece? ¿Me puedes explicar eso un poquito mejor?

Maru trataba de mantener la calma, pero su hija no se lo estaba poniendo fácil.

—Me encantaría, pero yo tampoco le he encontrado una explicación. La abuela me dijo que era un don, que lo aceptase y que aprendiera a manejarlo.

—Tu abuela siempre fue un poco bruja…

—Sí, ¿verdad? La abuela era especial. ¡Y lo de la casa! Que es importante. Que no la vendas nunca.

—Pero ¿y qué hacemos con ella? Si está vieja y nadie la cuida… ¡Un día se va a caer!

—No lo sé, solo me dijo que no se podía vender. Y que, si necesitabas dinero, que ella tenía un poco escondido. Pero que es solo para ti, que la tía Pepi ya tiene mucho.

—Lucía, me dejas helada. Lo de las apariciones y… Mi madre nunca me dijo nada de dinero, pensábamos que no tenía más que la pensión de viudedad… Bueno, ya sabes que la cuidadora la estaba pagando la tía, porque nosotras no podíamos… ¿Y por qué te contó a ti eso? ¿No me lo podría haber dicho a mí? ¿Y dónde está el dinero?

Lucía guardó silencio esperando a que Eugenia contestase.

—¿Lucía? —insistió Maru.

Vaya, pues Eugenia no tenía intención de hablar.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Lucía por ganar tiempo y por si su abuela no las había escuchado bien.

—Dile que estamos todos —respondió, por fin, Eugenia.

—Mamá, no sé dónde está el dinero.

—Bueno, no te preocupes por eso, lo importante es…

—Pero lo vamos a saber ahora porque, bueno, igual que veía al chico del accidente de coche… estoy viendo a la abuela también.

—¿¡Qué!? —gritó Maru mientras se levantaba de un respingo de la silla—. ¿Dónde está?

—Está aquí, mamá. Tranquila, tranquila. No pasa nada.

—¿Cómo no va a pasar, hija mía? ¿Cómo va a estar aquí el fantasma mi madre? ¿Dónde?

—Justo enfrente de ti. Y también está el abuelo.

—¿Qué abuelo?

—Fernando, el marido de la abuela.

—¿Que está aquí mi padre?

A Maru le iba a dar algo, pero es que ponte tú en su lugar. Te despiertas una mañana sobresaltada por una llamada telefónica que te avisa de que tu madre ha muerto y esa misma noche te llevas un susto mayor porque tu hija está viendo su fantasma.

—Y también está Darío.

—¿Y quién es Darío?

—El chico del accidente de coche.

—Pero ¿qué hace aquí?

Esto sí es lógico que no lo entendiera.

—Es que somos amigos, y ha venido a verme.

—¿Que tienes un amigo fantasma?

—Mamá, de verdad, estate tranquila, siéntate. Es más sencillo de lo que parece. Toma, bebe un poco de agua. —Le ofreció el vaso—. Mamá, yo me enteré de que podía ver a las personas muertas hace poco. Fue muy raro y no sabía qué hacer, pero la abuela me enseñó a llevarlo bien porque, verás, es que ella también tenía esta capacidad.

Ella siempre vio a los muertos del pueblo y se comunicó con ellos. Por eso el abuelo estaba aquí con ella. Ha estado siempre en esta casa, desde que murió. Y Darío, sí, es mi amigo. Como yo los veo igual que a cualquier otra persona, pues lo trato igual que a otra persona y este verano nos hicimos amigos. Él también conocía a la abuela y, cuando se enteró de que había fallecido, vino a verme y… aquí sigue. Pero no te preocupes por Darío.

—Vale, vale, no me preocupo.

—Eso. Pues, nada, que la abuela está aquí con el abuelo y nos van a enseñar dónde tienen el dinero. Y no le vamos a contar nada de esto a la tía Pepi.

—No, no le vamos a contar nada a la tía Pepi. ¡Que llega mañana! ¿Qué hacemos con ella?

—Disimulamos. Yo lo he estado haciendo todo el verano. ¡Ya verás! Se te dará bien.

Maru notaba a su hija tan segura de sí misma que decidió confiar en ella y dejarse llevar. Ya hablarían más tranquilas tras el entierro.

Eugenia quedó satisfecha con cómo había lidiado Lucía con la situación, así que le pidió que la acompañaran al dormitorio principal para mostrarles el dinero. Cuando Lucía abrió el armario y se puso a rebuscar en él, Darío pensó que su curiosidad debía tener ciertos límites y la intimidad de esa familia podía ser uno de ellos, así que se despidió hasta el día siguiente.

De camino al chalet se dio cuenta de que se sentía diferente, contento, como satisfecho. Una sensación que hacía tiempo que no experimentaba. Estaba orgulloso de Lucía, que le había echado valor y le había contado a su madre su mayor secreto. ¡Menuda encerrona le preparó su abuela!

Es que Eugenia…, ¡qué mujer! En su opinión, la señora se había pasado bastante. Pero enseguida recordó que fue precisamente Lucía quien le dijo que su abuela tenía mucho carácter, sobre todo con la gente que más quería. «Vaya mierda», pensaba Darío. Él prefería que la gente que le quisiera se lo mostrase con cariño, no con ese genio.

Regresaron a su cabeza las palabras de Eugenia. «Todos sabemos cuál es nuestro sitio». ¿Sí? ¿Sería así de verdad? Entonces ¿se suponía que él también lo sabía? Pues menuda gracia porque, por más vueltas que le daba, no se le ocurría nada.

Aunque, si no veía nada claro cuál era su sitio, podía empezar descartando aquellos que con toda seguridad NO lo eran. El lago no lo era. Se lo había confirmado Eugenia. El pueblo viejo… no, no podía ser. ¿La casa de Eugenia? Casi seguro que no. ¿El chalet? Ojalá que no. Nunca le gustó estar ahí. Fue odio a primera vista.

Cuando llegó al inicio del sendero que le llevaba a ese chalet que tanto odiaba sus sensaciones cambiaron. La satisfacción se esfumó para dar paso a una cierta turbación. Caminó con cuidado, como si tuviera miedo a que el suelo se quebrase bajo sus pies. Como si no supiera a dónde iba. Como si aquella vivienda tan pasada de moda ya no le resultara familiar.

Nunca desatiendas tu intuición, ya que nunca está equivocada. Tu intuición es fruto de la evolución de millones de personas que existieron antes que tú y aprendieron, por las malas, lecciones vitales que han ido sofisticando los sentidos hasta tal punto que algunos prefieren llamar magia o superpoder a aquello que no es más que el cerebro procesando mucha más información de la que somos conscientes.

Si Darío tenía la intuición de que aquel chalet ya no le resultaba familiar era porque en aquel chalet ya no quedaba nada de su familia. Sus padres habían desaparecido. Ya no estaban afanados en crear el jardín perfecto. Lo habían terminado y, Darío tenía que reconocerlo, era espectacular. Lo entendió al instante: su padre siempre había querido estar junto a su madre, desde el primer día que la vio; y Aurora había tenido por fin el tiempo y el espacio para consumar su gran obra maestra.

26

Este es el sitio de Darío

Estamos llegando al final, así que espero que a estas alturas ya ni se te pase por la cabeza pensar que el sitio de las personas que han fallecido sea su tumba, o algo parecido. ¿Tú te has dado cuenta de que en esta historia no ha aparecido ni una sola sepultura? Un cementerio sí, aunque muy en segundo plano. Pero por favor, no quisiera que, habiendo llegado hasta aquí, sigas creyendo que los cementerios son el sitio de los difuntos.

De hecho, te diré que esos lugares están hechos para los vivos. Los que aún no han muerto necesitan, algo muy humano por otra parte, tener siempre localizados a sus seres queridos. Cuesta mucho vivir con tranquilidad si no se sabe dónde están aquellos que nos importan. Y si uno de ellos fallece, realmente nos consuela cumplir con el ritual funerario más conveniente según las creencias o la cultura de cada cual y depositar su recuerdo en un lugar físico al que poder regresar cuando así se necesite.

Además, ya sabrás que, sobre todo al principio, algunos muertos también añoran la vida y sienten dolor por su pérdida. Es normal. Y aunque alguno, de primeras, se desoriente un poco y no termine de encontrar su sitio, son verdaderamente pocos los que deciden permanecer junto a su lápida. No voy a decir que no haya pasado nunca, pero es algo verdaderamente inusual.

Lo que no es tan inusual, aunque tampoco ocurre tanto como se cree, es que una persona fallecida alargue su transición demasiado o incluso se instale en ella de forma permanente. Vamos, que sea un fantasma toda su muerte. No incluyo aquí a las almas perdidas, que eso, como sabes, es otro tema.

El ciclo natural, por llamarlo de alguna manera, consiste en dedicar unos meses tras el fallecimiento a procesar lo sucedido, familiarizarse con el nuevo estado, aceptar la propia muerte y continuar hacia la eternidad. Este proceso suele llevar unos nueve meses, los mismos que tardamos en nacer, aunque no es tan exacto como la gestación.

Darío había fallecido hacía siete meses ya. Eso quería decir que era Navidad. Él no tenía ni idea de eso, claro, porque las Navidades también están hechas para los vivos.

Tampoco tenía ni idea de que Lucía y su madre habían vuelto al pueblo para celebrar estas fiestas tan ligadas a la familia y pasarlas con los abuelos. Maru aún se estaba haciendo a la idea de que sus padres permanecieran en la casa de Valverde, aunque lo iba llevando mejor. Lucía, como prueba definitiva de que veía a Fernando, le había contado a su madre una anécdota que le confesó su abuelo: siendo Maru pequeña y estando una mañana sola en casa, robó veinticinco pesetas de la urna de la Virgen que las mujeres del pueblo se pasaban entre ellas. La niña creía que nadie la había visto, pero Fernando siempre estaba allí, pendiente de todo. Al escuchar ese recuerdo de su infancia se le saltaron las lágrimas, primero por lo culpable que se sintió, durante tanto tiempo, de haber cogido ese dinero y gastárselo en cromos para su álbum, y segundo, porque se había asegurado muy bien de estar a solas para llevar a cabo su crimen infantil. Era imposible que Lucía conociera esa historia a no ser que lo que había contado de sus abuelos fuera cierto.

Darío volvía estar algo cabreado, aunque esta vez era diferente. Estaba enfadado consigo mismo porque seguía sin tener ni idea de cuál sería su maldito sitio. De hecho, la marcha de sus padres se la había tomado con bastante entereza. Cuando entró en el chalet y lo encontró vacío, asumió de inmediato que se había quedado solo. Y no le molestó, no se lo tomó como algo personal. ¡Bien encajado, Darío! Había entendido, al fin, cómo funcionaban las cosas e intuía que sus padres y su hermana estaban en un lugar mejor.

Por supuesto, se equivocaba nuevamente. Si no, no sería nuestro Darío. Sus padres estaban divinamente, eso te lo confirmo yo, pero Esther no había ido a ninguna parte. Varios días después se la

encontró en la plaza del pueblo, con sus amigos.

—¡Esther! ¡Qué fuerte! Creí que ya no estabas.

—¿Que ya no estaba dónde?

—Por aquí. Es que papá y mamá ya no están.

—¿Papá y mamá?

—Sí, se ve que han seguido su camino.

—¡Coño, papá y mamá! Es que hace mucho que no los veo.

—¿No has vuelto por el chalet?

—¿Qué chalet?

Uy… Esa sensación de estar hablando con una persona que parecía que se ha fumado un buen porro le sonaba muy pero que muy bien a Darío. Así empezaron sus padres. Y así fue como comenzó su último cabreo.

Lo que era ese chico, ¿eh? Si se topaba de golpe con la noticia de que el resto de su familia se había ido en paz, lo encajaba perfectamente. Pero en cuanto descubría que las cosas no habían sido como él creía y que su hermana seguía por allí, pero más adelantada que él en su proceso *post mortem*, ¡se picaba!

Claro, es que Darío volvía a adoptar el rol de hermano mayor, y suponía que debía encontrar su sitio antes que Esther. Y esa pequeña conversación se lo había dejado claro: su hermana iba con ventaja; su sitio debía ser la plaza del pueblo.

A ver. No era exactamente así. El sitio de Esther estaba entre sus amigos. Esos chavales del pueblo viejo con los que *a priori* no tenía nada en común le habían permitido experimentar, por primera vez, lo que era formar parte de un grupo. Y eso la había hecho sentirse mejor que nunca.

Como siempre que se pillaba un rebote, la cabeza de Darío empezó a funcionar a mil por hora: «Mi padre se obsesionó con los pájaros, mi madre, con las esculturas de piedra, mi hermana, con esos chicos y yo, ¿con qué me he obsesionado yo durante todo este tiempo?». Y él mismo se respondió: «¡Con Lucía!». Sobra decir que se había vuelto a equivocar, pero como cuando se cabreaba tendía a prescindir del pensamiento lógico, pues se tropezó otra vez con la misma piedra y creyó que Lucía tenía que ser la solución.

¿Y qué significaba eso? Que iba a ir a visitar, nuevamente, a la señora Eugenia. Quería preguntarle si cabía la posibilidad de que su sitio estuviera en Gijón, junto a su nieta. La mujer no pudo contener la carcajada cuando el muchacho se presentó en su casa para contarle semejante disparate. ¡Cómo va a ser el sitio de alguien un lugar en el que jamás ha estado!

Al menos no se enfadó con él e incluso le invitó a quedarse allí después de contarle que Maru y Lucía también estaban en el pueblo. Habían ido a pasar el día a la nieve y se habían llevado con ellas a Fernando, que hacía mucho que no subía a las montañas. Por la hora, le dijo, debían estar cenando en su restaurante favorito.

Según Lucía, en El Puente hacían la mejor pizza del mundo. Eugenia nunca quiso probarla, siempre le respondía a su nieta que ella prefería comer el pan con queso, tomate y jamón de la manera tradicional: en un bocadillo.

—Entonces ¿mi sitio no puede ser Lucía? Creí que a lo mejor podía ser también algo metafórico. Y yo de verdad creo que mi relación con Lucía es especial, y estoy seguro de que mi sitio tiene relación con ella.

—Puede ser.

—Entonces Gijón no es, ¿no?

—Non, fillo. Es imposible.

—¿Y no podrías decirme tú cuál es mi sitio? ¿Por qué tengo que averiguarlo yo solo?

—Non tienes que adivinar nada. Ya deberías de sabeilo.

—¡Pues no lo sé! ¡Y no me lo repitas más veces! Seguro que no soy capaz de verlo del estrés que tengo.

—Sí lo sabes.

—¡Que no! Es que para ti es muy fácil. Claro, toda la vida en esta casa, pues ¿cuál iba a ser tu sitio? ¡Tu casa! Puf… Tengo la cabeza hecha un lío. A ver si llega ya Lucía, que ella siempre me ayuda a pensar con claridad.

—Facéis buenas migas, ¿eh?

—Sí, nos entendemos muy bien.

Por primera vez desde que se conocían, Darío notó cierta calidez en

la mirada de Eugenia.

—Gustaríame facer algo por ti.

«Mire, señora», pensó Darío, «si quiere hacer algo por mí, ayúdeme a averiguar mi maldito sitio, que siempre dice las cosas que parece que habla en jeroglífico y no me entero de nada. A ver con qué me salta ahora».

—¿El qué?

—Bueno, tú has estado ahí para la mi nieta.

—Sí.

—Y… es Navidad.

—¿Sí?

—Déxame dicirte algo.

Lo del cabreo de antes no fue nada en comparación con el cabreo que se estaba pillando en ese momento. ¡Eugenia había confesado su engaño! «Me cago en la maldita señora esta, ya sabía yo que algo se escondía, la vieja pelleja». Menos mal que la abuela de Lucía no leía las mentes porque Darío la estaba poniendo de vuelta y media.

El chico se acababa de enterar de que Eugenia le tendió una trampa. Los había engañado tanto a él como a su nieta. Quiso dejar claro este punto para exculpar a Lucía, puesto que ya reconocía que el cariño que se tenían ambos era verdadero. Pero el día en que su nieta le habló por primera vez del fantasma del chico del accidente de coche, no lo vio tan claro. Por eso engañó a Lucía con toda esa historia del ritual de San Juan y la posibilidad de volver a la vida.

Los muertos no pueden volver a la vida. Nunca ha ocurrido y nunca ocurrirá.

Aunque… Eugenia se sabía un truco.

Darío no la mandó a tomar por el culo por respeto y por la vergüenza que le daba decirle eso a una persona como Eugenia, pero con ganas se quedaba. ¿Cómo iba a confiar en ella si ya se la había jugado una vez? Y lo peor de todo, ¡le había hecho perder tanto tiempo con su mentira!

¡Claro! Por eso ahora no iba tan avanzado como su hermana, porque había caído en el engaño de esa señora del demonio. Esa señora que, risueña, esperaba a que se le pasase el mosqueo a Darío

para contarle que los fantasmas también tienen sus artimañas. Igual que los vivos a veces recurren a engaños, los muertos también pueden engañar a los vivos. Hacerse pasar por uno de ellos. No era exactamente volver a la vida, sino volver a tener corporeidad.

Eugenia quería ofrecerle, como regalo de Navidad y en agradecimiento por cuidar de Lucía, la posibilidad de pasar la mañana de Nochebuena como una persona de carne y hueso.

—¿Por qué solo la mañana? ¿No puedo estar todo el día? ¡Es Nochebuena! ¡Me encantaría disfrutar de la cena!

No, no, no. Darío no se enteraba. Si no estabas vivo de verdad no ibas a poder comer nada, así que… ¡mejor no tener delante un montón de platos deliciosos sabiendo que no eran para ti! Ese era el trato que le ofrecía Eugenia: volver a ser de carne y hueso hasta las dos de la tarde. Darío lo aceptó.

Cuando el resto de la familia regresó, Eugenia y Darío les contaron lo que iba a pasar al día siguiente. A Lucía le encantó la idea y le dio mil veces las gracias a su abuela. Maru a estas alturas ya no se metía en nada. Se limitaba a asegurarse de que Lucía estuviera bien, y poco más.

Lucía preparó una cama para Darío, y Eugenia le pidió al chico que se acostara en ella. De alguna forma que jamás revelaría, iba a hacer que Darío cayese dormido. Y para cuando se despertara, volvería a sentir su cuerpo y podría volver a actuar como si estuviera vivo. Hasta las dos de la tarde, que no se olvidara.

Y así fue. Al día siguiente, cuando se despertó, casi se muere (tú me entiendes) del susto. Se le había olvidado que, para levantarse de la cama, hay que hacer un esfuerzo. Y aunque a ti te parezca un impulso mínimo el que tomas cada día para incorporarte, Darío llevaba siete meses sin hacer funcionar sus músculos. Así que esa sensación de despertarse y no ser capaz de moverse no le resultó nada agradable. Consiguió levantarse tras numerosos intentos y muchos quejidos que despertaron a Lucía.

Llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Puedo pasar? —Era la voz de Lucía.

—Eh… no lo sé. Bueno sí, pasa.

Lucía abrió la puerta con tantas ganas que el pomo chocó contra la pared y la hizo rebotar.

—¡Darío! —Se alegró mucho de verle.

—¿Cómo estoy? ¿Estoy bien? —preguntó él mientras inspeccionaba su cuerpo.

—Bueno, yo te veo más o menos igual. Mmmm… Tienes mejor color.

—Me veo más delgado.

—¿Quieres mirarte en el espejo?

Lucía fue rápidamente hacia el armario y abrió una de sus puertas, descubriendo un espejo de cuerpo entero.

Darío se asomó con miedo y, ¡oh, Dios! ¡OH, DIOS! Sí, parecía más delgado, su ropa estaba vieja y desgastada y él estaba muy despeinado. Pero eso no era nada comparado con…

—¡El maldito bigote!

Eso es, Darío. Gracias por interrumpirme.

—¿Qué le pasa a tu bigote?

—¿Lo he llevado todo el tiempo?

—Claro.

—¡No me lo puedo creer! Qué vergüenza, por favor.

—Pero ¿qué le pasa al bigote?

—¿Tienes una cuchilla de afeitar?

—Creo que no.

—¿Cómo no vas a tener?

—Pues no lo sé, aquí nadie se afeita. Pero espera, voy a preguntar.

Lucía salió de la habitación y Darío continuó analizándose en el espejo. Qué sensación tan extraña. Se reconocía, y aprovechó para mirarse por detrás, que hacía mucho que no veía esa parte de su cuerpo, pero sentía que ya no era esa persona.

Lucía volvió con una cuchilla.

Darío se afeitó el bigote con tanta fuerza que, de haber sido su piel verdadera, se habría preparado un buen estropicio en la cara.

—Así pareces más niño.

—Qué va. Con bigote parecía gilipollas.

—Ja ja ja, yo creo que te quedaba bien. Pero bueno, es tu cara. Tú

decides. ¿Qué te apetece hacer?

—Mmmmm… nada. No sé.

—¿Damos un paseo hasta el lago?

—Venga, vale.

Con su camiseta de manga corta y sus vaqueros finos echó a andar Darío hacia la puerta sin darse cuenta de que era invierno. En Sanabria. La abrió y no sintió el frío, eso sí. Pero Lucía le convenció de que llamaría demasiado la atención si salía vestido así a la calle y que tenía que ponerse, al menos, un abrigo. Y lamentablemente solo había abrigos de su abuela en aquella casa. Pero no todo eran malas noticias, ya que la mayoría eran negros. Eligió uno y salieron juntos a la calle.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué sientes? —le preguntó Lucía, tras varios minutos de silencio.

—Es difícil caminar por aquí. Cuesta más de lo que creía.

—¿Notas tu cuerpo?

—Sí, pero parece diferente.

—¿Te puedo tocar el brazo?

Darío afirmó con la cabeza y Lucía extendió la mano con cuidado hasta llegar a él. Agarró con firmeza el antebrazo del chico y lo sintió como si fuera el de cualquier otra persona viva.

—Joder, qué yuyu —dijo él, retirándose.

—¿Te he hecho daño?

—No, no. Es que ha sido… incómodo.

—¡Oh! Vaya, lo siento. No quería incomodarte —se disculpó Lucía enseguida.

—No, tú no me incomodas. Lo incómodo ha sido sentir mi cuerpo a través del tacto. Ha sido como demasiado real, y a la vez parecía de mentira.

—Lo siento, no tenía que haberlo hecho.

—No te rayes, de verdad. He sido yo. Ha sido como ser consciente de que este cuerpo que tengo ahora es falso. Me siento como si llevara un disfraz, y cuando me has tocado me ha parecido que tu mano estaba cerca de mí, pero que lo que tocaba no era realmente mi piel, sino como una piel falsa que llevo encima. Me ha dado un poco de

repelús. Pero no eres tú, de verdad. Tú no me das repelús.

—A ver, si lo pensamos fríamente, todo esto da muy mal rollo.

—Ya…

—O sea, estoy paseando junto al cuerpo falso de un chico al que conocí justo después de que tuviera un accidente mortal, al que mi abuela, que murió el mes pasado, le ha hecho no sé qué conjuro para cumplir su sueño de volver a la vida como regalo de Navidad.

—Dicho así suena muy chungo, tienes razón —se echó a reír Darío.

—¿Y estás contento?

—¿Con qué?

—Con tu regalo de Navidad. Yo qué sé, te esforzaste tanto por recuperar tu vida que creí que te despertarías eufórico.

Habían llegado a la roca en la que Darío siempre solía estar. Él trepó por ella con facilidad, y caminó de forma automática, conociendo a la perfección dónde debía apoyar cada pie, hasta colocarse en el lugar exacto que tanto le gustaba.

Está claro, ¿no? Aquel era su sitio. Esa roca a la orilla del lago de Sanabria era el sitio de Darío. Pero él aún no se ha dado cuenta, así que démosle un poquito más de tiempo.

—Se me había olvidado que estuve muy pesado contigo y con lo de volver a la vida, ¿verdad?

Justo esta es la razón por la que a Darío le llevó más tiempo encontrar su sitio. Cada vez que avanzaba un poquito y se alejaba del mundo al que ya no pertenecía, Lucía, sin ser consciente, lo retenía.

—Qué bobada, ¿no? —continuó—. Claro que no quiero volver a la vida.

¡Bien hecho, chico! ¡Verbalizarlo es el primer paso!

—¿Te cuento una cosa? —le preguntó Lucía, teniendo clarísimo que se lo iba a contar.

—Claro.

—Yo llevo unos meses dándole vueltas a que, a lo mejor, tampoco quiero volver a Gijón.

—¿Y eso?

—No lo sé, desde que han cambiado las cosas estoy más a gusto aquí.

Esto no era del todo cierto. Lo que pasa es que Lucía creía que su don solo funcionaba en el pueblo, ya que aún no había establecido contacto con ningún fantasma en Gijón. Y se le había metido en la cabeza que, ahora que su abuela había fallecido, podía ser ella su heredera en lo de atender a los vecinos de Valverde. Pero cambiará de idea. Luego te cuento.

—Yo también empiezo a estar gusto aquí —reconoció Darío—. Pero… ¿te puedo decir una cosa yo a ti?

—A ver.

—No creo que este sea tu sitio.

—¿Tú crees?

—Sí, yo lo veo claro.

Se quedaron un rato en silencio, observando el agua del lago.

—Es fuerte lo que ocurrió aquí, ¿eh?

—¿Lo de la presa?

—Sí. Los chavales del pueblo viejo me han contado y… ¡joder! Es una historia espantosa.

—Es una injusticia tremenda. Sabían que se rompería. Y nadie hizo nada. Total, los que se murieron no fueron ellos, los empresarios. Ni Franco, que era quien metía prisa. Salieron muchos titulares en los periódicos sobre la ola de solidaridad y de que el gobierno de la dictadura iba a hacer de todo para ayudar a esta gente, y nada. No hicieron nada. ¡Peor! Metieron mierda. Se llegó a decir que lo ocurrido era un castigo de Dios a la gente de por aquí por la endogamia que había en la zona.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Es uno de los episodios más trágicos de la dictadura, y mira que hay para elegir… Y uno de los accidentes de presas más graves de la historia de España. Y ya nadie lo recuerda. En el pueblo sí, porque todavía quedan supervivientes, pero en Gijón, por ejemplo, no tienen ni la menor idea. Al parecer Franco había iniciado un proyecto de construcción de presas por todo el país y la de aquí era la segunda de muchas que vendrían, así que se dejó de hablar de esto pronto para que él pudiera ponerse el pin de que su proyecto había sido un éxito. Y mira, la suerte que tuvo, que todo ocurrió en Zamora.

En Sanabria. Lugares que, en general, no reciben mucha atención. Lo que pase aquí le importa a muy poquita gente. Hace un par de años también hubo un incendio catastrófico. Arrasó con la Sierra de la Culebra, y parecía que la historia se repetía: el Gobierno autonómico tiró balones fuera, las ayudas no terminaron de llegar… ¡una pena!

—Qué rabia.

—Muchísima. Lo del incendio fue una impotencia… Pero lo del accidente de la presa tuvo que ser brutal.

—¿Y ahora no se puede hacer nada?

—Van a construir un museo de la memoria.

—Algo es algo.

—Sí. Estará bien para los que estén por venir, pero los que lo vivieron… Su dolor ya es irreparable.

—Al menos hubo personas que sí que les ayudaron, como tu abuela.

Sonó la alarma del móvil de Lucía.

—¡Ya son las dos menos diez! ¡Vaya, se me ha pasado la mañana volando!

—¿Y qué hacemos? ¿Volvemos a casa?

—Creo que será lo mejor.

—Pues venga, vamos.

—¡Ay, espera!

—¿Qué pasa?

—Igual te parece una bobada, pero me encantaría que nos hiciéramos una foto juntos. ¿Nos la hacemos aquí, con el lago de fondo?

—¿Una foto?

—Ahora que todavía tienes cuerpo… Me encantaría tenerla de recuerdo.

A Darío le pareció buena idea y se arrimó todo lo posible a Lucía para hacerse un selfi. Ella aún dedicó unos segundos a colorase el pelo y la diadema azul que llevaba ese día. Cuando creyó estar lista, pulsó el botón y tomó la fotografía. En ese mismo momento la cabeza de Darío también hizo clic y lo comprendió todo: su sitio estaba ahí mismo. Era su roca, desde donde observaba el lago.

Entenderlo le hizo sentir esa satisfacción plena que tanto ansiaba. Al

mismo tiempo, tras notar cómo el cuerpo de Lucía se separaba de lo que, más o menos, era el suyo, percibió una pequeña punzada en el pecho, donde debía estar su corazón.

—Lucía, ojalá las cosas hubieran sido de otra manera.

—¿A qué te refieres?

El cuerpo de Darío comenzaba a perder color.

—Conocerte ha sido de lo mejor de mi vida. ¡Qué digo de mi vida! ¡Ha sido lo mejor de mi muerte! Pero los dos sabemos que yo tengo que seguir mi camino, ¿verdad?

—¿Sí?

Darío ya era prácticamente imperceptible a los ojos de cualquiera que no tuviera el don de Lucía.

—No sé qué hubiera hecho sin ti… Has sido la compañera perfecta. Siento si alguna vez te he dado mucho la brasa, he sido muy egoísta o me he aprovechado de ti. Tú no te mereces que nadie te trate así.

—Darío, ¡no digas eso! Contigo me he sentido superbién. Me he sentido útil, y valorada. ¡Ha sido la leche! Yo también he aprendido mucho a tu lado y me alegro de haberte encontrado.

—Ya ha llegado el momento. Tienes que dejarme ir.

—¿Yo?

—Mejor dicho, tienes que irte tú. Porque yo me quedo aquí. En esta roca. Este es mi sitio.

Lucía sintió una pequeña punzada en el corazón. Sabía que era el momento de despedirse.

—No ha estado nada mal… para ser el primer fantasma al que ayudo.

—¡En absoluto! Diez de diez. Un trato excelente. Sin lugar a dudas recomendaré tus servicios. Es como si hubieras nacido para esto.

—Y yo que creía que había nacido para ser veterinaria…

—¡También! Al fin y al cabo, he sido un poco burro.

Los dos se echaron a reír. Antes de marcharse, Lucía quería darle un último abrazo a su amigo. Pero cuando se acercó a él ya no sintió su corporeidad. Ya no podían tocarse. Sus manos volvían a traspasar lo que se suponían que eran los brazos de Darío.

—Me voy a casa, entonces.

—Y dile a tu abuela, de mi parte, que ya no volveré a molestaros más.

Final

Y, colorín colorado, esta historia se acabado.

Siempre me han encantado esos finales en los que, tras la última escena, suena una canción hecha única y exclusivamente para que se te salten las lágrimas mientras lees qué fue de cada uno de los protagonistas.

Me voy a dar el gusto. Eso sí: me vas a tener que hacer el favor de ponerte tú la música.

Darío encontró su sitio y, ensimismado como se quedaba contemplando las aguas del lago, fue olvidando que había tenido una vida feliz lejos de allí hasta que, un día, desapareció.

Lucía, al principio, no llevó muy bien la separación. Se echó alguna lloradita a escondidas, la pobre, mientras miraba la foto que se hicieron, pero lo superó y consiguió recordar a su primer fantasma con una sonrisa. Pronto se le pasó la idea de irse a vivir al pueblo para conservar la casa familiar y continuar la labor de su abuela. Fue cuando su vecina le contó que estaba enamorada de ella desde hacía varios años. Lucía no se esperaba tal declaración, aunque, como llevaba un tiempo pasándoselo genial con ella, decidió darle una oportunidad y salieron durante tres meses. Vio un fantasma en Gijón, pero no le apetecía nada ayudarle en ese momento y le hizo ghosting.

Maru, animada por su hija, comenzó a investigar sobre la catástrofe de su pueblo con la intención de publicar un libro. Quería recoger los testimonios de los últimos supervivientes antes de que estos murieran. Lucía la ayudó con algunos detalles que solo los que no sobrevivieron podían conocer.

Eugenia y Fernando habitaron por siempre en su casa de Valverde del Lago.



Darío está en la cima del privilegio: es un chico blanco hetero de diecisiete años, está bueno y es inteligente. Todos saben que su futuro es prometedor. Y, lamentablemente, ese futuro no llegará nunca, ya que, durante unas vacaciones, tanto él como su familia sufren un accidente mortal en los alrededores del lago de Sanabria.

Morir así de joven es terrible. Pero pasar la eternidad en un sitio que no conoces junto a tus padres, que están a un pasito del divorcio, y tu hermana, una adolescente enganchada a *Stranger Things*, es una cosa insoportable. Por eso, Darío no quiere estar muerto y hará lo que sea para remendar su trágico destino. Pero, como no todo iban a ser malas noticias, contará con la ayuda de Lucía, una chica que puede comunicarse con los muertos. Y, al parecer, también tener un *crush* con ellos

Mezclando la comedia romántica y el drama, Beatriz Cepeda ha escrito una desternillante y emotiva novela que, además de tratar temas como el amor, las relaciones tóxicas o los problemas de autoestima, arroja luz sobre un suceso prácticamente olvidado: la tragedia de Ribadelago, cuando la rotura de una presa mal construida provocó la muerte de 144 personas. Una historia original y adictiva que es también una llamadita de atención a los Gobiernos que gestionan lo que ahora se ha dado por llamar la España vaciada.

Beatriz Cepeda (también conocida como Perra de Satán) es escritora y guionista. Nacida en Zamora, es licenciada en Filología Hispánica, máster en Guion de Ficción para Cine y Televisión y máster en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Ha trabajado en dos de los medios *millennials* más importantes del momento: *Weloversize* y *Yasss*. Actualmente colabora en el pódcast de misterio *Días extraños de Santiago Camacho* y conduce *¿Puedo hablar!* con Enrique Aparicio, donde han tratado con franqueza y humor temas como la salud mental y la gordofobia. Ambos escribieron el libro *¿Puedo hablar de mi salud mental!* (Aguilar, 2023). Anteriormente publicó las novelas *Kilo arriba, kilo abajo* (Versátil, 2016) y *¡Es un escándalo!* (Versátil, 2018).



Primera edición: junio de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Ilustración de portada: © Rita Booh

ISBN: 978-84-01-03209-7

Compuesto en www.acatia.es

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice